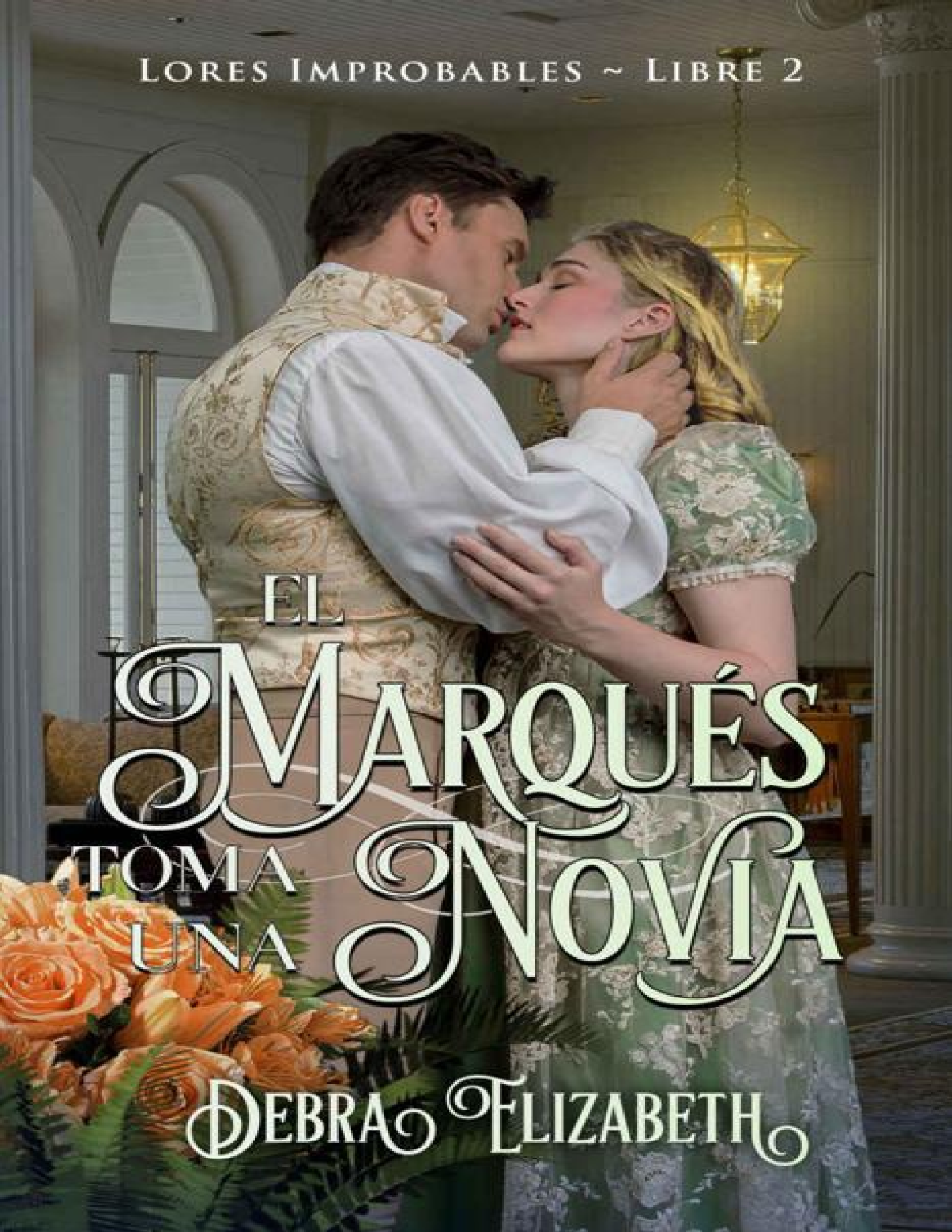


LORES IMPROBABLES ~ LIBRE 2



EL
MARQUÉS
TOMA
UNA
NOVIA

DEBRA ELIZABETH

El Marqués toma una novia

Lores Improbables, Libro 2

Por Debra Elizabeth

Derechos de autor © Debra Elizabeth 2023

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se han usado de manera ficticia, y no se deben considerar reales. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, eventos reales, locales u organizaciones es pura casualidad.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. Sin limitación de los derechos de copyright reservados indicados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, ser almacenada o introducida en un sistema de recuperación o ser transmitida, en cualquier formato o a través de cualquier manera (electrónica, mecánica, fotocopiado, grabación u otras), sin el consentimiento previo por escrito tanto de la propietaria del copyright y del editor de este libro.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Biografía de la Autora:](#)

Capítulo 1

Mayo 1816
Londres, Inglaterra

Fue un día que Richard Ballard nunca olvidaría porque cambió el devenir de su vida en un instante. Había estado asistiendo el desayuno de boda de uno de sus mejores amigos y exoficial comandante durante la guerra, Wolfgang Sterling, ahora Duque de Wiltshire que se casaba con la bella Lady Mercy Davies, cuando el mayordomo del Duque, Martin, le entregó una carta con un sello real.

Richard miró la carta como si fuese una víbora venenosa que iba a atacarle en cualquier momento. No era todos los días en que se recibía un mensaje real; normalmente, no era buenas noticias.

¿Para qué me escribiría el Príncipe Regente? Yo no soy nadie importante.

“¿Qué viene en el mensaje? ¿No lo vas a abrir?”, preguntó Harriet, la hermana de diecisiete años de Mercy.

“Lady Harriet, cuida tus modales. Eso es asunto privado del Sr. Ballard,” dijo su madre, Eleanor, la Condesa Viuda de Collin.

“Lady Collin, no es un problema,” dijo Richard, rompiendo el sello real. Su rostro palideció y sus ojos se agrandaron mientras leía el mensaje.

“Oh no, Sr. Ballard, ¿Es una mala noticia?”, preguntó la abuela de Mercy, Marian, Lady Dalling.

“Depende de su punto de vista, supongo, Lady Dalling,” dijo él.

“Ahora me has hecho sentir curiosidad,” dijo Mercy. “¿Querías compartirlo?”

Richard se puso en pie y se estiró por encima de la mesa para entregarle el mensaje a la nueva Duquesa de Wiltshire.

“¡Oh, cielos, Sr. Ballard, eres un marqués!” Exclamó Mercy. “¿Qué noticia más maravillosa. ¿Puedo ser la primera en darle la enhorabuena?”

“¿Qué?”, preguntó Marian, sus ojos agrandándose con sorpresa. “¿Qué quieres decir con un marqués?”

Mercy le pasó el mensaje real a su abuela.

La cara de Marian adoptó una ancha sonrisa. “Bien hecho, Lord Evans. Su heroísmo durante la guerra por fin ha sido recompensada. Me gustaría ofrecerle un brindis,” dijo ella, alzando su copa de champán.

Todos alzaron sus copas para brindar por el nuevo marqués.

La Srta. Helena Grandier, la mejor amiga de Mercy, le sonrió con timidez, mientras que su madre, Lady Everett, le sonreía anchamente. Él había estado enamorado de la Srta. Grandier desde el mes pasado de la Temporada, y su sonrisa preciosa y dulce comportamiento le tenía buscándola en cada baile. Lady Everett había manifestado su disgusto acerca de la conexión de ellos en numerosas ocasiones, cuando él había sido un mero plebeyo, y solo iba a ser un barón cuando falleciese su padre, pero como era amigo el duque, ella había dado su visto bueno a regañadientes a varios bailes y a una salida al teatro.

Ahora parecía ser que por fin había dado la talla según las exigencias de Lady Everett solo por recibir un título. Él quería gritarle a ella que él seguía siendo el mismo hombre, con o sin

título, pero ahora daba igual. La Sociedad consideraba a la aristocracia la mejor clase de gente, pero Richard sabía que eso no era cierto, especialmente si se consideraba a gente como el Conde de Collin, y el hijo del Vizconde de Wright, Lord Taylor por ejemplo. Ambos hombres les habían causado a Wolf y Mercy un malestar indebido con sus acciones.

De un plumazo, el Príncipe Regente le cambió la vida.

Era un marqués.

Richard asintió con la cabeza dando las gracias a todos los comensales. “No sé qué decir.”

Wolf se puso en pie, besó la mejilla de Mercy, y se acercó a Richard. “Es bien merecido, amigo mío,” dijo, dándole una palmada en la espalda a Richard. “No tenía ni idea de que la notificación llegaría hoy, pero es un día perfecto para celebrar tan buena noticia.”

Lord George Spenser, otro amigo de Richard y compañero de armas, se unió a ellos y le sacudió la mano a Richard. “Enhorabuena, ¡Lord Evans!”

“Gracias. Estoy conmovido. ¿Cómo ha pasado esto?”

George miró al duque.

“Será mejor que se lo cuentes,” dijo Wolf.

“Hace varios años, el título de Marqués de Evans revirtió a la Corona después de que el marqués falleciera sin dejar herederos,” explicó George. “Fue elección de Prinny para recompensarte por tu valor y servicios destacados durante la guerra. Como dice Su Excelencia, está bien ser un duque.”

“¿Tú también has sido parte de esto?”

George se encogió de hombros. “Quizás un poco. Yo sabía de la muerte del anterior marqués y puede que se lo haya contado a Wolf, quien puede o no haberle recordado al Príncipe Regente el título vacante.”

“Esto es una sorpresa total. Nunca esperé nada como esto. Yo era un soldado, solo cumpliendo con mi deber.”

“Eras más que un mero soldado, milord,” dijo Wolf. “Eres un héroe de guerra.”

“He de reconocer que estoy desbordado por esto,” dijo Richard.

“Cuando te reúnas con el abogado de la propiedad, estoy seguro de que él te podrá dar los detalles. Si quieres, te acompaño,” dijo George.

“Sí, apreciaría tu compañía. Gracias,” dijo Richard.

“Lord Evans, ¿gustaría unirse a nosotras para merendar pasado mañana?”, dijo Lady Everett.

Richard asintió con la cabeza. “Me encantaría, Lady Everett.” Miró a Helena que estaba guapísima en su vestido de color amarillo pálido. Ella era como el sol en este día que era tan tormentoso. “¿Querría dar un paseo por el jardín? Encuentro que necesito aire fresco.”

Helena miró a su madre que asintió con la cabeza aprobando. “Me encantaría, milord.”

Richard extendió el brazo para la belleza de ojos azules, y cuando ella colocó los dedos en la manga de su abrigo, él sintió la sacudida de placer conocida subir por su brazo. El olor leve a flores de ella era intoxicante y él inhaló con profundidad. Era su olor particular solo de ella, y él lo adoraba.

Cruzaron el salón y salieron por las puertas acristaladas para pasear por el jardín.

“¿Lord Evans?”

“Sí, milady.”

“Me alegro mucho de su cambio de circunstancias, pero estoy especialmente agradecida de no tener que pelear más con mi madre si usted me fuese a invitar a un paseo en calesa.”

Richard se quedó mirando sus preciosos ojos azules, en los que un hombre podía ahogarse

fácilmente porque eran tan sorprendentemente azules. “Me temo que no poseo un carruaje, milady.”

“¿Está seguro? Puede que le sorprenda lo que un marqués posee,” dijo ella con una sonrisa pícaro.

Él rió. “Bien dicho, milady. Estoy seguro de que me enteraré mañana.”

Él no quería más que tomar a la dama entre sus brazos y besar sus labios rosas. Había estado soñando con lo dulce que debería ser ella desde la primera vez en que la conoció hace un mes. ¿Aceptaría de buen grado su beso? ¿Sentía ella la misma atracción que sentía él cuando se encontraban los dos en la misma habitación? El aire parecía crepitar en torno a ellos, y la pasión de él ardía justo debajo de la superficie. Era como una soga invisible que les unía y se sentía impotente para detenerla. Nunca había experimentado nada así antes.

Dejó de caminar y se volvió para mirarla, retirándole un mechón rubio tras la oreja. “Es tan hermosa,” dijo él inclinándose hacia ella, permitiéndole la posibilidad de retirarse si no deseaba sus atenciones. Se inclinó un poco más cerca; ella no se retiró. Sus cuerpos casi se tocaban. Otro centímetro más y esos dulces labios serían suyos. Sus alientos se mezclaron... él inhaló el olor a ella... su cuerpo estaba ardiendo...

“¿Lord Evans?”

El hechizo se rompió, y los dos dieron un respingo cuando la criada salió afuera.

“Siento molestarles en su paseo, milord, pero el duque y la duquesa se disponen a partir y querían despedirse,” dijo la criada antes de darse la media vuelta y entrar de nuevo.

“Por supuesto,” dijo Richard, tendiéndole el brazo a la dama. “Parece que nuestra pequeña escapada se ha terminado, milady.”

“Qué pena,” dijo Helena, asintiendo con la cabeza y metiendo la mano entre el codo de él y su brazo.

El aire en torno a ellos todavía contenía la tensión. El momento en que llegó la criada no pudo ser peor. Él había estado tan cerca de saborear los labios dulces de la señorita, y no sabía cuándo conseguiría otra oportunidad. Quería ignorar la llamada y quedarse con ella y besarla hasta dejarla sin sentido, pero Wolf y Mercy se merecían una despedida correcta. Sería una afrenta imperdonable no despedirse de ellos.

“Milady, espero que podamos continuar nuestra conversación pronto,” le susurró él al oído.

Helena se estremeció ligeramente, un rubor subiendo por su cuello y tiñéndole las mejillas de color rosa. “Me encantaría esa oportunidad, milord,” dijo ella sin aliento.

Ellos regresaron dentro de la casa para encontrarse a todo el mundo despidiéndose del nuevo Duque y Duquesa de Wiltshire. Desgraciadamente, Richard no pudo conseguir otra oportunidad de estar a solas con Helena, ya que ella se marchó con su madre poco después.

“¿Te apetece ir a White’s?”, preguntó George.

“Por supuesto. Este día no podría volverse más extraño.”

“Primero Wolf, y ahora tú. Somos un grupo de lores de lo más improbables, ¿no te parece?”, preguntó George.

“Claramente. He de admitir que no he prestado mucha atención a las reglas tácitas de la Sociedad. Mis excursiones en Londres en el pasado no han incluido muchos de esos eventos encorsetados.”

“Te diré lo mismo que le dije a Wolf. Son fáciles de respetar: un baile con cada joven en cada fiesta y devolverla de inmediato a su madre o su acompañante. Si haces más que eso, invitarás la atención de todas las madres con hijas casaderas que estén. Te guste o no, ahora que Wolf se ha casado, tú eres el soltero más deseable de la Temporada.”

Richard gimió. “Con suerte, le llevará a la gente un poco de tiempo antes de enterarse de mi cambio de circunstancias.”

“No contaría con ello,” dijo George riendo. “Estoy seguro de que Lady Everett estará difuminando las felices noticias a todo el mundo que quiera oírla, especialmente dado que tú tienes interés en su hija.”

Al día siguiente, después de una noche sin poder conciliar bien el sueño, soñando con la Srta. Grandier y su beso que casi se dio, Richard se fue caminando al despacho de su nuevo abogado con George, cuya compañía le era conocida y reconfortante. Los dos habían luchado bajo el Mayor Wolf Sterling, ahora Duque de Wiltshire, conjuntamente con el Teniente Jonathan Lyle, que se había convertido en Conde de Hartley al fallecer su padre. Ellos eran sus amigos más queridos y los cuatro habían cuidado los unos de los otros durante toda la guerra y eran más cercanos que si fueran hermanos de sangre. Él siempre estaría para ellos si le necesitaban.

Él solo había estado cumpliendo con su deber en aquella batalla que todo el mundo estaba deseando hacerle ser un héroe. Su espada había rebanado a soldados franceses uno detrás de otro mientras el enemigo intentaba acabar con los soldados británicos repartidos por el campo de batalla. Richard no quería nada de eso, y se quedó parado y luchando para proteger a sus camaradas de más lesiones durante la batalla feroz de Waterloo sin pensar en su propia seguridad. Cuando se derrotaron a los últimos soldados franceses, Richard se derrumbó. Wolf le había encontrado y le ayudó a llegar a la tienda de campaña del médico. Por suerte, sus lesiones eran menores; se había caído debido al cansancio, pero no antes de proteger a más de una docena de soldados británicos heridos de una muerte segura.

“No puedo creer que tú sabías de esto, George,” dijo Richard. “¿Por qué no me avisaste por lo menos?”

George se encogió de hombros. “Juré no decir nada, en parte porque ni Wolf ni yo sabíamos si el Príncipe Regente estaría de acuerdo con la petición de Wolf de honrarte con el título Evans. Además, te merecías todo honor y compensación por lo que hiciste en Waterloo.”

“Yo era un soldado. Ese era mi trabajo.”

George sacudió la cabeza. “Richard, tus acciones fueron mucho más allá de ser un buen soldado. Eres un maldito héroe, y se te debe premiar por ello.” Río. “Sin embargo, nunca me esperé esto.”

“Ni yo, amigo mío.”

Richard se había quedado estupefacto cuando leyó la carta real en el desayuno de bodas de Wolf. Veinticuatro horas más tarde, seguía igual de confuso.

“Es aquí,” dijo Richard, señalando un edificio bien cuidado de dos plantas de ladrillo.

George iba por delante cuando entraron en el despacho exterior. “Lord Evans para ver al Sr. Poole.”

“Por supuesto, milord.” El pasante les hizo pasar de inmediato al despacho del abogado.

El hombre detrás del escritorio se puso en pie y señaló las sillas delante de su escritorio. “Buenos días, caballeros. Soy el Sr. Poole. Por favor, tomen asiento.”

“Buenos días, Sr. Poole, soy Evans,” dijo Richard. Si tuviera que adivinar, Poole parecía tener unos cuarenta y pocos años y la pila ordenada de documentos encima de su escritorio sugería que era un tipo de hombre eficiente y serio. A Richard le gustaba eso. No tenía necesidad de personas que se inclinaran y le alabaran. Nunca había querido eso en su vida antes, y no estaba dispuesto a empezar ahora. Siguió diciéndole. “Le he pedido a Lord George Spenser que me acompañara.”

El Sr. Poole inclinó la cabeza levemente. “Un placer conocerle, Lord Spenser. ¿Desean los caballeros una taza de té?”

“No. Me gustaría ir directamente al asunto,” dijo Richard.

“Muy bien, milord.” El abogado tomó asiento, abrió una carpeta y sacó varias hojas de pergamino. “Lord Evans, tengo una serie de documentos que debo revisar con usted. Si tiene alguna pregunta, por favor, páreme y le explicaré en más detalle.”

El abogado leyó hoja tras hoja durante más de una hora, explicando todo lo que tenía que ver con la gestión de los bienes del Marqués de Evans.

La cabeza de Richard daba vueltas, y su cara había palidecido para cuando terminó finalmente el abogado.

En cuestión de minutos, su vida sin preocupaciones como el Sr. Ballard a secas que podía ir y venir a voluntad, sin que nadie se fijara en él, especialmente ya que no asistía a muchos bailes, había terminado. Era difícil de comprender su cambio de circunstancias.

Ahora era un adinerado marqués con una vivienda en Mayfair, no lejos de la de Wolf, una casa de campo en Bath y una en el norte de Inglaterra. Nunca había tenido a nadie a su cargo; ahora tendría empleados e inquilinos a los que cuidar. Estaba agradecido de que su padre le hubiera enseñado lo más elemental sobre la gestión de una propiedad, pero esto era mucho más complicado que las pequeñas tenencias de su padre. El Sr. Poole le dijo que la casa de Londres tenía unos pocos empleados, mientras que su casa de campo era gestionada por una pareja de hombre y mujer que cuidaban de la casa y un gerente de bienes que se ocupaba de los terrenos y los inquilinos. “¿Me puede decir en qué estado están los bienes?”

El Sr. Poole sacudió la cabeza. “Lo siento, milord, no lo sé. El título lleva vacante unos cuantos años, y todo lo que sé es que hay gerentes de bienes en cada una de las propiedades. Yo he recibido informes trimestrales de ellos, pero eso es todo.”

“Entiendo,” dijo Richard. “Parece que voy a viajar por Inglaterra para inspeccionar los bienes personalmente.”

“Su propiedad campestre en Bath está muy necesitada de supervisión también, milord. He estado revisando los informes de la propiedad y todo parece estar en orden, pero creo que algunas de las casas de inquilinos necesitan reparaciones.”

“Gracias, Sr. Poole. Me pondré en contacto con usted si hay más preguntas.”

El Sr. Poole se puso en pie. “Muy bien, milord. Que tengan muy buen día.”

Richard asintió con la cabeza y se giró para mirar a George mientras salían del despacho del abogado. “¿Qué planes tienes para después de la Temporada?”

George se encogió de hombros. “De momento, nada. Prefiero no pasar el verano en la casa de campo de mis padres, y Bath es bastante refrescante.”

“¿Has estado?”

George asintió con la cabeza.

“Bien. Me atrevo a decir que te vas a poder entretener mejor ayudándome a arreglar los problemas que puede haber en mis propiedades, que permaneciendo en casa de tus padres perdiendo el tiempo. Tienes casi veintinueve años, el tiempo de relajarse se ha acabado. ¿No deberías estar pensando en tomar esposa?”

“No necesito tomar esposa pronto. Recuerda, tengo dos hermanos mayores que se casarán eventualmente y se asegurarán que el Marqués de Hutchinson tenga un heredero, aunque mi padre se impacienta con las cosas de mi hermano mayor y su desagrado no es algo que yo desee soportar todo el verano.”

“Entiendo eso.”

“Ahora que eres un noble, necesitarás casarte también y conseguir tu heredero y su sustituto. ¿Sabías que un gran número de personas de alcurnia se van a Bath para pasar el verano? Sabrán de tu nuevo estatus también. Sin embargo, nadar en el océano es suficiente para seducirme para acompañarte.”

“Bien. Quizás después de un tiempo en Bath, te gustará viajar un poco.”

“Quizás. Es decir, si puedes arrancarme del océano,” dijo George riendo.

Richard estaba casi paralizado por sus emociones sobre lo que implicaba ser marqués. La responsabilidad era enorme, y le pesaba mucho que los medios de vida de personas dependían de él ahora. Era un deber inmenso, pero juró que haría lo mejor que pudiera. No sería uno de esos nobles que nunca pisaban sus propiedades. Eso no era lo que él quería. Iba a participar activamente en la gestión del patrimonio.

Él era el Marqués de Evans, y quería ser el mejor de los señores para sus criados e inquilinos.

¿Quién iba a pensar que el hijo humilde de un barón se convertiría en un marqués?

Le preocupaba sus conocimientos limitados acerca de la gestión de propiedades. La propiedad donde él había crecido era pequeña en comparación con lo que poseía ahora. Su padre, Thomas, gestionaba bien su propiedad y sus inquilinos estaban contentos. Richard siempre había pensado que la propiedad sería su hogar principal después de que su padre muriera. Ahora estaría viviendo en una gran propiedad en el campo en Bath o en su casa londinense durante la Temporada.

Necesitaba mandarle una nota a sus padres, haciéndoles saber este cambio en las cosas. Seguramente debería viajar hasta allí en breve. Sin duda, estarían tan aturdidos como él cuando se enterasen de las noticias.

La voz de George interrumpió sus pensamientos. “¿Asistirás al baile de los Shelton esta noche? Estoy seguro de que la Srta. Grandier irá.”

“No he recibido una invitación.”

“Yo te conseguiré una, aunque a estas alturas toda la sociedad habrá sabido de tu encumbramiento, especialmente con Lady Everett enterándose de la noticia de primera mano en la boda de Wolf. Confía en mí, nadie te negaría la entrada.”

Richard sonrió por primera vez ese día. “Gracias, George. Prefiero tener una invitación si puedes ocuparte de ello. Y, sí, estoy deseando ver a la joven otra vez.”

“¿Es en serio cortejar a la Srta. Grandier?”

“No lo sé. Sólo la conozco de manera reciente, aunque sí sé que disfruto de su compañía inmensamente.”

“Eso es un comienzo, al menos,” dijo George. Cuando llegaron a las afueras de Mayfair, dijo, “te veré en el baile entonces. Tengo unos asuntos de los que ocuparme.”

Richard sacudió su mano. “Gracias por acompañarme hoy. Ha estado bien tener otra persona escuchando al abogado.”

“De nada. Mis honorarios serán una chaqueta nueva, y daré instrucciones a mi sastre para que te mande la factura,” dijo George con un brillo en el ojo.

“Es lo mínimo que pudiera hacer,” dijo Richard sonriéndole a su amigo. “Te veré esta noche.”

El abogado le había dado las llaves de su casa londinense, pero primero, quería regresar a casa del duque y preguntarle al mayordomo algunas sugerencias para los empleados que harían falta. El Sr. Poole le había dicho que la casa tenía unos empleados mínimos. ¿Qué quería decir eso exactamente? ¿Era solo un ama de llaves y cocinera?

Su mente era un revuelo de preguntas mientras subía los escalones a casa de Wolf y dejó caer el picaporte.

El mayordomo abrió la puerta. “Lord Evans.”

“Martin, necesito su ayuda.”

“Por supuesto, milord,” dijo el mayordomo dando un paso hacia atrás para que Richard pudiera entrar.

Había estado quedándose con Wolf este último mes, desde que llegó a Londres. Cuando llegó por primera vez a la ciudad, pensó que estaría buscando unas habitaciones de soltero; en lugar de eso, ahora era propietario de una vivienda urbana en Mayfair. ¿Se podía poner más rara su vida que eso? Pensó que no.

“Lord Evans, ¿en qué le puedo servir? ¿Está listo para que se le envíen sus cosas a su nuevo alojamiento?”, preguntó Martin.

Richard sacudió la cabeza. “Todavía no. No he ido a inspeccionar la Casa Evans todavía, y no sé lo que me voy a encontrar allí. El abogado dijo que había un personal básico en la casa y no tengo ni idea de lo que quiere decir eso.”

“Milord, le abro el salón, donde estará más cómodo. No hay necesidad de continuar esta conversación en la entrada.”

“Gracias, Martin. También me vendría bien un coñac, por favor. Ha sido un día bastante agitado.”

“Se lo traigo de inmediato.” Richard entró en el salón y se sentó en uno de los sillones orejeros al lado de la chimenea, esperando a que Martin regresara con su coñac. Su mentalidad de soldado entró en acción. Una tarea por vez. Así es como se gana la guerra; enfocarse en el problema más inmediato. Era una buena estrategia, y así es como iba a abordar las enormes responsabilidades que tenía ahora.

Un tema por vez.

En breve Martin regresó. “Aquí tiene, milord. Ahora, para contestar su pregunta. Un equipo básico de empleados es un ama de llaves, una cocinera y una criada. A veces, un lacayo, pero difiere con cada casa. ¿Ha dicho el abogado cuánto tiempo lleva cerrada la casa?”

“No exactamente, pero entiendo que ha sido unos cuantos años,” dijo Richard sorbiendo su coñac.

“Si lo desea, le acompañaré a la casa mañana.”

Richard suspiró con alivio. “Gracias, Martin. Le estaría muy agradecido por eso.”

“¿Hay algo más? ¿Le gustaría que le subieran una bandeja con la cena a su habitación?”

“Eso estaría bien. Sin Sus Excelencias aquí, no parece muy necesario que yo me quede en el comedor yo solo.”

“Muy bien, milord. Informaré a la Sra. Smithfield.”

“Martin, voy a asistir al baile de los Shelton. No tengo intención de alargar la noche.”

El mayordomo asintió con la cabeza y dejó a Richard en el salón pensando en su nueva vida, pero sus pensamientos volvían una y otra vez a la Srta. Grandier. Estaba deseando volver a ver a la joven y con suerte, besar sus dulces labios.

Capítulo 2

La Srta. Helena Grandier, de dieciocho años de edad, estaba tomando el té en el salón de su casa con su madre, Julia, la Vizcondesa Viuda de Everett, y su primo Marcus, el actual Vizconde de Everett, con su preciosa esposa Abigail. Helena había pasado la noche anterior soñando con el beso que casi compartió con Lord Evans en el jardín del duque en el desayuno de bodas. Su cuerpo había temblado, zumbando con anticipación mientras él se inclinaba hacia ella. Su belleza masculina, pelo marrón ondulado, mandíbula cuadrada y sorprendentes ojos azules, le hacía ansiar la presencia de él más y más cada vez que le veía, pero era su bondad y espíritu generoso los que ella admiraba más. Sus labios estaban a punto de tocarse.

Esto era... su primer beso.

Pero...

No iba a ser.

Ella se había sentido muy decepcionada cuando la criada les interrumpió, aunque apreciaba la oportunidad de despedirse del nuevo Duque y Duquesa de Wiltshire. Estaba tan contenta de que su amiga Mercy se había casado con el amor de su vida, pero había deseado desesperadamente que su primer beso fuese con Lord Evans ese día. ¿Cuándo volvería a intentarlo? Ella le aceptaría no importa cuánto tiempo tardara.

Helena se volvió hacia su primo. “¿Cómo fue el viaje?”, le preguntó a Marcus, que había llegado a Londres la noche anterior.

“Largo,” dijo antes de mirar a su mujer. “Pero estando en la compañía de mi preciosa esposa hizo que el viaje fuese mucho mejor.” Abigail sonrió. “Gracias, querido. Has tenido unas palabras preciosas.”

Él estiró la mano para tomar la de ella y se la llevó a los labios para un dulce beso. “Solo digo la verdad, querida mía.”

Marcus y Abigail seguían muy enamorados después de trece años de matrimonio, y eso le daba esperanzas a Helena de que ella encontraría una pareja de amor suyo. Abigail todavía tenía un aire juvenil, con su cabello castaño, ojos marrones expresivos y una silueta esbelta incluso después de haber tenido a tres hijos. Marcus era el protector de su esposa. Él era alto y tenía los hombros anchos y todavía era un hombre de buen ver, aunque su cabello estaba empezando a escasear.

Ella quería ser parte de una pareja como la de ellos y no aceptaría nada menos. Era su sueño tener un esposo amoroso e hijos propios. “¿Cómo están los niños? Deben estar haciéndose muy grandes.”

“Noah tiene diez años y está en el colegio actualmente. Olivia y Ava tienen ocho y son muy traviesas. Estoy tan agradecida de tener una gobernanta tan talentosa, que nunca deja de entretenerlas,” dijo Abigail.

“Echo de menos a los niños, especialmente las gemelas,” dijo Helena. “¿Pensáis traerlas a Londres pronto? Me encantaría volver a verlas.”

“Me temo que no podemos quedarnos más de un mes en esta visita. No quiero que Abigail se canse demasiado,” dijo Marcus.

Helena hizo un aspaviento. “¡Oh no! ¿Abigail, estás enferma?”

Abigail sonrió y se llevó una mano al vientre redondeado. “No, no estoy nada mal. Al menos, ya no.”

Su madre, Julia, dio palmadas. “¡Oh, querida, otro niño! Qué emoción.”

Marcus hizo una mueca.

Abigail asintió. “Estamos esperando que sea un niño esta vez. No hemos compartido nuestra feliz noticia con nadie todavía. Queríamos que fuese la familia la primera en enterarse cuando llegáramos a la ciudad,” explicó ella.

“No arriesgaré tu salud por nada, ni siquiera por otro hijo,” dijo Marcus.

“Lo sé, querido, pero confía en mí, todo está bien. Me encuentro bien.”

Helena sabía que este embarazo seguramente sería el último de Abigail, que ahora estaba en la treintena. Cuando las dos mujeres se habían visto las Navidades pasadas, Abigail le había confiado que el médico no estaba seguro de que ella pudiera tener más hijos, especialmente porque había dos abortos después de que nacieran las gemelas. Sin embargo, Abigail estaba empecinada en darle a Marcus otro hijo. “¡Qué noticias más jubilosas! Dijo. “¿Deberías estar viajando en tu estado?”

“Eso es exactamente lo que yo dije,” agregó Marcus. “Pero ya sabes, mi esposa... cuando ella quiere algo, lo consigue, y quería veros a todas antes de empezar su confinamiento este verano. De manera que aquí estamos.”

“Abigail, debes descansar lo más que puedas mientras estés aquí,” dijo Julia. Se volvió hacia su sobrino. “Marcus, estaremos seguros de vigilarla con el máximo de cuidado.”

“Gracias, Tía Julia. Eso me tranquiliza un poco.”

Abigail se volvió hacia Helena. “Querida, cada vez que te veo, eres más hermosa. ¿Cómo te va en esta Temporada?”

Era el turno de su madre para decir algo. “Helena ha llamado la atención al nuevo Marqués de Evans.”

“¿Marqués de Evans?”, preguntó Marcus. “Pensé que ese título se había revertido a la Corona hace años.”

“Estás en lo correcto,” dijo Julia asintiendo con la cabeza. “Por lo que he podido entender, al Sr. Ballard le dieron el título por su valentía durante la Batalla de Waterloo. Estábamos en el desayuno de bodas del duque ayer cuando Evans recibió la carta real anunciando la noticia. Fue una conmoción para todos excepto el Duque de Wiltshire, que por lo visto había hecho la petición al Príncipe Regente.”

“No he tenido el placer de conocer al Duque de Wiltshire. ¿Está en Londres?”

Helena habló. “No, él y la duquesa se han ido de viaje de boda.”

“No he tenido el placer de conocer a Su Excelencia,” dijo Abigail, “pero sí que conocí a su madre una vez, hace años.”

“La duquesa es aún más bella que incluso su madre y es mi querida mejor amiga,” dijo Helena. “La echo de menos desesperadamente, pero soy tan feliz de que se casara con el hombre al que ama. Ha sido entretenido tener una amiga a mi lado durante los eventos de Sociedad. Pueden ser a veces bastante sobrecogedores.”

“Me gustaría acompañarte,” dijo Abigail.

“Ejem,” dijo Marcus. “Descansando. ¿Recuerdas, querida?”

“Marcus, querido, estoy encinta, no moribunda. He pasado por esto antes y sé cuáles son mis límites.”

“Vamos a asistir al baile de los Shelton esta noche. ¿Te sientes en condiciones de venir con nosotras?”, preguntó Julia. “Puedo escribirle a Lady Shelton para pedirle una invitación, pero no queremos cansarte demasiado después de tu viaje.”

“Queridísima Tía Julia, estoy muy bien. Nos encantaría asistir.” Abigail se volvió hacia

Helena. “Después de merendar, ¿vamos a elegir qué vestidos ponernos para esta noche?”

Helena sonrió. “Por supuesto. Me gustaría mucho saber tu opinión.”

Marcus insistió en que Abagail descansara el resto de la tarde después de que ella y Helena eligiesen sus vestidos para la noche.

Esa noche, la criada les llevó bandejas de cena a sus habitaciones, mientras que las mujeres se preparaban para el baile.

“Milady, está hermosa,” dijo Hastings mientras le colocaba la última horquilla en el cabello de Helena.

Helena sonrió a su dama de compañía en el espejo. “Es gracias a tu atención experta, estoy segura.”

Hastings rio. “Creo que su hermoso cabello rubio, brillantes ojos azules y piel de melocotón seguramente son la causa más bien, milady, pero gracias por el cumplido.”

Helena había elegido un vestido de color celeste con mangas abullonadas de gasa y una banda de cinta de color azul oscuro por debajo de su pecho. El azul resaltaba sus ojos, y quizás cierto caballero se fijaría en ello. Ella esperaba que el Sr. Ballard, no, Lord Evans, ahora, asistiría esta noche y la buscaría para un baile. Su ansia por la presencia de él parecía volverse más fuerte con cada día que pasaba. ¿Intentaría besarla esta noche? Era su deseo más ferviente, especialmente ya que desde ese momento ella no había dejado de pensar en el casi beso que se habían dado en el jardín del duque.

“Tiene una mirada distante en los ojos, milady. ¿Está quizás soñando con un caballero apuesto?”, preguntó Hastings mientras cerraba el broche de un collar de perlas en torno al cuello de Helena.

“Eres demasiado perceptiva, Hastings,” dijo Helena con una risita antes de agarrar su chal y salir de su dormitorio. “Te veo más tarde.”

“Buenas noches, milady,” dijo Hastings.

Helena bajó al salón, donde su madre bebía una copa de jerez.

“Helena, querida, estás encantadora. Siempre me ha gustado verte de azul. Me alegro de haber encargado más de un vestido de la Sra. DuBois.”

Helena besó la mejilla de Julia. “Gracias, Mamá. ¿Crees que Marcus permitirá que Abagail asista al baile esta noche? No parecía alegrarse mucho por eso antes.”

Julia rio. “¿Permitir? Querida mía, como decía mi sobrino antes, Abagail hace lo que quiere cuando quiere.”

“Lo sé, pero no me gustaría que pusiera en peligro al niño.”

“Los primeros días ya han pasado, de manera que ella debe estar bien.”

Como si las palabras de Julia les hubieran llamado, Marcus y Abagail entraron cogidos del brazo en el salón.

“Abagail, estás preciosa,” dijo Helena, admirando el vestido morado que llevaba su prima.

“Gracias. Tú también. El azul te va bien,” dijo Abagail.

“Le he pedido a mi preciosa esposa que lleguemos a un acuerdo esta noche y he sugerido que nos vayamos del baile después de la cena, y ella ha estado de acuerdo. ¿Espero que estén de acuerdo vosotras también?”, preguntó Marcus.

“Eso nos viene muy bien,” dijo Julia. “¿Os gustaría una copita de jerez, o preferís marchar antes de que llegue la mayoría de la gente?”

“Salgamos ahora. De esa manera, evitaremos la aglomeración,” dijo Marcus guiando a las mujeres por la puerta y ayudándolas a subir al carruaje que aguardaba.

“Entonces, ¿estará presente el Marqués de Evans esta noche?”, preguntó Abagail.

Helena sintió el calor subir a su rostro. “No lo sé, pero espero que sí. Es un caballero honorable, y espero que te guste.” Ella miró a su primo; Marcus no parecía estar muy feliz. “¿Marcus, sucede algo? Tienes una mueca tan terrible esta noche.”

Él sacudió la cabeza. “No, querida, no sucede nada. No puedo creer lo crecida que estás ahora. Recuerdo la primera vez que te ví; solo tenías cinco años y eras una preciosidad. Ahora eres una joven hermosa buscando marido. Hace que me sienta anciano.”

“No eres viejo para nada, Marcus,” dijo Helena estirando un brazo y apretándole la mano. “Siempre serás mi primo más querido y no puedo darte las gracias lo suficiente por patrocinar mi Temporada.”

“No es preciso dar las gracias, querida mía. Me ha encantado subvencionarte y me alegro de que la Tía Julia haya estado dispuesta a acompañarte a todos los eventos, especialmente ahora que Abigail está aumentando. Ella no habría tenido la fortaleza para ir a todos los eventos a los que te gustaría asistir.”

Helena se alegró de que no hubiera más preguntas sobre Lord Evans. Ella apenas podía entender sus sentimientos todavía, pero lo que sí sabía es que le gustaba mucho estar en compañía de él. Sus ojos azules eran cautivadores, y su aliento se cortaba cada vez que le veía. Aunque no era tan alto como el Duque de Wiltshire, ciertamente era más alto que la mayoría de los hombres. Era fácil verle entre la gente con sus hombros anchos y silueta magra. Cuando ellos habían bailado antes, ella se había sorprendido de lo bien que encajaban mientras ella se deslizaba por el piso entre sus brazos. Él la hacía sentirse querida, como si fuese la mujer más hermosa de la habitación. Ella había bailado con otros caballeros pero nunca se había sentido así antes.

El carruaje se detuvo pronto, y Marcus salió primero y ayudó a bajar a las mujeres. Habían llegado con suficiente antelación de manera que la cola de recepción no era demasiado larga. Julia saludó a sus anfitriones primero. “Buenas noches, Lord y Lady Shelton.”

“Buenas noches, Lady Everett,” dijo el Vizconde Shelton.

Julia se giró hacia su sobrino. ¿Les puedo presentar al Vizconde y Vizcondesa de Everett? Acaban de llegar a la ciudad.”

Marcus asintió. “Encantado de conocerles, Shelton, Lady Shelton. ¿Les puedo presentar a mi prima, la Srta. Grandier?”

“Encantada de conocerles a los dos,” dijo Helena con una reverencia.

“Nos alegra que hayan podido venir,” dijo Lady Shelton. “Espero que disfruten de la velada.”

Pasaron a la sala de baile, que estaba muy iluminada con velas de una gran araña que colgaba en el centro de la habitación y los candelabros en las paredes. Enormes ramilletes de flores, rosas, margaritas y lilas, daban su fragancia a la habitación. Había unas cortinas de color blanco ondeaban ante las puertas de cristal que estaban abiertas, dejando pasar el aire refrescante de la noche.

“Esta habitación es tan hermosa,” dijo Helena.

“Estoy de acuerdo. He podido oler las lilas en cuanto entramos,” dijo Abigail. “Son mis favoritas.”

“Damas, ¿desean un vaso de limonada?” preguntó Marcus.

Tres cabezas asintieron, y Marcus se fue a la mesa de los refrescos para conseguir sus bebidas.

“¿Le has visto ya?”, susurró Abigail al oído de Helena.

Helena no tuvo que preguntar a quién se refería y mantuvo los ojos puestos en la entrada.

En breve, un aspaviento escapó de sus labios.

“Y ese es Lord Evans, el de la derecha,” Julia le dijo a Abigail mientras Evans y Spenser entraban en el salón.

“Vaya, vaya, es un hombre apuesto, desde luego,” dijo Abigail. “¿Quién es el caballero a su lado?”

“Ese es Lord Spenser, uno de sus amigos con los que sirvió en el ejército.”

Helena no pudo contener la sonrisa mientras Richard y George se acercaron al grupo de ellos. Ella esperó que firmarían su tarjeta de baile y deseaba sinceramente que Lord Evans pidiera el baile de la cena.

¿Querría pasar la cena con ella y su familia, o tenía la intención de un leve coqueteo? La verdad era que ella estaba dispuesta a ser más que una ocasional pareja de baile con Lord Evans, pero se preguntaba si él sentía lo mismo o si ella ya estaba a punto de llevarse un desengaño.

Capítulo 3

Cuando Richard entró en el salón de baile de los Shelton con George, de inmediato miró por la habitación buscando a la Srta. Grandier con la vista. No le fue difícil encontrar a la belleza rubia de pie al lado de la mesa de los refrescos con su madre y una mujer que él no conocía.

George siguió su mirada. “Veo que la Srta. Grandier está aquí. ¿Vamos a firmar su tarjeta de baile?”

“Por supuesto.” Sin embargo, acercarse a la joven no era tan sencillo como Richard se había esperado. Este era su primer evento desde que le concedieron el título, y todo el mundo quería intercambiar unas breves palabras con el nuevo marqués. Gente que le habría ignorado unos días antes, cuando solo era un plebeyo, ahora no podía dejar de adularle. Richard odiaba cada minuto de eso y se sintió aliviado cuando finalmente se liberó de la gente y se acercó a la Srta. Grandier.

Se inclinó ante las damas. “Lady Everett, Srta. Grandier, buenas noches.”

“Lady Everett, ¿te puedo presentar al Marqués de Evans? Milord, mi sobrina, la Vizcondesa de Everett,” dijo la madre de Helena. Richard no sabía que la madre de Helena era la viuda, aunque se debería de haber dado cuenta de eso cuando no había ninguna mención del padre de Helena.

Abigail extendió la mano, y Richard besó el aire por encima de su guante. “Milady, es un placer conocerla.”

“Usted también, Lord Evans. No he escuchado más que bondades sobre usted.”

Richard enarcó una ceja ante el comentario de ella, sin tener idea de lo que la vizcondesa quería decir con eso. ¿Quién estaba hablando de él? ¿Quizás la Srta. Grandier? Se volvió hacia George. “Lady Everett, ¿le puedo presentar a mi amigo, Lord George Spenser?”

George se inclinó. “Puedo ver que la belleza es un rasgo de la familia,” dijo con una sonrisa descarada.

“Oh, me gusta usted, Lord Spenser,” dijo Abigail con una risita.

“Lady Everett,” dijo George, moviendo la cabeza ante la viuda. “Srta. Grandier. Un placer, como siempre.”

Marcus se unió al grupo de nuevo y repartió las limonadas.

“Lord Evans, Lord Spenser, ¿puedo presentarles al Vizconde Everett?” dijo Julia.

Marcus extendió una mano. “Un placer conocerles.”

Primero Richard y luego George, les dieron la mano del vizconde.

“Srta. Grandier, me pregunto si puedo tener el honor del baile de la cena esta noche con usted.” Dijo Richard.

“Puede, milord,” dijo ella extendiendo su tarjeta de baile.

George también firmó su tarjeta para un baile regional.

“Antes de que empiece el baile, ¿le gustaría dar una vuelta por el perímetro de la sala?” Richard le preguntó a Helena.

Ella miró a su madre buscando su permiso, y Julia asintió con la cabeza. “Me encantaría,” dijo ella, entregándole a su madre el vaso de limonada antes de colocar los dedos en el brazo extendido de él.

Richard sintió la calidez de su mano a través de todas las capas de su guante y la vestimenta negra de él. Era una sensación que le gustaba mucho. Cuando habían dado media vuelta por la sala, él la guio hacia las puertas de cristal que daban al jardín. “¿Le gustaría un poco de aire

fresco antes de que empiece el baile?”

“Eso sería agradable,” dijo Helena.

Los dos salieron a la terraza, donde había otras cuantas parejas disfrutando del fresco.

“Milady, no sabía que tu madre es una viuda, aunque debería haberlo sabido cuándo no había mención de tu padre.” Dijo Richard mientras se dirigían al rincón más distante.

Helena asintió. “Mi padre falleció en un accidente de caza cuando yo tenía cinco años. Marcus es el sobrino de mi padre, y se ha portado maravillosamente, apoyando a Mamá y a mí todos estos años. Está subvencionando mi Temporada.”

“Entiendo, aunque no le he visto en Londres antes.”

Helena se inclinó hacia él y le susurró, “Abigail está encinta y a Marcus no le gusta que ella viaje en su estado. Además, prefiere mucho más su propiedad en el campo y rara vez viene a Londres de todas formas, excepto para votar en asuntos del Parlamento de los que está a favor.”

Los ojos de Richard se agrandaron. “Disculpe mi atrevimiento. No tenía intención de averiguar por qué su primo está en Londres.”

“Lord Evans, ¿he de suponer que puede guardar su secreto?”, preguntó Helena.

“Por supuesto, milady.” Richard acarició su mejilla. “Está bellísima esta noche. He estado deseando estar a solas con usted de nuevo desde el momento en el jardín del duque.”

“He estado contando los minutos, milord.”

No perdió el tiempo esta noche y se inclinó hacia ella. Esperó que ella anhelara su beso tanto como él y le dio un beso ligero como una pluma en el borde de sus labios. Cuando ella se arrimó más, él repartió pequeños besos por sus labios. Cuando su lengua recorrió su labio inferior, ella hizo un aspaviento, y él profundizó en la dulzura de su boca. Era el cielo en la tierra, y él quería permanecer para siempre.

Él sintió cómo ella temblaba de necesidad. Una necesidad que él sentía también, pero este no era el momento ni el lugar donde ceder a sus fantasías de hacer tantas cosas más con la Srta. Grandier aparte de besar sus dulces labios. Se retiró de manera renuente, dejándoles a los dos sin aliento. “Milady, desearía besarla toda la noche, pero me temo que no podemos quedarnos aquí afuera mucho más tiempo antes de que su primo venga a buscarla.”

“Milord, esos besos eran el éxtasis mismo,” susurró Helena. “Yo también desearía poder besarnos toda la noche.”

Algo dentro de Richard se desplegó con el sabor de sus dulces labios. Él había besado a mujeres en el pasado, pero ninguna tuvo el mismo efecto en él como ese beso con Helena. Ansiaba más de la dulzura de ella.

Mucho más.

¿Qué le estaba pasando?

Él no había esperado que un solo beso alterase su plan de enfocarse en una cosa por vez mientras navegaba este nuevo título y todas las responsabilidades que iban con ello. Todo lo que quería era abrazar a Helena y besarla hasta que los dos perdieran el conocimiento. Pero no podía ser esta noche.

“Srta. Grandier, ¿regresamos?”, dijo él, extendiendo un brazo. “No deseo incurrir en la ira de su primo o su madre.”

“Supongo que debemos hacerlo,” dijo ella. “Anticipo mucho el baile de la cena.”

“Yo también, milady.”

Ellos regresaron al salón y siguieron su paseo por la habitación.

“Milord, ¿puedo pedirle un favor?”

“Por supuesto. Si está en mi poder concederlo, lo haré feliz. ¿Qué puedo hacer por usted?”

Helena miró a su alrededor para asegurarse que nadie les escuchaba. “El favor no es para mí, sino para mi amiga, la Srta. Lydia Weston. Es la joven del vestido rosa sentada con las mujeres al lado de la pared del fondo.”

Richard miró hacia el otro lado del salón, donde había una serie de mujeres mayores ya sentadas, con una sola joven con ellas. “La veo.”

“La Duquesa de Wiltshire y yo la conocimos el mes pasado. Es hermosa, pero no conoce a mucha gente, y odiaría que tuviera que pasar otra velada sentada con las mujeres. ¿Sería tan amable de concederle un baile? Quizás, si baila con usted, otros caballeros le pedirían bailar también. ¿Puedo presentársela?”

“Por supuesto. Estaré encantado.”

Richard y Helena se acercaron a las sillas, agarrando a George de camino para que les acompañara.

“Srta. Weston, qué agradable verte esta noche,” dijo Helena. “Estás bella. El color rosa te favorece. Lord Evans, Lord Spenser, me gustaría presentarles a mi amiga la Srta. Weston. Srta. Weston, ¿puedo presentarte al Marqués de Evans y a Lord George Spenser?”

Los ojos de Lydia Weston se agrandaron mientras se ponía en pie. “Encantada de conocerles, caballeros,” dijo ella haciendo una reverencia “¿Puedo presentarles a mi tía, la Sra. Kennedy?”, dijo ella, ayudando a la mujer a su lado a ponerse en pie.

“Caballeros, es un placer conocerles a los dos,” dijo la Sra. Kennedy. “Disculpad que no os haga una reverencia. Estas viejas rodillas parecen tener vida propia estos días.”

Tanto Richard como George se inclinaron ante la mujer mayor. “No es ofensa, Sra. Kennedy,” dijo Richard. “Srta. Weston, ¿tiene quizás algún baile libre todavía esta noche?”

Lydia por lo visto había estado en eventos de Alta Sociedad durante un mes, y era inusual que cualquier caballero le hubiera pedido un baile, ni mucho menos un marqués.

“Extiende tu tarjeta de bailes, querida,” le dijo la Sra. Kennedy dándole un leve codazo a su sobrina.

“Sí, por supuesto. Gracias, milord,” dijo Lydia ofreciéndole su tarjeta a Richard.

“¿Me honraría con un baile a mí también?”, preguntó George.

Lydia asintió con la cabeza, y George firmó su tarjeta para el primer vals de la noche.

Richard miró brevemente a Helena y se quedó encantado al ver que ella tenía una gran sonrisa en su rostro hermoso. Había sido un favor tan sencillo de hacerle. Ahora, por lo menos, su amiga tendría la oportunidad de vivir la experiencia de un baile completamente en lugar de quedarse sentada con las matronas.

Lydia hizo una reverencia, y el trío se alejó.

Una vez que ya no se les podía escuchar, Helena se volvió hacia Richard. “Lord Evans, gracias por su bondad. Usted también, Lord Spenser.”

“Ha sido un placer para nosotros,” dijo Richard.

“Le veré pronto para pedir mi baile, milady,” dijo George mientras ellos se alejaban.

Richard regresó con Helena al lugar donde estaba su madre. “Estoy deseando nuestro baile, Srta. Grandier. Hasta entonces,” dijo él, llevándose la mano de ella a la boca para un beso.

“Igualmente, milord.”

Richard dejó a Helena con su familia y salió afuera para tomar un poco de aire fresco. Se sentía vivo y ardiendo y se preguntaba si la oportunidad de besar a Helena volvería a repetirse esta noche. Estaba perdido en un sueño de tener a la dama en su cama cuando escuchó que alguien le nombraba.

“Evans, ¿ya se retira del salón?”

Richard se volvió para ver quién se dirigía a él y se quedó sorprendido al ver al guardián de Helena. “Para nada, Everett. ¿Por qué lo pregunta?”

Marcus rio. “Porque conozco la mirada de un hombre sobrecogido por la sociedad. Todas esas reverencias y saludos chirrían en los nervios de un hombre, ¿verdad?”

Richard asintió con la cabeza. “Finalmente, alguien que comprende. Yo era un soldado antes de que me concedieran mi título. Tenía una vida sin preocupaciones como hijo del Barón de Ballard. Mi vida era sencilla. Finalmente me casaría, y cuando mi padre falleciese, heredaría el título. Vi que nadie le hace alabanzas a un mero plebeyo. Todo ha cambiado de manera definitiva.”

Marcus dejó escapar una risa profunda. “Oh, tiene razón en eso.”

A Richard le gustaban las maneras francas del vizconde y se alegró de que Helena tuviera a alguien como él de apoyo. “Está bien que esponsorice a la Srta. Grandier en esta Temporada.”

“Por supuesto. Es mi prima, y es lo que la familia hace unos por otros.”

“Estoy de acuerdo, aunque he encontrado que no todo el mundo comparte sus valores de familia.”

“Helena es una joven hermosa y atenta. No deseo que le hagan daño. Si no está interesado de verdad en la joven, le sugiero que siga su camino.”

Richard entendió la amenaza velada del vizconde. Ahora que él era un marqués, cualquier rechazo de la joven por su parte tendría un mal efecto en sus perspectivas futuras de matrimonio. Él ciertamente la deseaba, y su dulce beso casi le deshizo, pero, ¿la amaba? ¿Cómo saberlo si solo la había conocido de hace un mes?

¿Se enamoraba uno tan pronto?

“Buenas noches, Evans,” dijo Marcus, regresando al salón.

En cuanto Marcus se alejó, George apareció a su lado. “¿Me quieres decir por qué me enlistásteis a bailar con la Srta. Weston?”

“Porque la Srta. Grandier me lo pidió, y ¿quién mejor que tú para entretener a la joven, amigo mío? Eres un favorito de todas las damas.”

George rio. “Muy bien, todo es para una buena causa entonces. Ahora, ¿qué era eso con Everett? Pareció algo bastante serio.”

“Creo que el vizconde me acaba de amenazar si me atrevo a herir a la Srta. Grandier.”

“Suenas como el mismo consejo que yo te di antes. No juegues con los sentimientos de la señorita.”

“No tengo intención de ello, pero tampoco voy a precipitarme en nada. Solo llevo con este título un día y no tengo ni idea de lo que me espera mientras lo voy averiguando todo. Ciertamente, deseo la compañía de la dama, pero ¿estoy listo para un compromiso? La verdad es que no lo sé. ¿Sabe la mayoría de la gente en un mes de tiempo si una dama sería una esposa adecuada?”

“Algunas personas lo saben en un día, pero entiendo lo que quieres decir. Tus titubeos son comprensibles, pero ten cuidado de no ponerla en un compromiso,” dijo George, dándole una palmada en la espalda. “¿Regresamos a buscar a nuestras parejas de baile?”

Richard movió la cabeza y siguió a su amigo de vuelta al salón.

Su anfitriona, Lady Shelton, no perdió el tiempo en presentar a Richard a una serie de debutantes, incluida su sobrina, la Srta. Ivy Turner, una joven de cabello oscuro y ojos marrones expresivos.

“Encantada de conocerle, Lord Evans,” dijo la Srta. Turner.

“Tiene, ¿por un casual, algún baile libre en su tarjeta?”, preguntó Richard por ser amable

con la anfitriona.

“Sí, milord,” dijo ella extendiendo su tarjeta.

Él firmó la tarjeta para un baile. “Hasta entonces, Srta. Turner,” dijo él antes de alejarse dando zancadas. Tenía muchas cosas en las que pensar pero todo lo que podía pensar eran en los labios dulces de la Srta. Grandier.

¿Era amor o solo deseo?

Capítulo 4

Helena pisaba el cielo. Lord Evans la había besado al fin. Era su primer beso y era mucho más de lo que ella se había imaginado. Cuando él acarició su mejilla, sus dedos parecían tocar una sinfonía que solo ella podía escuchar. Los deliciosos hormigueos que él suscitaba en ella viajaron de su cabeza hasta las puntas de sus pies, encendiendo una pasión que ella no había sabido qué existía. Ella quería quedarse toda la noche en la terraza si eso quería decir que él seguiría besándola. Cuando él se despegó de ella, para ella era una pérdida.

¿Sentía él el mismo deseo que ella? Ella sabía que él había sido un soldado durante la guerra, pero no sabía mucho más de él, aparte del hecho de que era hijo de un barón. ¿Tenía hermanos? ¿Dónde estaban sus propiedades? Ella anhelaba saber mucho más acerca de él. Era totalmente cautivador.

Mientras ella disfrutaba del baile, no podía dejar de mirar a Lord Evans. Sus ojos le seguían de aquí para allá por la pista de baile, incluso cuando ella bailaba con otros caballeros. Su silueta alta se deslizaba sin esfuerzo por la sala. Era la perfección en movimiento. Su estómago se tensaba mientras le veía con otras jóvenes, y deseaba ser la que estuviera entre sus brazos otra vez... la única entre sus brazos.

Solo había pasado un mes desde que la Temporada empezó, y ella no quería precipitarse a ningún compromiso, pero siempre que veía a Lord Evans, era como si el sol hubiera aparecido después de semanas de lluvia triste. Su madre parecía estar encantada con las atenciones del marqués, pero ella no quería casarse solo para agradar a su madre. Ella quería un emparejamiento de amor, como el de Marcus y Abigail. ¿Lord Evans la miraría algún día como Marcus miraba a su esposa?

Era un soberbio bailarín, y todas las damas con las que bailaba le miraban con arrobos. Como debía ser porque él era apuesto, bondadoso y generoso de espíritu. Ella había sabido eso antes de que le concedieran su título, pero ahora todas las madres casamenteras estaban dispuestas a cazarle para sus hijas. Eso no le sentaba bien a ella. ¿Cómo podía ser? El recuerdo de su beso era lo único en lo que ella podía pensar, y no quería compartirle con nadie más.

Sin embargo, cuando fue pareja de baile con Lydia Weston, ella vio la alegría en el rostro de su amiga y le emocionó pensar que podía haber ayudado a Lydia a disfrutar del baile un poco más. Después de que Lord Evans y Lord Spenser firmasen la tarjeta de bailes de Lydia, otros caballeros se acercaron a la tía de ella para pedir ser presentados. La alegría de su amiga era alegría para ella, y esperó que esto fuese el comienzo de un tiempo maravilloso para Lydia de disfrutar de la Temporada, mucho mejor que quedarse sentada con las matronas, escuchándolas cotillear toda la noche. Era una cosa tan sencilla ayudar a su amiga, y se alegró de hacerlo.

Al fin, había llegado el momento del baile de la cena, y ella miró por la pista de baile buscando al marqués, pero no estaba en ninguna parte. ¿A dónde había ido? Había estado bailando hace unos momentos. ¿Había decidido que no estaba interesado en ella después de todo? ¿Incluso después de su beso tan escalofriante?

En el pecho de ella se abrió un abismo de decepción ante el pensamiento de no volver a bailar con él o besarle.

La brisa que entraba por las puertas de cristal, refrescando la sala de baile, no hizo nada por enfriar su frustración. ¿Le había decepcionado de alguna manera? No podía imaginar qué podía haber pasado entre el beso en la terraza y ahora.

Oh, por favor, no me descartes. ¿No sabes que ansío tu tacto y desearía muchos más besos?

“Mis disculpas más profundas, milady,” dijo una voz profunda detrás de ella haciendo que se le pusiera la piel de gallina en los brazos. Su aliento caliente le hacía cosquillas en la parte de atrás del cuello. Ella conocía esa voz y había llegado a querer su timbre bajo. Le hacía algo en las entrañas que ella nunca había sentido antes.

Se dio la media vuelta y Lord Evans estaba allí al lado de su hombro izquierdo. “Milord, pensé que me había olvidado.”

“Nunca, milady. ¿Bailamos?”, preguntó él, extendiendo una mano.

Cuando ella colocó su mano en la de él, su corazón se hinchó como estar en su compañía fuese el puro placer. Lo cual era cierto, claro. La música empezó a sonar y él colocó una mano en su talle con suavidad. El tacto de él parecía hacerle arder la piel, incluso a través de todas las capas de ropa, y cuando la hizo moverse en el vals y la giró por la habitación, sus pies apenas tocaban el suelo. Era como si flotara en el aire, y él era el ancla que la tenía atada a la tierra. ¡Qué bien se sentía volar! Si no tenía cuidado, corría el peligro de perder su corazón al lord imposiblemente apuesto. Ya estaba medio enamorada de él.

“¿Está disfrutando del baile?”, preguntó Richard.

Ella le brindó su sonrisa más bonita. “Lo estoy, milord. Ha sido una noche encantadora hasta ahora, aunque este es mi baile favorito.”

Él se inclinó hacia ella muy levemente. “A mí me han gustado especialmente las vistas en la terraza.”

Ella casi tropezó con su comentario, pero él la giró en el baile como si no hubiera pasado nada. ¿Se había dado cuenta de cómo sus palabras la afectaban? Si solo tuvieran un poco más de tiempo juntos sin todos los ojos en la sala mirando cada movimiento que hacían. “Está muy solicitado, milord.”

“He de confesarlo, nunca he bailado tanto, aunque hasta el momento, estoy de acuerdo en que este es mi baile favorito,” dijo él.

“Yo siento como que estoy flotando en el aire y no quiero que termine el baile.”

“Ni yo, milady.”

“Gracias de nuevo por ser pareja de baile con mi amiga la Srta. Weston.”

“Fue un placer.”

“Toda joven aquí está encantada de bailar con el nuevo marqués.”

Helena vio a Richard fruncir las cejas ante su último comentario, pero en un instante, había adoptado una máscara de amabilidad. ¿Qué había pasado?

¿Se había imaginado ella su desagrado?

Como si se hubiera tocado un interruptor, la conversación de ellos se convirtió en palabras amables sobre el clima o la mucha gente que había en el baile. ¿Dónde había ido el hombre encantador y deleitoso que ella había besado antes esa noche? Era como si estuviera bailando con un extraño. Ella quería decirle lo mucho que disfrutaba de su compañía, pero con su repentina distancia, ella tenía miedo de decir más cosas por si le alteraba. No sabía si él querría escuchar como su beso le había encendido un fuego en su corazón, así que se guardó sus comentarios para sí misma.

Cuando terminó el baile, él se inclinó ante ella. “Gracias por el baile, Srta. Grandier.”

“El placer ha sido mío, milord.” Ella quería decir algo más, pero la cara de él era una máscara de indiferencia... ¿o se lo estaba imaginando? Al menos estarían juntos para la cena. Quizás podría averiguar por qué se había vuelto repentinamente distante con ella.

La acompañó al comedor. Marcus, Abigail, y su madre estaban ya sentados, y Lord Evans

la guió hacia la mesa y retiró una silla para ella.

“Everett, ¿traemos comida para las damas?”, preguntó al primo de ella.

Marcus asintió, y Helena vio como se iban al aparador para llenar un par de platos con delicias.

“Mi querida Helena, ¿por qué tienes una mueca de disgusto en tu rostro bonito?”, preguntó Abigail. “¿Pasó algo mientras bailabas con Lord Evans?”

“No estoy muy segura. Durante un momento, estábamos teniendo una deliciosa conversación, y al siguiente, se volvió muy reservado y callado.”

“Estoy segura de que el pobre caballero está solo cansado,” dijo Julia. “Está muy solicitado y ha estado bailando toda la noche.”

Helena asintió con la cabeza. “Quizás tengas razón Mamá.” Ella esperó que solo fuera eso, pero algo le decía que había más en el disgusto del lord que un simple cansancio.

Los hombres regresaron a la mesa con platos llenos de comida, y Helena se quedó encantada de ver que Lord Evans se había acordado de lo mucho que le gustaban a ella los pastelillos de langosta. Era una buena señal que él se tomara el tiempo para recordar detalles tan pequeños, ¿no? Si no le importara, ni un poco, no se habría molestado en traerle todas sus cosas favoritas de la mesa de comida.

“Gracias, Lord Evans,” dijo ella. “Recordó que me gustan los pastelillos de langosta.”

“Sí, y espero que los disfrute.” Era amable, pero no tan encantador como había estado antes durante la noche. Ni siquiera había coqueteos sutiles. Había algo que iba mal, pero ella no podía entender en qué podía consistir.

Richard nunca había bailado tanto en su vida. Todas las madres querían presentarle sus hijas, y después de tantas presentaciones, las jóvenes se habían convertido en un borrón en su mente. Pero nada podía reducir el placer que sentía al recordar besar y bailar con la Srta. Grandier. Su dulce olor floral le había rodeado, llenando sus sentidos, y él ansiaba más. Un beso en la terraza nunca podía bastarle. Ella tenía una actitud tan generosa, y él se había sentido feliz de conceder el favor que ella le había pedido antes. La verdad era que Richard no se había fijado en la Srta. Weston antes, y seguramente no lo habría hecho esta noche tampoco si Helena no se la hubiera presentado. Encontró que la Srta. Weston era agradable, pero no hubo una oportunidad para más que una conversación pasajera durante el baile.

Cuando llegó al fin la hora del baile de la cena, Richard estaba encantado con tener a la Srta. Grandier entre sus brazos de nuevo. Su beso compartido había puesto su cuerpo a arder, y cuanto más lo pensaba, más respondía su cuerpo. Eso no podía ser, ya que no había manera en que pudiera ocultar el apretamiento de sus calzones. Había salido afuera para un poco de aire fresco y casi se perdió el baile hasta que escuchó las notas iniciales del vals. Se apresuró a entrar en la sala de baile, deseoso de estar con ella de nuevo. Ella le había conocido cuando él sencillamente había sido el “Sr. Ballard,” y ellos habían desarrollado una conexión... al menos eso es lo que él pensaba que tenían. Ella había sido tan receptiva a su beso, y él quería besarla de nuevo... hasta que ella dijo lo que él más temía.

Todas las damas aquí quieren bailar con el marqués.

No él, sino su título.

¿Era así como le percibía Helena ahora, como una manera de conseguir un título ventajoso? Él sabía que así es como su madre se sentía y había sido testigo de cómo la opinión de Lady Everett acerca de él había cambiado en un instante durante el desayuno de bodas de Wolf. Durante un momento ella le miraba ceñuda por mostrar interés en Helena, y al siguiente ella le

invitaba a tomar el té. ¿Era así como se sentía Helena ahora también? No había parecido eso en la terraza, pero, ¿la receptividad de ella por su beso solo teatro? Su cabeza daba vueltas al pensarlo, de manera que hizo caso de sus habilidades militares bien usadas, cuando había terreno militar desconocido, hay que ir hacia atrás y evaluar la situación. Él tendría que usar esa estrategia con Helena hasta poder discernir sus verdaderos sentimientos por él.

“Lord Evans, estamos deseosos de que venga a merendar mañana,” dijo Julia.

Richard miró a Lady Everett y tomó una decisión repentina. “Lady Everett, lamento decirle que no voy a poder unirme con ustedes. Tengo muchos recados qué hacer mañana.”

Miró a Helena para ver si ella reaccionaría ante su comentario, pero ella siguió comiendo sin mirarle siquiera.

Su indiferencia le dolía.

Había tomado la decisión correcta sin duda. No iba a cortejar o casarse con una mujer que solo quería su título. Con todo lo raro que parecía, la mayoría de los matrimonios de alta sociedad no tenían que ver con el amor, pero él era de mentalidad antigua y quería lo que tenían sus padres. Casarse con una mujer que le quisiera y quería ser su pareja en todas las cosas, no sólo como ornamento en su brazo, era su deseo más ferviente.

“Lord Evans, ha sido un placer conocerle,” dijo Abigail después de un silencio incómodo. “Espero que volvamos a verle,” agregó, levantándose de su asiento una vez que terminaron de comer.

“Gracias. Buenas noches, Lady Everett.” Richard se puso en pie y movió la cabeza hacia Abigail.

“Le deseo una velada agradable, Lord Evans,” dijo Helena con una reverencia.

“Usted también, Srta. Grandier, Everett, Lady Everett.” Miró al vizconde guiar a las damas por la sala de baile antes de dejarse caer en su silla de nuevo. Sin embargo, su soledad no duró mucho.

“Esa es una mirada de consternación si me preguntan a mí,” dijo George sentándose a su lado. “¿Hay un problema?”

Richard miró a su amigo. Siendo un hijo tercero, George tenía el lujo de poder esperar para casarse hasta encontrar su pareja de amor o no casarse para nada si era eso lo que quería. Richard pensó que iba a tener esa misma oportunidad también, pero con una carta real del Príncipe Regente, su vida entera había cambiado y no estaba muy seguro de que fuese para bien.

“No es nada. Estoy bien, pero hace mucho calor aquí dentro.”

“¿Listo para marchar?”, preguntó George. “Parece que te vendría bien algo más fuerte que la limonada.”

“Eso es exactamente lo que necesito. ¿White’s?”

“Absolutamente.”

La sala de baile estaba atestada de gente, pero Richard no estaba de humor para más halagos como los que había estado recibiendo toda la noche, y cruzó la sala de baile sin detenerse ni reconocer a nadie. Convertirse en marqués había hecho cambiar cómo era percibido por la alta sociedad. Ya no era juzgado por su carácter o sus méritos, nada más. Todo lo que veían ahora era un título y su riqueza, y a él no le gustaba eso para nada.

No le gustaba para nada.

Capítulo 5

En el viaje en carruaje a casa, Helena intentó recordar cada palabra que le había dicho a Lord Evans esa noche. ¿Qué es lo que le hizo cambiar de actitud tan pronto? Cuando él la había besado antes de que empezara el baile, ese beso era todo lo que tenía que ser un beso, el cielo en la tierra y ella nunca lo olvidaría.

Ansiaba más.

Más besos suyos.

Más de él.

Y luego todo había salido mal. Durante un momento, se lo estaban pasando maravillosamente bien bailando, y luego ella sintió que él se puso rígido, retirándose hacia atrás levemente. Ella había querido decirle que estaba deseando compartir más besos con él, pero sintió el cambio en él y decidió que sería mejor no decir nada hasta poder averiguar qué le hizo retirarse de ella. Cuando él declinó merendar con ellos, ella siguió comiendo, temerosa de que si le miraba, él vería la gran pena que ella sentía y las lágrimas que amenazaban con caer. Aunque era amable y gentil durante la cena, ella sabía que algo iba mal.

¿Pero qué era?

El carruaje se detuvo y Marcus ayudó a las mujeres a bajarse.

Daniels abrió la puerta y ellos subieron las escaleras. “Buenas noches, milord. Espero que hayan tenido una agradable velada.”

“Fue maravilloso,” dijo Abigail antes de que Marcus pudiera responder.

“Es hora de que te metas en la cama, querida,” dijo él. Le dio un beso en la mejilla a Julia y movió la cabeza hacia Helena. “Buenas noches a las dos.”

“Me siento cansada,” dijo Helena. “Buenas noches, Mamá.” Lo último que quería ella era un interrogatorio por parte de su madre acerca de su baile con Lord Evans. ¿Qué podía decir? ¿Qué se había molestado por alguna razón? Su estómago estaba revuelto mientras intentaba discernir cómo es que la velada se había torcido tan pronto. Subió las escaleras corriendo antes de que su madre pudiera detenerla.

Cuando entró en su dormitorio, su doncella la esperaba. “Ha vuelto pronto, milady,” dijo Hastings.

“Sí.” No entró en detalles, y Hastings se debió de dar cuenta de su humor porque la ayudó a salir de su vestido de noche y ponerse su camisón en nada de tiempo.

“¿Necesita algo más, milady?”, preguntó Hastings después de cepillar y trenzar su cabello.

“No, eso es todo. Buenas noches, Hastings.”

Su doncella hizo una reverencia y salió de la habitación, dejando a Helena a solas con sus pensamientos. Se subió a la cama e intentó descansar, pero las lágrimas que había luchado tan valientemente por ocultar durante la cena, empezaron a surgir de sus ojos. Había estado teniendo maravillosos e intensos sentimientos por Lord Evans y había esperado que él sentía lo mismo, pero en un abrir y cerrar de ojos, todo había cambiado. ¿Dónde estaba el hombre libre y atento que había conocido hace un mes, o el hombre que había encendido su corazón en la terraza con sus besos ardientes?

¿Había pasado solo un mes desde que le conoció? ¿Cómo podía su corazón estar tan prometido en tan poco tiempo? Ella tendría que hacer todo lo posible por mantener su corazón intacto, porque temía que le haría falta muy poco para enamorarse perdidamente del apuesto

marqués. Ella temía sufrir un agónico corazón partido si él no le devolvía sus sentimientos.

Quizás heredar un título hizo que Lord Evans se diera cuenta que podía conseguir algo mejor que la hija de un vizconde. Con pensamientos atormentados, no era de extrañar que se quedó desvelada hasta casi la madrugada.

Richard y George entraron en White's y encontraron una mesa en un rincón, y el camarero llegó pronto para tomar su pedido de coñac.

“¿Y bien, quiere contarme lo que pasó esta noche?”, preguntó George.

“No pasó nada.”

“¿En serio? ¿Entonces a qué viene esa cara de circunstancias?”

Richard había escuchado a Wolf comentar la percepción de George antes, pero nunca la había experimentado de primera mano. Ahora entendía lo que el duque quería decir. Cuando George se daba cuenta de algo, no lo dejaba ir. Él no tenía ninguna duda de que eso era útil durante la guerra, pero Richard no quería su percepción ahora. “Es difícil saber si las mujeres están encantadas de conocerte o si todo lo que ven es un título.”

“Ah... Me estaba preguntando cómo estabas lidiando con la cantidad de madres casamenteras y sus hijas esta noche. ¿Te refieres a alguna joven en concreto?”

Richard quería darle un puñetazo a algo, preferiblemente no uno de sus mejores amigos, pero aunque no estaba buscando casarse esta Temporada, no podía negar que había algo especial en la Srta. Grandier que le atraía hacia ella constantemente. Era más que una mera atracción, y ahora no estaba seguro si ella quería conocerle o solo quería ser una marquesa. “A veces eres un verdadero asno.”

“Cielos, Evans, no me digas que te has enamorado de la Srta. Grandier,” exclamó George.

Richard hizo una mueca y barrió el aire con la mano. “Claro que no. Las cosas eran mucho más sencillas antes de que yo tuviera un título; eso es todo lo que digo.”

El camarero les trajo sus copas de coñac, y Richard se tragó el suyo de una vez. “Otro,” le dijo al camarero.

“Ey, para. No quiero llevarte a casa a rastras.”

Richard no hizo caso de su amigo, pensando que la mejor medida era ahogar todas sus dudas en el fondo de múltiples copas de coñac.

Eso resultó ser una idea muy mala.

Recordó muy poco sobre cómo llegó de White's de vuelta a la casa del duque, y despertó a la mañana siguiente con una cabeza que le martilleaba. Se sentó y gimió. “Debí de hacerle caso a George, sin duda alguna,” murmuró. Recordó subir las escaleras a trompicones y a Martin abrirle la puerta y ayudarle a subir las escaleras hasta su dormitorio, donde Richard se había derrumbado encima de la cama perdiendo la conciencia.

Se debió haber despertado en algún momento de la noche porque ahora estaba desnudo, y sus ropas estaban tiradas por el suelo. Sin ayudante de cámara propio todavía, se había sentido agradecido de escuchar a Martin dando instrucciones a los lacayos para que preparasen un baño de agua muy caliente en su vestidor. Se salió de la cama, se puso un batín y dio tumbos entrando en el vestidor. “Gracias, Martin; me has salvado la vida. Un baño es justo lo que necesito.”

“De nada, Lord Evans. ¿Necesita más ayuda?”

Richard dejó caer su batín y se metió en el agua calmante. “No. Puedo yo solo ahora.”

“¿Hago subir una bandeja con desayuno?”

Su estómago se revolvió ante la mención de comida. “Quizás sólo té y tostadas.”

Martin asintió y le dejó remojarse en la bañera.

Él cerró los ojos y se preguntó qué iba a hacer con respecto a la Srta. Grandier. ¿Debería mantener las distancias con ella? ¿O seguir su amistad y ver hasta donde les llevaba? Él solo tenía veintiséis años y pensaba que podía esperar otro año o dos antes de buscar novia. El tiempo le daría la oportunidad de entender completamente en qué consistía gestionar sus bienes y sus nuevas responsabilidades en el Parlamento, pero la belleza de los ojos azules le invadía los pensamientos de manera continua.

¿Tenía razón, George?

¿Se estaba enamorando de la Srta. Grandier?

No lo sabía. Solo sabía que ansiaba su compañía y especialmente deseaba besar sus deliciosos labios de nuevo.

El primer escalofrío le hizo darse cuenta de que el agua se estaba enfriando, y se salió de la bañera. No tenía sentido helarse en el agua ahora fría, especialmente ya que no iba a solucionar su problema actual. Se secó y se puso su batín de nuevo. Cuando entró en su dormitorio, se sintió agradecido de ver que habían subido una bandeja de desayuno y sus ropas habían desaparecido del suelo. Gracias a Dios que existía el mayordomo del duque. Pronto iba a necesitar tener su propio ayudante de cámara, no podía seguir abusando de los empleados del duque.

Se sirvió una taza de té y se lo bebió con ganas, mientras que el repiqueteo en su frente empezó a reducirse. En una hora, Richard estaba afeitado y vestido. Bajó al piso de abajo para encontrar a Martin en la entrada.

“Lord Evans, ¿desea investigar su nueva vivienda ahora?”

Él asintió con la cabeza.”Sí. Tengo entendido que no está muy lejos de aquí. ¿Vamos andando?”

“Por supuesto, milord,” dijo Martin, abriendo la puerta y siguiendo a Richard escaleras abajo.

El aire todavía era un poco frío y el sol se asomaba de entre las nubes, pero Richard estaba contento de no tener que soportar el brillo del sol esta mañana. Seguía sintiéndose un poco indispuerto, aunque el té y las tostadas habían ayudado a aclarar su cabeza. Beber en exceso no era algo que él acostumbraba a hacer, y ahora recordaba por qué no lo hacía. No tenía intención de hacerlo de nuevo, no importa lo que decidiera sobre quedarse en Londres el resto de la Temporada. Tenía múltiples propiedades que visitar, según el informe del abogado, y tendría que sacar tiempo para visitarlas todas. ¿No debería hacerlo sin demora?

“¿Conocía al anterior marqués?”, preguntó Richard.

Martin sacudió la cabeza. “No le conocía, aunque la Sra. Smithfield era amiga de su cocinera.”

“¿Es ella parte de los empleados de la casa?”

“Creo que sí, milord.”

Les llevó menos de quince minutos encontrar su nuevo hogar. Un primer vistazo dejó a Richard horrorizado por el estado de la propiedad. La hierba y los setos estaban sin recortar y la casa de ladrillo y sus ventanas parecían sucias, especialmente ahora que el sol se había abierto paso de entre las nubes.

Miró a Martin. “No es exactamente una gran mansión, ¿verdad?”

“Quizás uno de los primeros cargos que debe llenar es el de jardinero.”

“Si este es el estado del jardín delantero, casi no quiero ver si hay un jardín trasero o establos.”

“¿Entramos, milord, o prefiere que rodeemos la propiedad primero?”, preguntó Martin.

“No creo que seríamos capaces de navegar hasta la parte trasera del edificio con todos estos

matojos. Entremos,” dijo Richard, sacando una llave del bolsillo.

Entraron en el vestíbulo oscuro, y él miró hacia la izquierda a lo que parecía ser un salón, aunque los muebles estaban tapados por sábanas blancas. Los cortinones estaban cerrados y no se podía ver mucho más allá en la habitación.

“Me temo que esta propiedad va a requerir una gran cantidad de trabajo para hacer que se pueda vivir aquí,” dijo Richard.

“Quizás no tanto como piensa,” dijo Martin. “Con una buena ventilación y limpieza, puede que se sorprenda del estado de las habitaciones.”

“Espero que esté en lo correcto porque caminar en este vestíbulo oscuro no me da muchos ánimos del resto de la propiedad.”

Mientras caminaban por el pasillo, escucharon voces cantando. “¿Vamos a investigar a ver quién tiene la voz de un ángel?”, preguntó Richard.

Solo podía provenir de la cocina debajo de las escaleras, y Martin fue por delante. Richard le seguía y pronto vio a una mujer de mediana edad con el pelo oscuro tapado por una cofia amasando pan y una mujer más joven cortando verduras en una de las otras mesas. Ellas cantaban con gran armonía, y cuando terminaron, Richard aplaudió. “¡Bravo!”

Ambas mujeres se quedaron sorprendidas y alzaron la mirada de sus tareas. “¿Quiénes son ustedes para invadir mi cocina?”, regañó la mujer más mayor. Tenía una cara agradable y ojos marrones expresivos, que se estrecharon al ver a los dos hombres que habían entrado en sus dominios.

Martin dio un paso al frente. “Señora, este es el Marqués de Evans.”

La cocinera se quedó con la boca abierta, y limpiándose las manos en su delantal, hizo una reverencia al igual que la mujer joven. “Perdóneme, milord. No sabía que vendría a visitar la casa hoy.”

“Fue una decisión del último momento,” dijo Richard. “¿Y usted quién es?”

“Oh, cielos. Disculpe mis modales, milord. Yo soy la Sra. Henderson, y esta es mi hija Camille. Hemos estado trabajando aquí dos años con una criada, Diana, cuidando de la casa.”

“¿Hay ama de llaves?”, preguntó Richard.

“No, milord. Las tres nos ocupamos de las tareas de la casa, lo que podemos, ya que la mayor parte de la casa está cerrada.”

“Voy a contratar más empleados para ayudar, especialmente un jardinero. Los terrenos están en muy mal estado.”

“Desde luego. El jardinero se marchó un día y nunca volvió. Sin permiso para contratar a otro, me temo que los jardines pronto se estropearon.”

“Entiendo. No se preocupe, Sra. Henderson, no la estoy culpando. Ha hecho un trabajo excelente en mantener la casa en orden. Una cosa más,” dijo Richard con una sonrisa. “Siéntanse libres de seguir cantando. Lo hacen bastante bien y he disfrutado mucho oyéndolas.”

Los ojos de la Sra. Henderson se iluminaron con el cumplido. “Gracias, milord. ¿Cenará aquí esta noche? Puedo preparar un buen guiso de cordero.”

“No esta noche. Después de que la casa tenga todos sus empleados y se haya limpiado a fondo, me mudaré aquí.”

“Por supuesto, milord,” dijo ella. “Estoy deseando que viva aquí.”

“Sra. Henderson, por favor, haga que el salón y mi dormitorio se limpien primero. Y abra los cortinones. Está muy oscuro todo.”

“Por supuesto, milord.”

“El resto de la casa puede esperar a que haya más empleados para ayudar con las tareas.”

“Lord Evans, ¿desea ver las cuadras?”, preguntó Martin.

Richard asintió con la cabeza. “Buenos días, Sra. Henderson, Camille.”

“Buenos días, milord,” dijeron ellas al unísono con otra reverencia.

Siguió al mayordomo fuera de la casa para inspeccionar la parte trasera de la propiedad y los establos. Para gran sorpresa de él, estaban en buenas condiciones y podían albergar varios caballos. Había una silla volante y una carroza también.

Inspeccionó los carruajes. “Estos parecen estar en mejor estado que la casa.”

“Una vez que haya un mozo de establos, los dos se limpiarán y se comprobarán en detalle,” dijo Martin. “Sin embargo tomará un tiempo hacer que traigan caballos de su propiedad en el campo.”

Richard sonrió. “Eso no será un problema. No hay necesidad de traer a los caballos aquí. Que se queden en mi casa de campo. Disfrutaré yendo a Tattersall para elegir una pareja de caballos y quizás un semental para pasear por la ciudad.

Siguió con su inspección de los establos y encontró que no había carcoma en la madera, y el tejado parecía estar en buen estado. “Esto es una agradable sorpresa. Casi me esperaba ver el tejado hundido.”

“No estaba seguro de lo que nos encontraríamos, milord,” dijo Martin. “¿Qué desea hacer al respecto de los empleados?”

Richard sacudió la cabeza. “No tengo ni idea. ¿Le gustaría ayudar con eso?”

“Por supuesto, Lord Evans. Con Sus Excelencias ausentes, me hago cargo de esa responsabilidad. Contactaré con una agencia de empleados de inmediato para contratar a un ama de llaves y un jardinero lo antes posible.”

“Gracias, Martin. Le compensaré por ello, por supuesto.”

“Eso no es necesario. Me alegra ayudarle, Lord Evans.”

“¿Cuál es el primer paso? Me temo que todo esto es muy nuevo para mí.”

“Me atrevo a sugerirle, Su Excelencia estaba muy a favor de contratar a ex soldados para algunos de los cargos, ayudante de cámara, mayordomo, lacayo, jardinero y mozo de cuadra.

“Esa es una idea excelente. Me parece bien seguir su sugerencia.”

Martin asintió con la cabeza, y regresaron a la casa, cerrando con llave la puerta delantera al salir. “Organizaré una serie de entrevistas para que pueda aprobar los candidatos.”

“Voy a necesitar un ayudante de cámara primero. No puedo seguir importunándole a usted y los empleados.”

Martin asintió con la cabeza. “Me ocupo de ello de inmediato.”

“Gracias, Martin. ¿Qué haré sin usted?”

Él rio. “Estará bien y bien cuidado, Lord Evans, una vez que la casa tenga todos sus empleados.”

Con un asunto arreglado, Richard se sintió mejor. Ahora todo lo que tenía que hacer era averiguar qué hacer con la Srta. Grandier. Aunque se sentía confuso por sus sentimientos hacia él, no podía negar que nunca había disfrutado de un beso más que el que compartieron en la terraza de la casa Shelton en el baile. Le había removido su mundo. ¿Podía pasar de ella tan fácilmente por un solo comentario? Excepto que no era solo un comentario. Podía significar la diferencia entre la Srta. Grandier queriéndole por sí mismo y meramente buscando un título.

Y eso era una gran diferencia a sus ojos.

“Le veo más tarde, Martin. Tengo que hacer unos cuantos recados.”

“Muy bien, milord,” dijo Martin, caminando de vuelta a la casa ducal.

Capítulo 6

El cielo todavía estaba oscuro cuando Helena despertó la mañana siguiente al baile de los Shelton. Había dado vueltas en la cama la mayor parte de la noche, pensando en Lord Evans. Su olor a sándalo parecía permanecer en su mente, aunque ella sabía que eso no era posible. Todavía no había descubierto qué había hecho que el marqués se enfriara hacia ella durante su baile, y le inquietaba pensar que él pudiera estar disgustado con ella.

No habría otra ocasión para verle hasta el viernes como pronto. Dudó que él asistiría al musical esta noche, pero esperó que asistiera al baile Parker y pedirle un baile. Quizás entonces ella podría averiguar por qué se había retirado de ella tan repentinamente. No sabía lo que haría si él rompía la conexión entre ellos y se encontró contemplando la idea de preguntarle directamente qué le molestaba.

¿Podía atreverse a tanto?

Excepto que ser atrevida no era como la habían criado. A las jóvenes se les enseñaba ser siempre discretas, no atrevidas. Las mujeres no desafiaban a los hombres ni sus opiniones. ¿Tenía ella el valor de alzar la voz? Quizás sí, después de todo. Su felicidad futura dependía de ello.

Una hora más tarde, Hastings vino a su habitación. “Srta. Grandier, está despierta temprano hoy. ¿Le aqueja algo?”

“Me costó conciliar el sueño, eso es todo. Estoy bien.”

Hastings la ayudó a ponerse un vestido de día de color lavanda pálido y le recogió el cabello en un sencillo moño. Ella no esperaba visitas hoy, de manera que no había necesidad para un peinado elaborado.

Unas horas más tarde, estaba sentada en el pequeño salón que había al lado de su dormitorio intentando leer, cuando sonó un golpe en su puerta. “Pase.”

“Srta. Grandier, tiene una visita,” dijo Daniels.

El corazón de Helena se aceleró. ¿Había venido a visitarla Lord Evans después de todo?”

“¿Quién es?”

“La Srta. Weston. ¿Le hago subir?”

Helena sintió un momento de pena porque no era el marqués, pero se alegraría de ver a su amiga. Quizás Lydia pudiera arrojar un poco de luz a su problema actual, especialmente dado que ella también había bailado con Lord Evans en el baile de los Shelton. “Sí, por favor, que suba.”

Daniels regresó en unos momentos con la Srta. Weston. Helena se levantó del sofá y abrazó a su amiga. “Lydia, qué bien verte.”

Daniels salió de la habitación.

“Helena, ¿cómo no venir a verte? Después de que Lord Evans y Lord Spenser firmaran mi tarjeta de baile, había casi una estampida de caballeros pidiéndole una presentación a mi tía. ¿Cómo puedo darte las gracias por tu gentileza en brindarme una noche tan maravillosa? Estoy tan agradecida de no tener que quedarme sentada con las matronas toda la noche,” dijo Lydia cuando las dos mujeres se sentaron en el sofá.

“Me alegro de que hayas tenido una velada maravillosa. ¿Pido una bandeja de té?”

“No. Desgraciadamente, no puedo quedarme mucho. Solo había venido a expresar mi profundo agradecimiento.”

Helena se quedó descorazonada. Quería desahogarse con su amiga, pero no quería incomodarla con sus problemas.

Lydia estrechó los ojos, mirándola con detenimiento. “Helena, ¿qué sucede? No pareces feliz hoy.”

Unas lágrimas amenazaban con rodar por las mejillas de Helena y ella parpadeó para impedirlo. “No lo estoy, y no tengo idea de cómo arreglarlo.”

Lydia la tomó de la mano. “¿Deseas confiar en mí? Te prometo que se me da muy bien escuchar.”

Era inútil. Una lágrima rebotó el ojo de Helena, pero ella se la secó corriendo. “No deseo causarte un inconveniente, especialmente si tienes otra cita a la que acudir.”

“Tonterías. Tú eres más importante. Por favor, cuéntame qué te pasa.”

“No sé por dónde empezar.”

“¿Pasó algo en el baile?”, preguntó Lydia.

“Sí.” Helena respiró hondo. Necesitaba desahogarse, y la visita de su amiga no pudo llegar en mejor momento. “Conocí a Lord Evans hace un mes cuando él era el Sr. Ballard. Parecíamos encajar muy bien, y yo estaba encantada con sus atenciones. Claro que mi madre no estaba contenta, viendo que solo iba a convertirse en barón, pero eso me importaba poco. Me gustaba el hombre por sí mismo.”

Lydia asintió con la cabeza. “Estoy segura de que tu madre solo quería la mejor pareja para ti. Mi padre es así también.”

“Lo sé, pero disfrutaba de la compañía de Lord Evans antes de que se convirtiera en marqués. Le intenté decir lo buen hombre que es, pero ella no estaba convencida. No era correcto que mi madre fuese tan firme en su pensamiento, así que seguí cantando sus alabanzas siempre que podía.”

Los ojos de Lydia se agrandaron. “Oh, cielos. ¿Te has enamorado de Lord Evans?”

Helena soltó unas cuantas lágrimas más. “No estoy segura, pero sé que me partirá el corazón a buen seguro si pierdo su compañía, si ya no le gusto y eso aplastará mi entusiasmo para el resto de la Temporada.”

“¿Por qué dices eso? ¿Qué pasó? Te vi bailando con él. Los dos parecíais muy enamorados. ¿Por un casual te ha besado?”

Helena no pudo detener el rubor caliente que manchaba sus mejillas de rosa. “Oh, Lydia. Fue el beso más glorioso que haya podido imaginar. Pensé que me desmayaría del puro placer.”

“¿Lo ves? No te habría besado si no estuviera interesado en seguirte.”

“Eso es lo que yo pensé también... hasta que a la mitad del baile pareció ponerse rígido y echarse atrás levemente. Se suponía que venía a merendar hoy, pero dijo que no anoche, citando muchas responsabilidades de las que ocuparse.”

“Entiendo. Siendo nuevo al título, estoy segura de que tiene muchos detalles de los que ocuparse. Puede que no tenga nada que ver con lo que siente por ti,” dijo Lydia. “Debes tener fe en que todo se resolverá.”

“Quizás.”

“Espera, ¿has dicho que se retiró a la mitad del baile? ¿Quizás dijiste algo que le pudiera haber incomodado?”

Helena intentó pensar en algo de su baile juntos que no hubiera pensado ya cien veces. Había pasado la mayor parte de la noche anterior intentando averiguar qué había pasado. “No tengo ni idea. Solo puedo pensar que ya no tiene interés en mí y solo quería besarme antes de seguir con otra mujer más adecuada.”

“Hmm... eso sería una posibilidad si yo no hubiera visto la manera en que te mira. Yo diría que está bastante arrobado contigo.”

“Espero que estés en lo correcto, Lydia.”

Desperado por escapar de las preocupaciones del estado de su casa y los pensamientos sobre la Srta. Grandier, Richard sabía exactamente a dónde ir. El corto paseo hasta casa de Lady Dalling era vigorizante ahora que el sol había caldeado el aire del mediodía. Richard conocía a Marian, Lady Dalling y a Eleanor, Lady Collin, de cuando Wolf cortejaba a la hija de Lady Collin, Lady Mercy. Él había acompañado al duque en muchas de sus visitas y había conversado con ellas en numerosas ocasiones. Si alguien conocía la mente de una joven, serían estas dos mujeres a las que tenía en alta estima.

Subió los escalones, y antes de que pudiera tocar el picaporte, Kentworth abrió la puerta.

“Buenos días, Lord Evans.”

“Me gustaría ver a Lady Dalling si está recibiendo invitados esta tarde.”

“Por supuesto, milord. Está en el salón de arriba,” dijo Kentworth guiando a Richard al piso de arriba y anunciarle. “Lord Evans.”

“¡Lord Evans, qué agradable sorpresa! No le esperábamos,” dijo Marian.

Ahora que Richard tenía tres pares de ojos mirándole fijamente, se preguntó si había tomado la decisión correcta en venir aquí, pero era demasiado tarde ahora. Adoptó una sonrisa. “Bueno, le prometí a Lady Harriet una visita a Gunter’s para comer helado. Sin embargo, todavía no tengo caballos para mi carruaje, así que tendríamos que caminar. ¿Es eso de su agrado?”

“Lord Evans, puede usar mi carruaje,” dijo Marian. “No hay necesidad de caminar.”

Richard asintió con la cabeza. “Gracias, Lady Dalling. Eso sería muy de agradecer.”

Marian hizo sonar la pequeña campanilla de plata que había encima de la mesa a su lado, y Kentworth apareció de momento. “¿Necesita algo, milady?”

“Sí. Haga que mi carruaje esté preparado para Lord Evans.”

“Por supuesto, Lady Dalling.”

Harriet se levantó de un brinco. “¿De verdad? Me llevarás a Gunter’s?”

Richard asintió con la cabeza mirando a la hermana menor de Mercy. “Me encantaría llevarlas a todas si gustan.”

Harriet se volvió para mirar a su madre. “Oh, Mamá, ¿podemos ir? Es un día tan bonito afuera.”

Eleanor miró a Marian. “¿Lady Dalling, le gustaría acompañarnos?”

“Me temo que hoy no. Tengo que atender a correspondencia. Quizás la próxima vez.”

Eleanor se giró y le sonrió a su hija. “Por supuesto que podemos ir. ¿Por qué no vas a buscar nuestros bonetes y guantes mientras visitamos con Lord Evans un momento.”

Harriet le hizo una reverencia, sus tirabuzones lustrosos negros rebotando alrededor de su cara, antes de salir de la habitación.

“Ahora, Lord Evans, ¿por qué está aquí realmente?”, preguntó Marian una vez que Harriet ya no les podía escuchar. “Es bonito que quiera sacar a mi nieta para comer helados, pero no creo que esa sea la única razón por su visita.”

A Richard le gustaba su actitud franca y directa. Era justo lo que él necesitaba. “Mi querida señora, estoy esperando que entre usted y Lady Collin, me puedan aconsejar acerca de un dilema al que parece que me encuentro y del cual no tengo idea de cómo resolver.”

“¿Oh? ¿Tiene esto algo que ver con la Srta. Grandier?” preguntó Eleanor.

Richard respiró hondo y asintió. Era el momento de confiar en alguien aparte de George,

que era uno de sus mejores amigos, pero no podía ayudarle en esta situación. George ya se daba cuenta de demasiado, y si Richard confiase en él diciéndole que había desarrollado una querencia por la Srta. Grandier, tenía miedo de que George no lo dejaría ir. Una perspectiva de mujer es lo que necesitaba exactamente. “Sí, desde luego. Creía que estábamos formando una unión antes de que me dieran mi título, pero ahora no estoy tan seguro.”

“¿Por qué dice eso?” preguntó Marian. “¿Dijo ella algo que le alterase?”

“No exactamente, pero en el baile Shelton, ella dijo que todas las jóvenes querían bailar con un marqués. La manera en que lo dijo me hizo creer que sólo bailaba conmigo a causa de mi nuevo título. Sé que su madre se siente así ciertamente. Lady Everett no estaba contenta conmigo mostrando interés por la Srta. Grandier antes de que me convirtiera en marqués.”

“Lord Evans, dudo que la Srta. Grandier fuese tan interesada, y Lady Everett solo quiere lo mejor para su hija,” dijo Eleanor. “La Srta. Grandier es una joven encantadora y es gran amiga de mi hija, así que la conozco bastante bien. Sí que la escuché decir más de una vez cuando el duque estaba cortejando a Mercy, que ella le encontraba a usted muy de su agrado.”

Richard se quedó aturdido. ¿Se estaba preocupando por las intenciones de la dama en vano? El baile de los Shelton había estado tan abarrotado de señoritas exigiendo su atención, pero no la Srta. Grandier. Ella había sido la chica dulce y sencilla normal. “¿Ella dijo eso?”

Eleanor asintió. “Sí, y lo dijo antes de que se le concediera su título. Quizás solo estaba diciendo lo evidente en el baile. ¿Está pensando en hacerle la corte a la joven?”

“Quizás.”

“Si tiene interés en ella, yo no esperaré mucho antes de decírselo. Ella es bastante hermosa y es probable que atraiga a muchos caballeros que gustaría cortejarla esta Temporada,” agregó Marian.

Eso hizo que Richard pausara. ¿Cómo se iba a sentir si otro caballero se acercara y se apoderara de su corazón antes de que él tuviera la posibilidad de profundizar su conexión con la Srta. Grandier? “Gracias por su sabio consejo, Lady Dalling. Lo tendré muy en cuenta.”

Harriet aprovechó ese momento para regresar al salón. “Aquí tienes, Mamá,” dijo, entregándole a Eleanor el bonete y los guantes que había buscado en la habitación de su madre.

Eleanor se ató las cintas del bonete bajo su barbilla y se puso los guantes. “Gracias, querida.”

“¿Estás segura que no vienes con nosotros, Abuela?”, preguntó Harriet.

Marian sacudió la cabeza. “No esta vez. Que disfruten de sus helados.”

“Buenos días, Lady Dalling,” dijo Richard poniéndose en pie e inclinándose ante la marquesa. “Siempre es un placer verla.”

“Usted también, Lord Evans,” dijo Marian.

Richard extendió ambos brazos. “¿Damas, nos vamos?”

Eleanor y Harriet le tomaron del brazo y él las acompañó afuera. El carruaje estaba preparado y Richard las ayudó a subir y le dio las instrucciones al cochero.

“Lord Evans, ¿ha tenido ocasión de ver su casa londinense todavía?”, preguntó Eleanor mientras el carruaje empezaba a andar.

Richard asintió con la cabeza. “Lo visité antes hoy. La casa necesita trabajo, pero el mayordomo de Su Excelencia me está ayudando con el personal.”

“Eso es muy bondadoso por parte de Martin.”

“Desde luego. Ha ofrecido sus servicios mientras Sus Excelencias están en su viaje de bodas.”

“He estado haciendo lo mismo con la casa que Su Excelencia me compró para mí y

Harriet,” dijo Eleanor. “Los pintores están allí hoy, y luego estarán los de las cortinas.”

La cabeza de Richard empezó a dar vueltas. “¿Pintores? ¿Cortinas? Pensé que la casa solo necesitaba una buena limpieza.”

“Eso es un buen comienzo. Quizás pueda esperar a redecorar hasta que se case. Su marquesa ciertamente querrá poner su propio toque en la casa.”

Eso hizo que Richard se sintiera mejor. Era una buena idea permitir a la mujer con la que se casara que decorase la casa como le gustara. Ahora que se había enterado de la cantidad de riqueza que tenía, lo que quisiera su esposa hacer no sería un problema. “Creo que está en lo correcto. Voy a seguir sus consejos. Gracias, Lady Collin.”

“Es un placer.”

Llegaron a Gunter’s y un camarero pronto apareció al lado de su carruaje para tomar su pedido.

“Lady Harriet, ¿qué le gustaría hoy?”, preguntó Richard.

“Me gustaría probar el de fresa.”

“¿Lady Collin?” preguntó Richard.

“Helado de limón para mí.”

“Suenan bien. Dos helados de limón y uno de fresa,” dijo él y el camarero regresó dentro para preparar los pedidos.

En unos momentos, les trajo lo que habían pedido, y ellos se quedaron en amigable silencio, disfrutando de sus delicias.

“Lord Evans, no puedo darle las gracias lo suficiente por traernos aquí hoy,” dijo Harriet “No sabía que vendría a vernos tan pronto.”

Richard se colocó una mano en el corazón, exagerando un dolor imaginario. “Mi querida dama, me siento ofendido. Mi palabra es de obligado cumplimiento. ¿Cómo iba a poder vivir con una mancha tan oscura en mi honor?” dijo con un fingido ultraje.

Harriet rió. “Lo ve, sabía que usted era el gracioso.”

“¿Ha montado ya en su yegua nueva?”, preguntó Richard.

“Me encanta Meribelle. Es un placer montar en ella. Sólo he salido con ella unas cuantas veces, pero espero montarla más a menudo pronto.”

“Lord Evans, ¿le gustaría venir a merendar con nosotras mañana? No he visto a Lady Everett en una semana, y claro, invitaré a la Srta. Grandier,” dijo Eleanor.

Richard sonrió. Había tomado la decisión correcta en buscar el consejo de Lady Collin. “Me encantaría ir, Lady Collin. Gracias.”

“Es mi placer, milord,” dijo ella con una sonrisa cómplice.

Richard se despidió de Lady Collin y Harriet cuando regresaron a Casa Dalling y caminó a de vuelta a la casa de Wolf sintiéndose mejor que cuando se había despertado esa mañana. Quizás estaba siendo demasiado sensible, y la Srta. Grandier no había querido decir nada con su comentario más allá de decir una evidencia, como había dicho Lady Collin. Una sencilla evidencia que cualquier joven mujer podría decir. Eso tenía sentido ahora que lo veía racionalmente y no de manera acalorada.

Estaba siendo insensato, y apenas podía esperar a verla mañana en la merienda... y quizás robarle otro beso.

Capítulo 7

“Querida, hemos sido invitadas a merendar con Lady Collin mañana,” dijo Julia.

“Eso es muy placentero, Mamá,” dijo Helena. “Echo tanto de menos a Mercy, pero por lo menos podré visitar a Lady Collin y a Harriet.”

Justo entonces, Marcus y Abigail entraron en el salón para tomar una copa de jerez antes de la cena. “¿A quién echas de menos, querida?”, preguntó Abigail.

“A la Duquesa de Wiltshire. Espero que esté disfrutando de su viaje de bodas.”

Abigail le guiñó un ojo a su marido. “Estoy segura de que sí.”

Helena se preguntaba sobre la comunicación en secreto que Abigail y Marcus tenían. Parecía que con solo una mirada o un guiño, se entendían. Ella esperaba algún día tener esa clase de relación con su marido.

“¿Podemos contar con vosotros?”, preguntó Julia.

“Me temo que tendremos que declinar tu amable invitación, ya que tenemos otra cita mañana,” dijo Marcus.

El mayordomo anunció la cena, y se fueron todos al comedor. Helena solo prestó un poco de atención a la conversación a su alrededor. No podía dejar de pensar en Lord Evans, especialmente ya que su corazón anhelaba sus atenciones de una manera total. La sonrisa de él le hacía sentir escalofríos de encanto por todo el cuerpo. ¿Cómo iba a poder soportar una semana antes de volver a verle? ¿Se alegraría él de verla?

“Querida mía, ¿tocarás para nosotros después de la cena?”, preguntó Julia.

Helena asintió. “Por supuesto, Mamá.”

Nada de la cena de esta noche le seducía a Helena, y acabó comiendo con desgana. No tenía apetito, pero no quería que su madre se diera cuenta, especialmente si empezaba a hablar de Lord Evans. Helena no tenía respuestas, así que hizo lo que todas las jóvenes de buena cuna habían aprendido, sonreír y hablar del tiempo.

Cuando se terminó la cena, tocó el pianoforte durante una hora antes de ausentarse. “Os veré a todos por la mañana,” dijo ella, besando a su madre en la mejilla. “Buenas noches, Marcus, Abigail.”

“Buenas noches,” dijo la pareja.

Ella quería subir las escaleras corriendo y esconderse en su habitación, pero no quería que nadie se diera cuenta de su malestar. Su Temporada se suponía que debía ser mágica, la disfrutaría y encontraría al hombre perfecto con quien casarse; al menos eso es lo que había pensado.

Desgraciadamente, eso no era lo que estaba pasando.

Ella había encontrado al hombre perfecto, pero él parecía no quererla a ella. ¿Cómo iba a soportarlo si Lord Evans la rechazara de plano? Por su mente iban dando vueltas distintos escenarios que podrían ser. Ella sabía que tenía que dejar de torturarse y esperar a ver lo que pasaba en el siguiente baile, pero su corazón ilógico no escuchaba a su mente lógica. Todo lo que quería era sentir sus brazos rodeándola y saborear más de sus besos ardientes.

Hastings la ayudó a prepararse para dormir. “¿Algo más, milady?”

“No. Buenas noches, Hastings. Te veré por la mañana.”

Hastings hizo una reverencia y salió de la habitación en silencio, dejando a Helena a solas con sus pensamientos. Estaba demasiado inquieta para poder dormir, y daba pasos por su

habitación, intentando convencerse de que había más de un hombre por ahí para ella, pero parecía que su corazón atolondrado se había decidido por Lord Evans. Ella quería negarlo, pero no podía. El hecho era que ya estaba desesperadamente enamorada del marqués devastadoramente apuesto. ¿Se llevaría un desengaño? Ella esperaba que no.

Después de otra noche dando vueltas en la cama, Helena se despertó y le sorprendió ver la hora. Normalmente, solía despertar temprano, pero al ver la luz del sol que entraba en su habitación, seguramente era más cercano al mediodía.

“Está despierta,” dijo Hastings. “No creo haberla dormido hasta tan tarde excepto después de un baile.”

Helena solo movió la cabeza. “Supongo que estaba más cansada de lo que creía.” Lo último que quería era explicar cómo había estado dando vueltas en la cama la mayor parte de la noche, pensando en Lord Evans. Seguramente era cerca del amanecer cuando finalmente se quedó dormida.

“¿Desea una bandeja o esperar a la hora de comer?”, preguntó Hastings.

“Quizás té y tostadas de momento.”

“Muy bien, milady. Ahora vuelvo.”

Helena se salió de la cama y se lavó la cara.

Hastings regresó con una bandeja y le sirvió una taza de té. “Aquí tiene, milady. Nada como una taza caliente de té para empezar el día.”

“Gracias, Hastings. Esto es justo lo que necesitaba.”

Su doncella la ayudó a vestirse y ella bajó al piso de abajo a tiempo para el almuerzo. “Buenos días a todos,” dijo ella entrando en el salón.

“Querida mía, es casi la hora de comer. ¿Estás bien?”, preguntó Julia.

Helena asintió. “Sí, Mamá. Estoy perfectamente bien. Supongo que sólo estaba un poco más cansada de lo que pensaba.”

“Buenos días, Helena,” dijo Abigail.

Helena se volvió hacia su prima y le besó en la mejilla. “Abigail, ¿cómo estás?”

“Estoy bastante bien, gracias.”

“Y yo estoy aquí para asegurarme de que siga así,” agregó Marcus, estirando una mano para cogérsela.

Helena vio el amor brillando en las miradas de la pareja y casi rompió a llorar. Eso era exactamente lo que ella anhelaba en un matrimonio: amor incondicional.

Peters anunció que se había servido el almuerzo y todos entraron en el comedor.

Helena seguía sin apetito todavía, pero si no comía, su madre iba a darse cuenta. A Julia no se le escapaban muchas cosas, especialmente las que tenían que ver con su hija. Sabía que su madre la amaba, pero a veces deseaba que no fuera tan observadora.

Después de comer, Marcus y Abigail regresaron a sus habitaciones, mientras que su madre dijo que tenía un poco de correspondencia que atender, dejando a Helena felizmente sola. Ella salió al jardín e inhaló el olor a lilas que había en el aire. El jardín siempre había sido su lugar favorito, y mientras caminaba por el sendero, la belleza del entorno calmó su mente alborotada. Esto era exactamente lo que necesitaba, y pasó una hora en el exterior disfrutando del tiempo bonancible.

De vuelta al salón, intentó bordar un poco. Pero sus puntadas eran irregulares y tenía que sacarlas constantemente, quizás con un poco más de fuerza de lo necesario.

“¿Querida, qué te ha hecho ese pobre aro de bordado para alterarte tanto?”, preguntó Julia

cuando regresó al salón.

Helena rio. “Mamá, parece que hoy no puedo coser bien.”

“A veces hay días así. ¿Quizás un buen libro es más de tu gusto?”

“Esa es una buena idea. Por favor, discúlpame, Mamá. Voy a elegir algo de la biblioteca para leer.”

Helena guardó su bordado en el cesto al lado del sofá y salió de la sala antes de que su madre pudiera preguntarle acerca de su malestar de hoy. La biblioteca de los Everett era amplia y no tenía que tener ninguna dificultad en elegir algo para leer. Sus dedos recorrieron los lomos de piel de los libros, casi como las caricias queridas que ella deseaba de Lord Evans.

La tarde seguía su curso interminable y, aunque intentaba leer, su mente no se apaciguaba. Finalmente, era la hora de marchar para merendar con Lady Collin. Ella sintió el escrutinio de su madre en el carruaje.

“Querida, estás pálida,” dijo Julia.

“Mamá, estoy bien y deseosa de ver a Lady Collin y a Harriet de nuevo. Quizás tenga noticias de Mercy y cuando vuelve de su viaje de bodas. La echo mucho de menos.”

Eso parecía satisfacer a su madre. Tenía que disfrazar mejor su melancolía a causa de Lord Evans si no quería que su madre la interrogase sobre él todos los días. Ella sabía que se había enamorado perdidamente del hombre imposiblemente apuesto, pero eso daba igual si no era correspondida. Lo que había empezado como una jubilosa Temporada se había amargado de manera definitiva para ella.

Kentworth abrió la puerta cuando subieron las escaleras de la Casa Dalling. “Lady Everett, Srta. Grandier, se les espera. Por favor, síganme.” Él las acompañó al piso de arriba y las anunció.

Julia entró primero, y cuando Helena entró, sus ojos se abrieron mucho al ver quién más asistía. El Conde de Robertson estaba sentado con la abuela de Mercy, charlando de manera amigable. Ella había sido presentada al conde el mes pasado, encontrando que era agradable conversar con él. Habían bailado juntos una serie de veces, y aunque bailaba bien, no era para nada comparable con cómo se sentía cuando bailaba con Lord Evans. Pero nada de eso importaba ahora y usó su buena educación para sobrellevar el momento. Alisó su frente y adoptó una sonrisa.

Cuando Lord Robertson las vió, se puso en pie y se acercó para saludarlas. “Lady Everett,” dijo inclinándose ante ella.

“Lord Robertson, qué placer verle hoy,” dijo Julia.

Se volvió hacia Helena. “Srta. Grandier, está tan hermosa como siempre,” dijo, besándole la mano enguantada.

“Gracias, Lord Robertson.”

Él extendió el brazo. “¿Nos sentamos?”

Helena colocó los dedos en su antebrazo y le dejó guiarla más adentro en la habitación.

Su madre saludó a Lady Dalling y a Lady Collin y se sentó al lado de Lady Dalling, dejando el sofá para Helena y Lord Robertson.

Ella se sentó lo más dentro de la esquina del sofá que pudo, pero para su sorpresa, Lord Robertson eligió sentarse lo más cerca de ella posible sin llegar a tocarla. Ella suspiró para sus adentros. Helena sabía que algunas mujeres le consideraban guapo, con su cabello casi rubio y sus ojos marrones profundos, pero ella solo podía compararle con Lord Evans, y él no daba la talla en lo que ella sentía por el marqués.

Lord Evans hacía que su corazón diese un vuelco cada vez que le veía, mientras que Lord

Robertson sólo parecía ser un caballero agradable con el que había bailado y conversado en varias ocasiones. Aunque, ahora que lo pensaba, el conde le había pedido un baile en todos los eventos a los que ella había asistido. ¿Había pasado por alto el interés de él porque estaba tan pendiente de Lord Evans?

Ella sabía que su madre quería que se casara con alguien con un título. ¿Podría ser su futuro marido el Conde de Robertson? Si Lord Evans no quería cortejarla, ella debería prestar atención cuidadosa a otro caballero, quizás incluso Lord Robertson. Ella no encontró que le faltara nada en su carácter. Era agradable, amable y la trataba con todo el respeto.

Pero... no era el hombre a quien ella ansiaba.

De todas formas, el respeto era una base fundamental de un matrimonio, ¿verdad? Ella podría tener que abandonar su tonta noción de un matrimonio por amor y enfocarse en elegir un marido que la respetara y que por lo menos la trataría bien.

“Srta. Grandier, ¿tiene intención de asistir al baile de los Parker el viernes?”, preguntó Lord Robertson.

“Sí. Creo que mi prima la Vizcondesa de Everett ha aceptado por nosotras,” dijo ella.

“¿Me haría el honor de guardar el baile de la cena para mí?”

Helena no quería regalar el baile de la cena, estaba esperando que Lord Evans lo pidiera, como había hecho antes. Pero ella no le había visto en días y no tenía ni idea de cuando le volvería a ver, y con todas las mujeres en la habitación mirándola, ella no tuvo otra elección. “Sería un honor, milord.”

La criada entró con el carrito de la merienda. “¿Necesita algo más, Lady Dalling?”

“No. Eso es todo.”

La criada hizo una reverencia y salió del salón.

“Srta. Grandier, querida, ¿servirías el té?”

Helena se puso en pie. “Por supuesto, Lady Dalling.”

Nada más entregar las tazas de té y volver a sentarse, Kentworth anunció más invitados.

“Lord Evans y Lord George Spenser,” anunció el mayordomo.

Helena giró la cabeza a toda prisa para mirar hacia la puerta. No había esperado verle hoy y casi se le cae la taza de té, su sorpresa era tan grande. Su corazón alocado empezó a martillar, y ella no podía saciarse de ver su físico bello, especialmente como sus hombros llenaban su chaqueta verde bosque.

¿Por qué tenía que ser tan perfecto?

Ella intentó controlar su respiración, especialmente ya que Lord Robertson estaba sentado a su lado, pero él se había vuelto casi invisible para ella ahora que había llegado Lord Evans.

¡Oh, qué hombre era Lord Evans! Un hombre que le había robado el corazón.

Richard había estado deseoso por merendar con Lady Dalling y Lady Collin. Fiel a su palabra, Lady Collin había invitado a Lady Everett y a la Srta. Grandier para visitarlas. Lo que él no se esperaba era ver a un caballero sentado en el sofá. Estaba sentado más cerca de Helena de lo apropiado según la sociedad. ¿Por qué estaba aquí? Lady Collin no había dicho que otro hombre vendría a merendar.

Él alisó su cara, entró en la habitación, y se inclinó ante las mujeres. “Buenas tardes, señoras.”

Ella y su madre se pusieron en pie e hicieron una reverencia.

“Lord Evans, me alegro tanto de que pudiera acompañarnos,” dijo Eleanor. “Lord Spenser, qué placer volver a verle.”

George se inclinó. “Lady Collin, el placer es mío.”

“Caballeros, ¿les puedo presentar al Conde de Robertson? Lord Robertson, el Marqués de Evans y Lord George Spenser.”

Robertson se puso en pie y les estrechó la mano. “Un placer conocerles a los dos. Me sorprende que no nos hayan presentado antes, Lord Spenser; conozco a su hermano.”

“Oh, ¿cuál de ellos?”

“Lord Ellison.”

“Ah, sí. Puede que haya mencionado su nombre alguna vez,” dijo George.

Robertson se volvió a sentar al lado de Helena.

A Richard no le gustaba ver al conde sentarse tan cerca de Helena. La verdad es que no le gustaba ver a ningún caballero prestar atención a la belleza rubia.

“Srta. Grandier, ¿podrías servirle a los caballeros?” preguntó Eleanor.

Helena asintió con la cabeza. “Por supuesto. Caballero, ¿cómo le gusta su té?”

“Dos trocitos de azúcar,” dijo Richard.

“Un poco de leche y un azucarillo,” agregó George.

Richard quería llevarse a Helena afuera al jardín unos momentos para decirle lo mucho que le agradaba su compañía. Eso no iba a suceder con Robertson presente, así que a falta de eso, le preguntó. “Srta. Grandier, ¿asistirá por un casual al baile de los Parker el viernes?”

Ella le brindó una sonrisa hermosa que le hizo sentir debilidad en las rodillas. “Sí, asistiremos.”

“¿Puedo pedir el baile de la cena?”

Antes de que ella pudiera responder, Robertson habló. “Lo siento, ya que pedido ese baile y la dama me ha dicho que sí.”

Richard había sido indiferente ante Robertson antes, pero ahora le odiaba. Bueno, quizás no odiado exactamente, pero le irritaba decididamente. Robertson se había adelantado y pedido el baile que Richard deseaba más. Aunque deseaba ir en contra de él, no podía condenar al hombre por querer bailar con la chica más bonita de la Temporada.

Asintió con la cabeza. “Entiendo. ¿Quizás un vals entonces?”

“Estaría encantada, milord,” dijo Helena, repartiendo las tazas de té antes de sentarse al lado de Robertson una vez más.

Mientras sorbía su té y charlaba, Richard podía ver que Robertson estaba interesado en Helena, y eso le hizo desear no haber perdido el tiempo en su tonta obsesión con el comentario de ella acerca de su título. No era nada, como se daba cuenta ahora, pero había dejado la puerta abierta para que otro caballero se apoderase de los afectos de la dama. Tendría que remediar eso en el baile de los Parker.

No iba a perder a Helena a un tipo como Robertson.

De ninguna manera.

Capítulo 8

Después de una merienda incómoda que no le permitió ningún momento a solas con Helena, Richard y George se despidieron.

“¿Richard, qué pasó ahí? Estabas verdaderamente humeando, aunque disimulaste bien,” dijo George.

“No era nada. Me sorprendió ver a Robertson allí, eso es todo.”

George le miró con una sonrisa cómplice. “Ya veo.”

Richard giró la cabeza con brusquedad para mirar de frente a su amigo. “¿Qué ves, George?” Su ira al ver a Robertson en la merienda estaba empezando a rebasarlo, y George estaba echando más leña al fuego.

“Nada, amigo mío. ¿Te apetece ir a Jackson’s para unas rondas?”

“Desde luego. De paso te diré, necesito ir a Tattersall’s mañana. ¿Te apetece ir conmigo?”

“Sí, siempre que no sea al amanecer. Necesito mi sueño reparador, después de todo,” dijo George riendo.

La conversación ligera de George tuvo el efecto deseado en Richard y parte de su ira se enfrió como un globo reventando. No podía estar enojado con Robertson por hacer lo que todo caballero buscando esposa estaba haciendo, logrando conocer a la chica más guapa de la Temporada.

¿No era eso lo que él estaba haciendo precisamente?

A la vuelta de la esquina de Casa Dalling, George paró a un carruaje, y los dos se fueron a Gentleman Jack’s. Necesitaba hacer algo para disipar un poco de su enojo, aunque quizás su enfado debía dirigirlo hacia él mismo. Él era quien se había retirado de la Srta. Grandier en primer lugar. Al pensarlo, eso fue bastante insensato por su parte y podría costarle caro. Eso era lo último que deseaba.

El carruaje se detuvo frente al club de púgiles y los dos entraron dentro. Ambos hombres se quitaron las chaquetas, corbatas y camisas antes de vendarse las manos con tela blanca.

“Espero que no me arrepienta de esta decisión,” dijo George mientras seguía a Richard al cuadrilátero.

Los labios de Richard se curvaron. “Venga, George. Seguro que puedes boxear unas cuantas rondas con tu viejo capitán.”

“Eso es lo que me temo. El Capitán Ballard era invencible en el boxeo,” dijo George sacudiendo la cabeza. “Por lo que veo en tu mirada, sé que voy a arrepentirme de esto sin duda alguna.”

Después de unas pocas rondas intercambiando golpe con uno de sus mejores amigos, Richard detuvo la pelea. “Eso es suficiente por un día, ¿no crees?”

George se frotó un ojo. “Estoy muy de acuerdo contigo. Como dije antes, el Capitán Ballard es invencible.”

Richard rio. “Aprecio tu manera de favorecerme.”

“De nada, aunque mi ojo no te lo agradece. Ahora que has liberado un poco de tu agresividad, ¿qué vas a hacer con respecto a la Srta. Grandier?”

No le molestó las preguntas de George esta vez. “Veremos cómo van las cosas en el baile Parker.”

George asintió y no dudó de su respuesta. Cuando se vistieron, dijo, “traeré el carruaje de

mi padre a las once para ir a Tattersall's. ¿Te viene bien?"

"Sí. Ven a casa de Wolf, ya que no me he mudado todavía a la casa Evans."

"Hasta mañana, entonces."

Richard vio a George alejarse hacia Mayfair. Sabía que su amigo tenía razón. Si estaba interesado en la Srta. Grandier, tenía que dejar de lado sus ideas insensatas y dedicarse a conocer mejor a la joven. Necesitaba comprar un par de caballos mañana, para pedirle un paseo en carruaje, además de un semental para usar en sus desplazamientos por la ciudad. Se dio cuenta de que un paseo por Hyde Park con ella en su carruaje era exactamente lo que deseaba hacer, y eso le mandaría un mensaje a otros caballeros de que Helena era suya.

A la mañana siguiente, George llegó puntual a las once en el carruaje de su padre, con un poco de moratón en torno al ojo izquierdo.

"Buenos días, George," dijo Richard, bajando por los escalones delanteros de la casa de Wolf y subiendo al carruaje.

"Buenos días, aunque he decidido que no voy a participar en más encuentros de boxeo contigo, estando tan angustiado por la Srta. Grandier."

"Lo siento, amigo. Me temo que pegué demasiado fuerte ayer."

"Me debes un chaleco nuevo."

Richard rio. "Sí, ciertamente. Informa a tu sastre que me mande la factura, será un placer para mí comprarte uno para darte las gracias por soportar mi mal humor de ayer."

George golpeó el techo del carruaje para indicar que estaban listos para partir. El conductor sacudió las riendas y se fueron a Tattersall's.

"Estará bien poseer un caballo y una pareja. Todo esto de llamar a carruajes se está volviendo cansino," dijo Richard.

"Tendrás de dónde elegir ahora, con los medios para poder pagar."

"Desde luego. ¿Quién iba a pensar que mi vida daría semejante giro?"

George se encogió de hombros como si no hubiera tenido nada que ver con el otorgamiento del título a Richard. Aunque fue bastante conmovedor, a Richard sí que le agradaba poder comprar lo que quisiera cuando quisiera. Eso era una experiencia nueva. Él siempre había sido bastante austero, y era una experiencia nueva poder dejarse llevar por su capricho y comprar lo que quisiera.

El carruaje entró por la reja de Tattersall's y los caballeros se bajaron. La subasta iba a empezar en breve, y ellos caminaron hacia la zona donde se guardaban los caballos antes de ir a la sala de suscriptores para colocar sus pujas.

En cuanto Richard vio el semental negro, supo que tenía que tenerlo. Se volvió hacia George. "Esa belleza será mía."

George asintió mientras miraba al caballo precioso. "Te va a costar un buen dinero."

"No importa. Lo quiero, cueste, lo que cueste."

Al final, la predicción de George era correcta, y Richard pagó un precio descabellado por el semental. Había varios caballeros interesados, y la subasta estuvo animada, haciendo subir el precio. Al final, Richard era el más rico y ganó el caballo. También pujó con éxito por dos caballos de tiro zainos.

La primera vez que se acercó al semental, sintió una conexión. "Hola, Vertus."

El caballo relinchó como si supiera que Richard sería un buen amo.

"Es una belleza," dijo George.

Richard acarició el cuello del semental. "Lo es desde luego."

"Haga que los caballos sean entregados en casa del Duque de Wiltshire," le dijo Richard al

mozo encargado.

“Muy bien, milord.”

“Te veré pronto, chico,” dijo Richard dándole al caballo una última caricia.

En el viaje de carruaje de vuelta a Mayfair, George preguntó, “¿Cómo va la contratación de personal para tu casa?”

“Lento de momento, aunque Martin está haciendo lo mejor que puede para programarme entrevistas. Allí es donde voy después de comer.”

“Buena suerte. Yo voy a ver a mi sastre.”

Richard rio.

“Te veré mañana por la noche en el baile Parker,” dijo George cuando dejó a Richard en Casa Wiltshire.

“Gracias, George. Aprecio tu ayuda hoy.”

Martin abrió la puerta antes de que Richard llegase al último escalón. “¿Cómo fue su viaje a Tattersall’s, milord?”

“Muy exitoso, Martin. Espere que entreguen tres caballos. ¿Ha tenido alguna suerte en encontrar un jefe de cuadras adecuado?”

Asintió con la cabeza. “Sí, tengo candidatos para jefe de cuadras y dos mozos de cuadras. Todos son ex soldados y saben cómo manejar a los caballos.”

“Excelente.”

“Estarán aquí a las dos para su visto bueno.”

“Bien. Ahora mismo, tengo mucha hambre y me vendría bien una de las deliciosas comidas de la Sra. Smithfield.”

“Le diré que le prepare una bandeja.”

“Gracias, Martin. Es usted verdaderamente un tesoro. ¿Desea ser mi mayordomo?”

“Lo siento, milord; he de declinar su generosa oferta. Estoy muy contento donde estoy.”

“Lo sé. Su Excelencia se porta muy bien con sus empleados. Solo era por preguntar.”

A la noche siguiente, mientras Richard se vestía para ir al baile Parker, se sentía mucho mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Había contratado un jefe de cuadras y dos mozos que Martin le había encontrado. Los tres hombres habían crecido en granjas y tenían amplios conocimientos acerca de cómo cuidar de caballos. Ahora todo lo que le hacía falta era un ayudante de cámara. No podía seguir dependiendo de Martin para sus servicios, especialmente porque las tareas de un mayordomo no incluían ser ayudante de cámara.

Martin le había informado que una ama de llaves y tres criadas más habían sido contratadas, y estaban ocupadas en darle una buena limpieza a Casa Evans. Con todos estos progresos en la contratación de empleados, esperaba mudarse a su nueva casa en un par de días.

“¿Le puedo ayudar con su corbata, milord?” le preguntó Martin.

“Gracias, Martin. Le juro que no tengo paciencia para nada más complicado que un nudo simple.”

“Milord, va a un baile, no a una taberna. Es usted un marqués ahora y debe vestir como tal.”

“Por supuesto, tiene razón. Todavía no me he adaptado completamente a ser un marqués.”

“Lo está haciendo muy bien, milord,” dijo Martin, terminando su tarea con un alfiler de zafiro en el nudo de la corbata.

Richard se miró al espejo y silbó. “Martin, es usted una maravilla. Cualquiera diría que nací siendo marqués.”

Martin rio. “Le veré luego, milord.”

Por suerte, era una noche clara, y Richard decidió andar hasta la casa Parker. No estaba lejos, y se alegró de no aceptar la oferta de George de ir en su carruaje. Necesitaba gastar la ansiedad que sentía en el borde de sus sentidos. ¿Por qué estaba tan ansioso? Era una pregunta tonta que ni siquiera merecía ser hecha, ya que sabía que se debía a la aparición de Lord Robertson en la merienda. Necesitaba convencer a Helena de que disfrutaba completamente con su compañía y debería ser el único hombre cortejándola en esta Temporada.

Esperó en la fila de la recepción para saludar a los anfitriones, y para sorpresa suya, la fila se desplazó con rapidez. Se alegró de que los bailes no habían empezado todavía y esperaba tener unos momentos a solas con la Srta. Grandier.

“Buenas noches, Parker, Lady Parker,” dijo cuando fue su turno para saludar a los anfitriones.

“Lord Evans, nos encanta que haya podido venir esta noche,” dijo Lady Parker.

“Me alegro de estar aquí,” dijo Richard antes de desplazarse y entrar en la sala de baile.

Miró por la habitación en busca de la persona que había venido a ver. No le llevó mucho encontrarla, y se acercó a ella.

“Buenas noches, Lady Everett, Srta. Grandier,” dijo con una reverencia cuando llegó hasta ellas.

“Buenas noches, Lord Evans,” dijo Julia con una reverencia.

“Lord Evans,” dijo Helena con una reverencia.

“Srta. Grandier, ¿me concedería el honor de una vuelta por la sala antes de que empiece el baile?”

“Me encantaría,” dijo ella, colocando las puntas de los dedos en la manga de su chaqueta.

Richard pensó que era una buena señal que Helena estuviera de acuerdo con su petición sin mirar a su madre en busca de permiso. Ellos caminaron por el perímetro del salón, y cuando llegaron a las puertas vidriadas abiertas que daban a la terraza, él la miró en busca de la aprobación de ella para salir afuera.

Ella asintió con la cabeza y él les guió afuera hacia un rincón oscuro en la terraza.

“Milady, está usted arrebatadora esta noche,” dijo él, alzando la mano de ella para besar sus nudillos enguantados. El dulce rubor de ella le hacía algo a sus entrañas. “He esperado días para besarla de nuevo,” dijo él, presionando con suavidad los labios contra los de ella.

Ella suspiró y se derritió contra él, como si los labios de él fuesen exactamente lo que ella necesitaba para apaciguar su sed.

Él dejó que su lengua barriese el borde de los labios de ella, y ella abrió la boca para él. Su lengua se hundió en su boca dulce, y se sorprendió cuando la lengua de ella bailó y se liaba con la suya. Su cuerpo se sentía vivo de una manera que nunca había sentido antes. Era vigorizante, emocionante, y podía sentir su pasión subir mientras la besaba. Quería retirarle las horquillas del pelo y hundir los dedos en sus cabellos sedosos.

Con una fuerza de voluntad que no sabía que poseía, se retiró. “Milady, me roba el aliento.”

“Yo diría lo mismo. Eso ha estado muy exquisito, milord.”

“Nada me gustaría más que pasar la velada aquí afuera solo con usted, pero me temo que Lady Everett no lo aprobaría.”

Helena rió. “No, no lo aprobaría. Béseme otra vez antes de que tengamos que regresar.”

Richard no tuvo ningún problema con seguir su orden. “Es un placer, milady.” El beso duró y duró. Cuando él escuchó los primeros acordes de la música, supo que su tiempo a solas con Helena había terminado y dio un paso hacia atrás. “Me temo que he de devolverla a tu madre ahora. Estoy deseando nuestro vals de luego.”

“Como yo, milord. He guardado el primer vals de la noche para usted.”

Él extendió el brazo y ella colocó la mano en su manga, enviándole un estremecimiento de placer surcando su cuerpo.

Richard regresó con la Srta. Grandier al lado de su madre. “Lady Everett,” dijo con una reverencia antes de adentrarse más en la habitación para ver si George había llegado ya. No pudo avanzar mucho antes de ser acosado por una horda de madres casamenteras. Le llevó otros quince minutos liberarse, y eso solo fue porque firmó tres tarjetas de baile de tres jóvenes para poder liberarse.

Estaba libre durante los tres primeros bailes, así que tomó una copa de champán de un lacayo y miró a su alrededor en busca de George. Finalmente, vio a su amigo y se fue hacia él, y cuando finalmente llegó al lado de George, le susurró: “Navegar esta sala de baile es más difícil que luchar contra los franceses.”

George rio. “Tienes razón en eso.”

“He tenido que firmar tres tarjetas de baile antes de escapar de esas madres casaderas.”

“¿Y la Srta. Grandier?”

Era el turno de Richard para sonreír. “Primer vals de la noche.”

“Bueno, supongo que debería alegrar a unas cuantas señoritas y firmar unas tarjetas yo también. Nos vemos luego.”

Cuando finalmente era el turno de su vals, Richard no desperdició el tiempo en buscar a la Srta. Grandier. La tomó entre los brazos, y los dos empezaron a moverse como si hubieran estado bailando durante años. “Milady, ¿están todos sus bailes para esta noche tomados?”

Helena asintió con la cabeza. “Me temo que sí, milord.”

“Entiendo. ¿Quizás me concederá el honor con un viaje en carruaje pasado mañana?”

“Lord Evans, ¿ha logrado encontrar caballos?”

“Sí, desde luego. Mañana llegan y quiero que se aclimaten antes de sacarles.”

“Me encantará aceptar.”

El olor floral embriagador de ella flotó hacia él, mientras que las estrellas parecían haberse apropiado de sus preciosos ojos azules.

Mientras bailaban por la habitación, Helena dijo, “Cielos, mira eso. Lord Spenser está bailando con la Srta. Weston de nuevo.”

Richard había estado tan pendiente de disfrutar de su vals con Helena que no se había fijado en las otras personas en la pista de baile. “Eso sí que es interesante.”

“¿Cree que están creando una unión entre ellos?”, preguntó ella.

“La verdad es que no lo sé. Sí, sé que Lord Spenser ha dicho que no tiene intención de casarse pronto.”

“Lo que dice y lo que revela el placer en su rostro son cosas enteramente diferentes, ¿no crees?”

Richard miró a George y la Srta. Weston unos momentos. “Creo que tiene razón, Srta. Grandier. Sin embargo, prefiero mucho más mirar su cara hermosa mientras bailamos.”

“Dice las cosas más hermosas, milord.”

“Creo cada una de ellas”, dijo él. Cuando su baile terminó, él sintió perderla de sus brazos. “Milady, gracias por el baile.”

“Fue un placer para mi, Lord Evans.”

En cuanto Richard dejó a Helena con su madre, Robertson apareció para pedirle el baile de la cena. Richard no le había pedido a otra joven este baile, y ahora se arrepentía de haber firmado las otras tres tarjetas de baile.

Consiguió otra copa de champán y miró cómo Robertson bailaba con la Srta. Grandier. Él era muy buen bailarín, y ella parecía disfrutar con sus atenciones, si la animación en su rostro era indicativa de nada. Ahora Richard estaba más confuso que nunca. ¿Cómo podía disfrutar tanto de la compañía de Robertson cuando, antes esa noche, había respondido a sus besos con tanta pasión?

Tenía que dejar de jugar a este juego tonto consigo mismo. Era un baile, nada más... al menos, eso es lo que se decía a sí mismo.

Helena disfrutaba bailando con Lord Robertson, pero no tanto como con Lord Evans. Lord Evans le hacía llamear su corazón, y cuando la besaba, ella pensó que había visto un poco de cielo en la tierra. Ella se había enamorado perdidamente del lord apuesto y solo podía esperar que él sentía lo mismo. Si tan solo hubiera llegado un poco antes para la merienda de ayer, Lord Robertson no habría tenido una ocasión para pedir el baile de la cena.

“Baila muy bien, Srta. Grandier,” dijo Lord Robertson.

“Gracias, milord.” “Estoy segura de que mi maestro de baile le da las gracias a usted también,” dijo ella con una risita.

“Es demasiado modesta, milady. Confíe en mí cuando le digo que no todas las jóvenes bailan tan bien como usted.”

Helena no pudo evitar una sonrisa al escuchar el cumplido, sin darse cuenta de cómo le atravesaría el corazón a Richard.

Cuando el baile terminó, Lord Robertson la llevó a la cena, donde se unieron con su madre en la mesa.

“Ahora vuelvo con unas delicias sabrosas,” dijo él, yéndose hacia la mesa donde estaban las viandas de esa noche.

“Parecías feliz bailando con Lord Robertson,” dijo Julia. “Es un conde adinerado, y nunca he sabido de ningún escándalo relacionado con él.”

“Es agradable, Mamá.”

“Helena, escúchame. No puedes seguir suspirando por Lord Evans. Si no da el paso pronto, lo hará Lord Robertson. Estoy segura de que no tardará mucho antes de pedirle permiso a Marcus para hacerte la corte.”

Eso la sorprendió. Ella no tenía ni idea de que Lord Robertson tuviera tanto interés por ella. “No amo a Lord Robertson,” susurró Helena.

“Boba. ¿Qué tiene el amor que ver con asegurar una buena pareja? Debes borrar ese tonto pensamiento ahora mismo. No pondrá comida en tu mesa ni te protegerá del frío en el invierno.”

“Pero, Mamá, tú amabas a Papá. Yo solo quiero la misma clase de matrimonio que tuvisteis vosotros.”

“Y fíjate donde me llevó el amor. Tu padre está muerto, y yo perdí nuestro hijo sin nacer debido al trauma que rodeó su accidente de caza.”

Helena nunca había escuchado palabras tan resentidas de su madre con respecto a la muerte de su padre. ¿Se lamentaba ella del hecho de que no era la madre del actual Vizconde de Everett? Marcus siempre les había tratado bien, pero quizás a su madre no le gustaba depender de su sobrino. Su padre había muerto joven y no había actualizado la cuantía de la pensión de viudedad de su madre. El padre de Helena seguramente pensó que tenía mucho tiempo para ocuparse de esos detalles. Ella se dio cuenta de lo afortunadas que eran porque Marcus era un buen y generoso cabeza de la familia Everett. Antes de que tuviera una oportunidad para disculparse a su madre por alterarla, Lord Robertson regresó a la mesa.

“Aquí estoy, señoras,” dijo él. “Espero que esto sea de su agrado.”

Helena miró su plato y se llevó una decepción al ver que no había pastelillos de langosta, pero no se atrevió a mostrar su desagrado, especialmente ya que su madre miraba cada gesto suyo con Lord Robertson. “Es perfecto. Gracias.”

Mientras comían, Lord Robertson se volvió hacia ella y le preguntó, “Srta. Grandier, ¿me haría el honor de acompañarme en un paseo en carruaje mañana?”

Antes de que pudiera responder, su madre habló. “Qué encantador, Lord Robertson. Estoy segura de que mi hija estaría encantada.”

Helena la fulminó con la mirada, pero se limitó a sonreír.

Capítulo 9

Helena se había dispuesto a tener una visita con Lady Weston la mañana después del baile de los Parker, y apenas podía esperar a contarle sus sentimientos crecientes por Lord Evans y sus gloriosos besos que hacían arder el alma. No había otra manera de describir cómo se sentía cuando sus labios se presionaban contra los de ella. Se sentía acalorada e inquieta, sin embargo, ansiaba más, aunque que eso fuera era algo del que ella no tenía ni idea.

Ella quería preguntarle a su amiga Lydia Weston acerca de Lord Spenser porque ella se había fijado en una chispa que surgió entre ellos mientras bailaban un vals juntos anoche. ¿Había creado Lydia un apego a él?

Helena estaba en su pequeña salita de estar cuando Daniels la anunció. “La Srta. Weston.”

“Daniels, por favor, sube una bandeja de té.”

“Por supuesto, Srta. Grandier,” dijo el mayordomo saliendo de la habitación y cerrando la puerta tras su paso.

Helena se puso en pie y abrazó a su amiga. “Lydia, me alegro tanto de verte.”

Lydia la miró. “Helena, pareces distinta. ¿Ha cambiado algo?”

Las mejillas de Helena se pusieron rojas. “Um...”

“¿Qué? ¿Estás prometida?”

“No, nada así, pero he de decirte que nunca he sentido tanta alegría como cuando Lord Evans me besa.”

“¿Te volvió a besar anoche en el baile?”

Helena asintió con la cabeza. “Ven, siéntate, y te lo cuento.”

Las dos mujeres se sentaron en el sofá, y Helena reajustó sus faldas y vestido, intentando dar con la descripción perfecta de lo que le hacían sentir los divinos besos de Lord Evans.

“Lord Evans me pidió dar un paseo antes de que empezara el baile, y me encantó hacerlo. Cuando llegamos a las puertas del jardín, salimos afuera discretamente a un rincón oscuro en la terraza.” Helena se detuvo para respirar. “Fue celestial, y nunca he sentido nada parecido antes.”

“Oh, Helena. Me alegro tanto por ti. Espero disfrutar de un beso así algún día.”

“Lydia, siento haber sido insensible. No tenía ni idea de que no te han dado tu primer beso todavía.”

“Está bien. Pasará pronto, espero.”

Hubo un golpe en la puerta, y la criada entró con la bandeja de la merienda. “¿Le sirvo el té, milady?”

“No. Puedes irte,” dijo Helena.

La criada hizo una reverencia y salió de la habitación, cerrando la puerta cuando se retiró.

Helena sirvió el té y le pasó la taza a Lydia. “Hablando de besos, parecías estar bastante embelesada, bailando con Lord Spenser anoche.”

“Lord Spenser es un caballero divertido, y disfruto inmensamente con su compañía.

“¿Te ha robado un beso ya?”

Lydia sacudió la cabeza. “Tristemente, no, aunque no le rechazaría si lo intentase. Me hace reír y es un bailarín elegante.”

“Admiro bastante a Lord Spenser.”

“¿Le conoces bien?”

“Sólo en lo que concierne su conexión con el Duque de Wiltshire y Lord Evans. Todos

sirvieron en la guerra juntos y son grandes amigos,” explicó Helena.

“Hablando de Lord Evans, ¿te ha revelado sus sentimientos por ti... aparte de esos besos celestiales que tanto te gustan?”

“No. Me ha pedido salir en carruaje mañana.”

“¿Y qué pasa con Lord Robertson? Ví que se llevó el baile de la cena anoche.”

“Lord Robertson es un caballero decente, y me gusta su compañía, pero no hace que mi corazón arda de pasión. Intenté explicárselo a mi madre anoche, pero ella cree que Lord Robertson es mejor pareja para mí. Ella fue la que aceptó el viaje en carruaje con él antes de que yo tuviera una oportunidad para responder.”

“¿Sientes algo por él?”

“No.”

“Quizás tu madre solo quiere la pareja más segura para tí.”

“Oh, Lydia. Yo no quiero una pareja segura. Quiero amar a mi marido y que me corresponda.”

“Creo que eso es lo que nos gustaría a todas. No estoy segura de que pase eso para mí, especialmente si no atraigo la clase de noble que mi padre desea que se case conmigo.”

“¿Te obligaré a casarte?”

Lydia sacudió la cabeza. “No creo, pero su paciencia no es infinita, como nunca deja de señalarme.”

“Bueno, pues entonces espero que Lord Spenser te robe un beso pronto.”

“Yo también lo espero.”

Más tarde ese día, Lord Robertson apareció puntualmente a las cinco de la tarde para llevar a Helena para una vuelta en su volántin nuevo. Cuando se aproximaron a las verjas de Hyde Park, se inclinó hacia ella y le dijo, “¡Ahora empieza la diversión!”

“¿Disfruta de la hora de moda, milord?”, preguntó Helena.

Robertson la miró con intensidad antes de contestar. “Sí, cuando tengo a una mujer hermosa a mi lado.”

Helena debería haberse sentido encantada con su comentario, pero aunque era lindo que la llamara hermosa, ella no se sintió halagada por su cumplido, no como se sentía cuando Lord Evans le decía lo mismo.

Les pararon una serie de veces para hablar con otras personas de la alta sociedad. Cuando llevaban más de una hora en el parque navegando entre la gente, Lord Robertson dijo, “Allí está la Sra. Betton. Tiene tantas plumas en su bonete, me pregunto si se irá volando con una buena brisa.”

Su comentario inesperado hizo que Helena soltara una carcajada. Colocó una mano en la manga de él. “Oh, milord, qué malvado es diciendo algo así sobre la pobre Sra. Betton.”

“No tiene ni idea, milady,” dijo él, mirándola con tanto ardor en los ojos que ella de inmediato retiró la mano. Lo último que quería era que Lord Robertson creyera que ella le deseaba.

Al día siguiente del baile Parker, Richard finalmente trasladó la mayoría de sus cosas a su nuevo hogar. Se había quedado impresionado con todo el trabajo que se había hecho. El jardinero, recién contratado con un par de trabajadores ocasionales, había limpiado los terrenos, y él tenía que reconocer que su casa parecía mucho mejor con el césped y los setos recortados. Las ventanas habían sido limpiadas por dentro y por fuera, permitiendo el paso de luz muy necesaria al interior.

Hoy sería su último día en casa de Wolf. Vestido con sus ropas de montar, calzones, chaleco de brocado marrón, y chaqueta verde oscuro, bajó para desayunar. Iba de camino al comedor cuando le encontró Martin. “Lord Evans, creo que le he encontrado un ayudante de cámara.”

“¿Oh? Eso está bien.”

“Vendrá para una entrevista a las once. ¿Es buena hora?”

Richard asintió. “Gracias, Martin. Su ayuda no tiene precio en hacer que mi casa esté lista y habitable.”

“Ha sido un placer para mí, milord. Con Sus Excelencias de viaje de boda, ha estado bien mantenerse ocupado. De paso, le diré que su nuevo mayordomo y ama de llaves empezaron ayer, y el maestro de establo se llevó sus caballos a la Casa Evans.

“Excelente, hablaré con Wright y la Sra. Campbell hoy a ver si hay algo más que necesiten. Me alegro de haberme fiado de su experiencia para encontrarles. Parecen bien cualificados para sus puestos. Le haré saber a Su Excelencia lo útil que ha sido.”

Martin asintió. “Gracias, milord. Si contrata al Sr. Dutton como su ayudante de cámara, su casa estará completamente abastecida de personal.”

“Estoy deseando conocerle. ¿Es un ex soldado?”

“Lo es, milord. Perdió un ojo en la guerra, pero no ha sostenido más lesiones. Es el segundo hijo del Vizconde de Berkeley, así que está bien enterado de las necesidades de su vestuario para las distintas actividades.”

Richard asintió y entró en el comedor listo para un buen desayuno. Sus caballos habían llegado a casa de Wolf después de la subasta el día anterior y haría que su nuevo maestro de establos los llevara a Casa Evans más tarde hoy. Quería probar a Vertus y tenía intención de llevarle para un paseo por Hyde Park más tarde en el día.

Mientras sorbía su té, su mente vagó hacia la noche anterior y los dulces labios de la Srta. Grandier. Se estaba quedando cada vez más convencido de que ella era la mujer que él necesitaba. Nunca se había sentido así por nadie antes. Durante la guerra, muchas de las mujeres en el campamento le habían intentado seducir a sus camas, pero él no había aceptado sus avances. No culpaba a las mujeres por ser ligeras, pero él quería ser quien diera el primer paso en un encuentro. Se había acostado con mujeres en el pasado, pero había sido más para una liberación física más que otra cosa. Con Helena, ansiaba su atención, sus comentarios y su dulce sonrisa, aunque soñaba con el día en que pudiera hacer más que robarle unos pocos besos en una terraza.

Después del desayuno, Richard se retiró al estudio de Wolf para leer más de los informes de sus otras propiedades y revisar las facturas que había estado incurriendo en la preparación de su casa. Por suerte, tenía fondos de sobra para cubrir todos los gastos. Cuando tomó una de las facturas, rio ligeramente. La factura era del sastre de George por una chaqueta y tres chalecos. Se alegró de poder regalarle esto a su amigo. George le había ayudado de tantas maneras desde que heredó su título, aparte de ser como un hermano para él. Exactamente igual a cuando lucharon contra Napoleón, George estaba allí a su lado, un fiel compañero de armas.

Richard perdió la noción del tiempo hasta que un golpe en la puerta le avisó de que había estado en el estudio revisando informes y pagando facturas, durante una serie de horas.

Martin abrió la puerta. “Lord Evans, el Sr. Theodore Dutton para verle.”

Richard se puso en pie mientras el mayordomo hacía pasar a un ex soldado alto y garboso con un parche negro en el ojo izquierdo. “Sr. Dutton, gracias por venir hoy,” dijo él rodeando el escritorio y extendiendo una mano.

El Sr. Dutton agarró su mano con firmeza y se inclinó. “Lord Evans, el placer es mío.”

“¿Desea una bandeja de té?”, preguntó Martin.

Richard sacudió la cabeza. “No. Espero que esta entrevista no dure mucho.”

Martin asintió y se fue dejando a los hombres hablar en privado.

Richard señaló los sillones al lado de la chimenea. “Sr. Dutton, tengo entendido que sirvió durante la guerra.”

“Sí, milord. Algo brutal, la guerra. Creo que hablo por cada soldado cuando digo que nos alegramos cuando Napoleón y los franceses fueron derrotados finalmente. Yo perdí muchos buenos amigos durante la guerra.”

“Estoy de acuerdo, la guerra es brutal.”

“Le aseguro, milord, que perder un ojo no tiene ningún efecto en el desempeño de mi trabajo.”

Richard ignoró el comentario de Dutton sobre su incapacidad. Cada soldado había sido herido de alguna manera durante la guerra, algunos tenían heridas físicas mientras que otros tenían cicatrices emocionales. Los horrores de la guerra eran algo difícil de olvidar. “Hábleme de su familia. Martin me dice que es un hijo segundo.”

“Mi padre, el Vizconde de Berkeley, se queda mayormente en la casa de campo. Detesta el aire sucio y las calles atascadas de Londres y solo asiste al Parlamento cuando hay un voto importante sobre un asunto que él apoye. Compró mi comisión cuando yo decidí que la iglesia no era para mí.”

“¿Ha visto a su familia desde que regresó de la guerra?”, preguntó Richard.

“Sí. Me recuperé en casa y fue bueno ver a mis hermanos, especialmente a mis hermanas menores. Las niñas tienen una manera de devolverle a uno una sonrisa, no importa cuanto dolor se sienta.”

Richard solo podía asentir, ya que no tenía hermanos. Ciertamente, le habría gustado tener un hermano o una hermana, pero eso nunca sucedió y ninguno de sus padres le había explicado por qué. Sí que recordaba a su madre llorar y estar bastante desconsolada mientras él crecía, y su padre, siempre diciendo *lo intentaremos de nuevo*, pero no había entendido lo que eso significaba en ese tiempo. Ahora, como hombre adulto que era, entendía que su madre seguramente había perdido una serie de embarazos después de que él naciera.

Richard se puso en pie. “Bueno, Dutton, ¿está preparado para ver su nuevo hogar?”

La boca de Dutton se quedó abierta. “¿Me está ofreciendo el puesto?”

“Sí. El puesto es tuyo si lo quieres. Te puedo asegurar que pago un buen sueldo y no creo en abusar de mis empleados con peticiones u obligaciones poco razonables.”

Dutton se puso en pie y se inclinó. “Gracias, milord. No le defraudaré.”

Richard dejó escapar un suspiro. “Finalmente, tengo a todos mis empleados.”

Richard y Dutton se marcharon de la casa de Wolf y caminaron hasta la Casa Evans, donde Wright, el nuevo mayordomo de Richard, les abrió la puerta. “Lord Evans, un placer verle. ¿Se mudará aquí hoy?”

“Sí.” Señaló a Dutton. “Wright, este es mi ayudante de cámara, el Sr. Dutton.”

Wright asintió con la cabeza. “Bienvenido, Sr. Dutton. Haré que preparen sus aposentos.”

“Gracias,” dijo Dutton.

“Te mostraré mi habitación y vestidor, y puedes coordinar con Wright y los lacayos que que necesites para trasladar mis cosas aquí hoy,” dijo Richard.

“Me ocuparé de ello, milord,” dijo Dutton.

Richard guió a Dutton a la planta superior a su dormitorio y dejó al ayudante de cámara

lidar con los temas de su vestuario mientras él recorría la casa limpiada y aireada. Estaba mucho mejor ahora, aunque muchos de los muebles necesitarían ser cambiados. Una imagen de la Srta. Grandier recorriendo su casa y tomando decisiones de nuevos remodelados apareció en su mente haciéndole sonreír. Estaba claramente pensando en ella cada vez más y estaba deseando tener un poco de tiempo a solas con ella durante su paseo en carruaje mañana.

Otra hora más tarde, terminó su inspección y acabó en la cocina. “Buenos días, Sra. Henderson, Camille.”

Las dos mujeres hicieron una reverencia. “Buenos días, Lord Evans. ¿Se muda aquí hoy?”

“Sí. Pero no hay necesidad de una cena muy detallada porque solo estaré yo para cenar.”

“¿Desea algo para almorzar, milord?”, preguntó la Sra. Henderson.

“No deseo molestarla.”

“No es ninguna molestia. Prepararé una bandeja de fiambres para usted en un momento.”

“Gracias. Supongo que tengo más hambre de lo que creía,” dijo él cuando su estómago rugió. “Estaré en el comedor.”

Fiel a su palabra, la Sra. Henderson preparó un plato de pollo frío, pan caliente y mantequilla con un poco de queso y una tartaleta de manzana, en un momento. “Aquí tiene, Lord Evans,” dijo ella colocando el plato delante de él.

“Parece delicioso. Gracias, Sra. Henderson,” dijo Richard. Disfrutó inmensamente del almuerzo y se fue a los establos. “Buenos días, Sr. Abbott,” dijo dando una voz.

El Sr. Abbott asomó la cabeza de una habitación trasera. “Buenos días, Lord Evans. ¿En qué puedo ayudarle?”

“He venido a ver a los caballos,” dijo. Al oír su voz, Vertus asomó la cabeza de su box. Él le dio palmaditas en el cuello al caballo. “Ey, chico, ¿listo para estirar las patas un poco?”

“Es un bellezón,” dijo el Sr. Abbott. “Brioso también, pero no es nada que yo no pueda manejar.”

Richard miró por encima del hombro al maestro de establos. “No se usarán látigos en mis caballos. ¿Entendido?”

“Por supuesto, Lord Evans. Palabras suaves y caricias son la mejor manera de domar a un caballo y ganarse su confianza.”

“Me alegro que seamos del mismo parecer. El caballo de un hombre es una extensión de sí mismo, algo que aprendí durante la guerra. Había esperado traer de vuelta a casa a mi semental después de Waterloo, pero desgraciadamente le hirieron demasiado durante la batalla y hubo que sacrificarle.”

“Estoy seguro de que fue un buen animal,” dijo el Sr. Abbott.

Richard asintió, pensando en el caballo que le había llevado en tan numerosas batallas que él había perdido la cuenta. Su semental había sido magnífico, y Richard se había entristecido grandemente cuando el caballo fue herido. Él apenas se había podido escapar del caballo cuando cayó.”

“¿Le ensillo a Vertus, milord? Es un buen día para un paseo por el parque.”

“Sí, lo es.”

Mientras Vertus estaba siendo ensillado, Richard fue a ver a los zainos. Parecían saludables y comían avena.

“Mañana, chicos, os quiero con el mejor comportamiento. Tengo que impresionar a una dama,” les susurró. Los caballos no le hicieron ningún caso y siguieron comiendo su avena.

Richard no tardó mucho en subir al lomo de su semental, yéndose a Hyde Park. Mientras pasaba por las rejas, se dio cuenta de lo tarde que era y que montaba durante la hora de moda

cuando la gente de alta sociedad salía para ser vista y compartir los cotilleos más novedosos. Él odiaba el cotilleo. Normalmente, era cruel y rara vez preciso. Siempre había algo de verdad en ello, pero el resto era creación de cotillas que disfrutaban destrozando a otras personas. Estaba empezando a entender por qué tantos lores elegían permanecer en sus casas de campo en lugar de soportar la sociedad amable de Londres.

Por lo menos a caballo, Richard podía limitarse a saludar con la cabeza a conocidos sin tener que parar cada vez que alguien le saludaba. Estaba doblando un recoveco en el camino cuando vio el volantín de Robertson. Todavía estaba lejos, pero no era posible confundir a la rubia hermosa a su lado.

Él inhaló de manera brusca. La visión de ellos dos juntos le impactó en las entrañas como si una bala francesa le hubiera dado atravesando su cuerpo.

¿Qué hacía Helena al lado de Robertson?

¿No habían significado nada sus besos de anoche para ella? ¿Podía ser tan veleidosa como para transferir sus afectos a Robertson un día más tarde?

Richard respiró y exhaló, intentando controlar sus emociones. Robertson estaba haciendo lo mismo que él, cortejando a la joven. ¿Le había pedido permiso al primo de Helena, Everett, para cortejarla? Richard no había hecho eso todavía, de manera que no podía culpar a Robertson si lo había hecho, pero no le gustaba.

Él quería ser un hombre mejor y saludarles... es decir, hasta que vio la mano de Helena en la manga de Robertson. Su dulce risa ante algo que Robertson había dicho no era música a los oídos de Richard en ese momento. De todas formas, intentó racionalizar la escena ante él.

Bueno, el hombre tenía personalidad. Eso no era un crimen, no importa cuanto Richard deseaba que fuese aburrido y no tan encantador.

¿He perdido a Helena antes de poder decirle siquiera de mis sentimientos crecientes por ella?

Ahora se daba cuenta de que tenía que haberle dicho como se había sentido anoche en el baile de los Parker, pero se preguntó si eso hubiera significado algo. Helena parecía totalmente embelesada con Robertson. Richard no estaba acostumbrado a emociones tan conflictivas, de manera que empleó su táctica militar de costumbre, retirarse y evaluar la situación para averiguar qué paso a dar. Giró a Vertus y se fue del parque sin saludar a más personas.

¿Debía ser directo con Helena mañana durante su paseo en carruaje y preguntarle si ahora prefería a Robertson por encima de él?

Richard se debatió con sus pensamientos sobre la situación de camino a Casa Evans.

“¿Qué tal su paseo?”, preguntó el Sr. Abbott, tomando las riendas de Vertus.

“Bien.” Saltó del caballo y se fue dando zancadas hacia la casa sin más conversación con su maestro de cuadras.

¿Qué iba a hacer con estos sentimientos que le roían las entrañas?”

¿Era ira?

¿Celos?

¿Amor?

Capítulo 10

Richard se despertó a la mañana siguiente en su nueva casa, sintiéndose tan malhumorado y alterado como cuando espió a la Srta. Grandier en el carruaje con Lord Robertson. Ella parecía disfrutar plenamente y le había sonreído de manera bonita. Él había pensado que su sonrisa brillante era suya, pero le había visto brindársela a Robertson.

Era un puñetazo en las entrañas.

¿Estaba desarrollando ella sentimientos por Robertson, incluso después de sus besos ardientes en el baile Parker? Ciertamente, se habían visto interrumpidos por los primeros acordes de la música antes de que él le pudiera decir que se estaba enamorando de ella, pero le parecía extraño que ella pudiera ir de besarle a él con tanta pasión a estar adulando a Robertson al día siguiente.

¿Era tan veleidosa, solo buscando un título como él había pensado antes?

Por lo que Richard pudo discernir después de unas preguntas discretas hechas después de conocer a Robertson en casa de Lady Dalling, el hombre era un verdadero caballero, no bebía ni jugaba a apuestas de manera excesiva y era bueno con sus inquilinos. Esencialmente, no pasaba nada con el conde, excepto que estaba interesado en la Srta. Grandier. Richard pensó que podrían incluso haber sido amigos si se hubieran conocido antes de la Temporada.

¿Debía seguir tras la Srta. Grandier?

¿Declararle sus sentimientos hoy durante su paseo en carruaje?

¿Y si ella le rechazaba?

Estaba confuso y enojado ante la situación imposible de descifrar y se retiró las mantas. “¡Dutton!”

Su ayudante de cámara asomó la cabeza del vestidor. “Sí, milord. ¿Está listo para levantarse?”

“Voy a Surrey para visitar a mis padres. Prepara una valija para un día o dos.”

“Por supuesto. ¿Desea que le acompañe?”

“No. Puedo ocuparme yo solo.”

“Muy bien, señor. Su baño está listo.”

Richard estaba encantado con la ayuda de Martin para encontrarle un ayudante de cámara adecuado. Theodore Dutton sabía de las costumbres de la alta sociedad como hijo que era de un vizconde. A Richard le cayó bien de inmediato. Quizás era la camaradería de soldado que sentía con el hombre. Fuese lo que fuese, Dutton era un alivio ante todo el caos Richard había estado sintiendo desde que le concedieran el título de marqués. Su ayudante de cámara entendía sus costumbres sencillas y no le adulaba, lo cual era exactamente lo que necesitaba.

Garabateó una rápida nota para la Srta. Grandier, disculpándose por cancelar su paseo en carruaje debido a circunstancias imprevistas. No dio ninguna razón en particular. ¿Qué podía decir? ¿Qué quería que ella dejara de ver a Robertson y se enamorara de él en lugar del otro? No podía dejar de sentirse algo traicionado por las atenciones de ella con Robertson. Él había pensado que ellos compartían algo, pero quizás no conocía tan bien a la dama como había creído. Fuese la razón la que fuese, él pensó que unos pocos días lejos de Londres le ayudaría a despejarse.

Dutton se quedó horrorizado cuando Richard alzó su maleta. “Milord, yo llevo eso para usted.”

“Dutton, quédate tranquilo, soy muy capaz de llevarla. Y, recuerda, no me digas más

“milord” y esas monsergas. Por favor, llámame Richard en privado.”

“Como desee, mi... Richard,” dijo Dutton.

“Nos vemos en unos días,” dijo él, bajando las escaleras con la valija en la mano. Le entregó la carta a Wright para su entrega. “Estaré ausente unos días.”

“Por supuesto, milord. Mandaré un lacayo a Casa Everett con esto. Que tenga un feliz viaje,” dijo Wright.

Richard se fue hacia los establos donde Abbott tenía a Vertus ya ensillado.

“Milord, he asegurado un paquete de comida de la Sra. Henderson a la silla por si tiene hambre por el camino.”

“Muy bien, Sr. Abbott. Le veo en unos días.”

Richard dio palmaditas en el cuello del semental negro. “¿Listo para estirar las patas, chico?”

El caballo relinchó, y Richard le tocó con los talones para irse a Gildford. A su paso por Londres, el aire se volvió más dulce sin toda la ceniza sucia y el sol salió de entre las nubes. Sólo le llevaría unas pocas horas llegar a la casa de sus padres en el campo.

Había mandado una carta informando a sus padres de su nombramiento a marqués nada más enterarse, y podía imaginarse la sorpresa de ellos.

¡Cielo santo, me sorprendió a mí!

Estaría bien ver a sus padres de nuevo. Una vez fuera de Londres, estiró la mano a las alforjas y sacó el paquete de comida que le había preparado la Sra. Henderson. El pan recién hecho se derretía en su boca. Se alegró de la suerte de haber heredado una cocinera de tanto talento.

El viaje al sur fue sin eventos, y pronto vio la mansión de ladrillo de dos plantas. Mientras crecía, siempre había pensado que era una gran propiedad, pero era poca cosa en comparación con lo que él había descubierto que poseía como Marqués de Evans. Su nueva riqueza y pertenencias eran vastos, pero siempre amaría Freedman Manor. Era el lugar donde había crecido, sintiéndose querido y protegido. Su infancia había sido maravillosa, su madre le había mimado y su padre le enseñó a cuidar de la propiedad. Su padre creía que si sus inquilinos estaban contentos, trabajarían la tierra con orgullo. Eso es lo que Richard quería hacer con sus propias tierras. Estaría bien hablar sobre la gestión de propiedades con su padre de nuevo.

Vertus trotó por el camino de la entrada bien cuidado, y Richard se bajó del caballo cuando la puerta se abrió de par en par.

“¡Richard!”, exclamó Sally, su madre, saliendo corriendo a recibirle.

“Hola, Madre,” dijo él, besándola en la mejilla.

Ella le abrazó con fuerza. “No te estábamos esperando, pero me alegro tanto que hayas venido.”

“¿Recibisteis mi carta?”

“Sí. Qué honor te ha concedido el Príncipe Regente. Estamos tan orgullosos de ti, mi niño querido.”

Richard rio. “Madre, no soy un niño ya.”

“Oh, lo sé. Eres un hombre apuesto y fuerte, pero siempre serás mi niño querido.”

Un mozo de cuerdas que Richard no reconoció, se asomó por la esquina.

“Percy, por favor, hazte cargo del caballo de Lord Evans,” dijo Sally.

Percy asintió con la cabeza. “Sí, milady.”

“Dale un buen cepillado y una avena extra,” dijo Richard.

“Sí, milord. Es un semental precioso.”

Richard rio. “Lo es desde luego.”

“Entra. Debes estar hambriento. Voy a pedir comida,” dijo Sally, tomándole del brazo. “Siéntate en el salón, querido. Voy a ocuparme de esa bandeja de merienda,” dijo ella saliendo de la sala.

Richard entró en el salón y se quedó parado al lado de la chimenea. Mientras miraba a su alrededor, se dio cuenta de que la habitación daba una sensación gastada. Los cojines del sofá estaban raídos en los bordes, y la alfombra estaba deslucida. ¿Cómo es que no se había fijado en eso en su última visita de hacía unos meses? Tendría que hacer algo al respecto. Sus padres se merecían lo mejor, y ahora tenía los medios para asegurarse de que lo tuvieran. Sería algo bueno hacer algo por ellos.

Sally entró en el salón de nuevo. “La Sra. Derry traerá la bandeja en un momento. Ven, siéntate conmigo.”

Richard asintió y se sentó en el sofá al lado de ella. “¿Dónde está Padre?”

“Se fue para ver una de las casas. Parece que el tejado tiene goteras. Ya sabes cómo es tu padre, siente que tiene que ocuparse de todo personalmente.”

“Voy a contratar más empleados. Seguro que os vendría bien más ayuda en la casa. No me gusta verte trabajando tanto,” dijo Richard, tomando la mano de su madre.

“Querido mío, eso no es necesario. Estamos muy bien.”

“Puede que no sea necesario, pero me gustaría hacerlo de todas formas. Me sentiría mejor sabiendo que tenéis más ayuda, y hablaremos con Padre para contratar un gerente de la propiedad. Él debería estar disfrutando más de la vida y no deslomándose trabajando.”

Su madre se aclaró la garganta. “No sé, Richard. Ya sabes lo meticuloso que es tu padre en la gestión de la propiedad.”

“Lo sé, pero me hará sentirme mejor sabiendo que hay otras personas para ayudar. Además, va a estar ocupado enseñándome a gestionar mis propiedades.”

“Le gustará hacer eso,” dijo Sally.

La Sra. Derry entró con una bandeja de merienda y la descansó encima de la mesa delante del sofá. “¿Habrá algo más?”

“No, eso es todo. Gracias, Sra. Derry,” dijo ella.

Después de que su madre le sirviera el té y le llenó el plato con sandwiches, le contó algo que él no había esperado oír.

“Tu padre se enojaría mucho conmigo por decirte esto, pero estoy algo preocupada por él. El temblor en su mano ha empeorado gradualmente. Hay algunas noches en que apenas puede comer, y eso le frustra mucho.”

“¿Por qué no me lo dijiste la última vez que estuve?”

“Tu padre es un hombre orgulloso. No querría parecer débil ante su hijo, héroe de guerra.”

Richard gimió. Todo esto de gente hablando sobre sus heroicidades le ponía de los nervios. Él era un soldado haciendo su trabajo. Punto. “¿Ha visitado al médico?”

Sally barrió el aire con la mano. “Ya sabes cómo es tu padre. Nunca consultaría con un médico por algo que crea que es una leve inconveniencia.”

“Sí lo que dices es cierto, eso no es una leve inconveniencia. Llamaré al mejor médico en Londres para que le mire.”

Sally le dio palmaditas en la mano. “Gracias, querido. Eres tan buen hijo, ¡y ahora eres marqués!”

“Fue totalmente inesperado, te puedo decir eso, pero como expliqué en la carta, Wolf y George se ocuparon de todo ese asunto.”

“Richard, es maravilloso tener tan buenos amigos.”

“Ciertamente lo es. No sé cómo habría podido sobrevivir a la guerra sin ellos.”

“La guerra es un asunto tan malo. Rezaba cada noche y cada día para que regresaras sano y salvo con nosotros.”

“Y aquí estoy. Tus oraciones fueron muy bienvenidas.”

Sally le besó en la mejilla. “Eres tan precioso para mí, Richard.”

“Y tú y Padre lo sois para mí, de manera que no habrá más discusiones acerca de la contratación de más criados para ayudar por aquí.”

“Como desees, querido mío.”

Mientras hablaban, un niño de unos diez años de edad entró de repente en el salón. “Lady Ballard, es milord. Se ha caído del tejado.”

Richard se levantó de un salto. “¿Qué? ¿Está bien?”

El niño miró a Richard con los ojos alocados, intentando recuperar el aliento. “No lo sé. Mi padre me dijo que corriera lo más aprisa que pudiera y traer a Lady Ballard.”

“Hiciste bien. ¿Qué inquilino?”

“Parson.”

Richard no esperó a escuchar nada más y se fue corriendo a los establos. Abrió el box de Vertus y le colocó una brida al semental. No se molestó en ensillarlo antes de saltar y salir corriendo, en dirección a la granja Parson. Se alegró de que era la primera granja de la propiedad y solo le llevó unos minutos llegar hasta su padre.

Saltó de su caballo y se fue corriendo hacia la familia, que se cernía sobre una persona inmóvil. “¿Está herido?”

El Sr. Parson, que había estado arrodillado al lado de su padre, se puso en pie. “Richard, me alegro que estés aquí. Tu padre ha sufrido una caída mala, y su pierna está rota. No he podido despertarle y me da miedo moverle. He mandado a Tim a que busque al médico.”

Richard se arrodilló al lado de su padre. “Padre,” dijo, frotándole la mejilla. “Padre, despierta. He venido a visitarte.”

No hubo respuesta.

“Necesitamos llevarle a la casa para que el médico le pueda evaluar bien.”

El Sr. Parson asintió con la cabeza. “La carreta ya está enjaretada,” dijo, ayudando a Richard levantar a su padre y colocarle con cuidado en la parte trasera de la carreta.

“Me quedaré con él,” dijo Richard, subiéndose a la parte trasera. “Ahora te ayudarán, Padre,” susurró. “No me dejes ahora. Te necesito más que nunca.”

El Sr. Parson ató las riendas del semental a la parte trasera de la carreta y saltó al asiento del conductor. “Intentaré ir lo más suave posible.”

“Gracias,” dijo Richard, posicionando la cabeza de su padre en su regazo.

El viaje de vuelta a la casa solariega parecía tardar una eternidad mientras Richard sostenía a su padre y le susurraba palabras de ánimo. La respiración del barón era poco profunda, y Richard se temía lo peor. Su padre siempre le había parecido más grande que la vida misma. Ahora, mientras le miraba, parecía más frágil que la última vez en que Richard le había visto, y había arrugas de preocupación marcadas en torno a sus ojos y su boca. ¿Cómo es que no se había fijado en eso? ¿Qué podía causar tanta preocupación? ¿La propiedad tenía problemas financieros? Tendría que enterarse bien de todo esto, pero primero tenía que llevar a su padre de vuelta a la casa.

Cuando llegaron a la casa, su madre les esperaba en el vestíbulo. Le angustiaba ver su rostro lleno de lágrimas. “¿Está bien?”, preguntó ella retorciéndose las manos.

“Sabremos más una vez que llegue el médico,” dijo Richard.

El Sr. Parson ayudó a Richard a subir a su padre al dormitorio y colocarle en la cama. “Espero que se recupere bien. Todos adoramos a su padre. Si necesita cualquier cosa, por favor, dígalos,” dijo el Sr. Parson.

“Gracias, Sr. Parson.”

Su madre se acercó al otro lado de la cama y tomó la mano del barón. “Mi querido Thomas. ¿Por qué tuviste que subirte a ese tejado? ¿Cuántas veces te he dicho que dejes eso a hombres más jóvenes?”

Un caballero más mayor con el pelo blanco y un porte desgarrado llegó pronto entrando en el dormitorio. Asintió con la cabeza al Sr. Parson, que se marchaba, y se acercó directamente a la cama. Richard se sintió aliviado al ver que el médico de confianza de la familia durante años había llegado tan rápido.

“Le dije al barón que ya no debía subirse a los tejados,” dijo el Dr. Brewster. “Hombre insensato.”

“No escuchaba, Dr. Brewster,” dijo Sally. “Le rogué que dejara que otros hicieran el trabajo, pero no hizo caso de mis ruegos.”

“¿Cuándo le advertí, Dr. Brewster?” preguntó Richard.

“La última vez que estuve aquí. Hace unos tres meses. Vieja cabra testaruda,” dijo.

Richard ayudó al médico a quitarle las ropas del barón para que el Dr. Brewster pudiera seguir con su examen.

“Tiene suerte de solo partirse una pierna, pero me preocupa más que no haya despertado, incluso cuando se la entablillé. Eso es un procedimiento doloroso, pero ni se inmutó.”

“¿Qué quiere decir eso?”, preguntó Sally, subiéndose a la cama para estar más cerca de su marido.

Richard sabía que una lesión en la cabeza era peor que unos pocos huesos rotos. Los huesos sanan, pero un golpe en la cabeza podía causar un coma irreversible... o peor. Lo había visto numerosas veces durante la guerra, y rara vez acababa bien.

“Es demasiado pronto para saberlo. Tuvo una caída mala si ese golpe en la cabeza es indicativo de nada. Que alguien esté con él esta noche. No debe quedarse solo hasta que despierte. Yo volveré por la mañana para verle otra vez. Si cambia algo en la noche, mandad buscarme enseguida.”

“Gracias, Dr. Brewster. Le acompaño a la puerta,” dijo Richard. Antes de salir de la habitación, acercó una silla al lado de la cama. “Madre, por favor, siéntate aquí. Estarás mucho más cómoda.”

Sally asintió y besó la mejilla de su marido antes de sentarse en la silla. “Gracias, Richard.”

Richard acompañó al médico escaleras abajo y por la puerta. “He visto a hombres caer durante la guerra y nunca despertar.”

El Dr. Brewster asintió con la cabeza. “La guerra es un lugar brutal, milord. Espero que ese no será el caso de su padre.”

“¿Cómo puede estar seguro?”

El Dr. Brewster sacudió la cabeza. “No puedo, y todo lo que podemos hacer es esperar. Siento no tener mejores noticias para usted.”

“¿Y los temblores en su mano?”

“He visto esa dolencia antes. A veces tarda meses o años en empeorar, y a veces el estrés y demasiado trabajo agravan la dolencia. No soy un experto en esto, me temo.”

“Lo que necesite, doctor. Quiero lo mejor para él. Buscaré un médico con más experiencia

en esta dolencia.”

“Eso es una buena idea. No me importaría ser consultado y estar presente cuando llegue el médico. Siempre deseo expandir mis conocimientos médicos cuando pueda.”

“Claro. Me aseguraré de mantenerle al día con la situación. Mientras tanto, ¿puede recomendar una enfermera para vigilarle? Si no, me temo que mi madre se negará a dejar de estar a su lado.”

“Sí. Informaré a la Sra. Hunt para que venga directamente. He trabajado con ella en el pasado y es una persona muy competente. Mientras tanto, si despierta, dele láudano para el dolor e intente que trague unas pocas cucharadas de agua si puede. Mande que vengan a buscarme si desarrolla una fiebre, sea la que sea la hora.”

“Lo haré. Gracias, Dr. Brewster,” dijo Richard dándole la mano. “Hasta mañana.”

Mientras entraba en la casa de nuevo, pensó que nunca se había alegrado tanto de haber tomado una decisión espontánea de visitar a sus padres. Rezó porque su padre despertara pronto. Un mundo sin el Barón Freedman era impensable.

Subió los escalones de dos en dos y entró en la habitación de su padre. Su madre seguía cogiéndole la mano, y le partía el corazón verla tan dolida. Ella se quedaría devastada si le pasara algo a quien había sido su marido durante treinta años.

“Madre, ¿por qué no descansas un rato? Yo me quedaré con él.”

Sally sacudió la cabeza. “No quiero dejarle, Richard. Nunca hemos dormido separados desde el día en que nos casamos.”

Él tomó la mano de su madre. “Entiendo, pero no serás de utilidad para él si estás exhausta. Si cambia cualquier cosa, mandaré buscarte de inmediato. ¿Te alivia eso?”

Su madre se puso en pie a regañadientes. “¿Prometes que me llamarás?”

Richard besó la mejilla de su madre. “Te lo prometo, y sabes que nunca falto a una promesa. Ve y descansa un poco ahora.”

Cuando su madre finalmente dejó de estar al lado de la cama de su marido, Richard se sentó en la silla al lado de la cama. Su padre parecía tan poca cosa tumbada allí. Le era difícil reconciliar la figura fuerte que había conocido toda su vida con el cuerpo frágil, tan quieto, tumbado.

Alzó la mano de su padre y se la besó. “Padre, ¿por qué no hiciste caso al Dr. Brewster?”

No hubo respuesta del hombre quieto en la cama.

Su vigilia duró días. Primero, su madre se sentaba al lado de su padre, luego la enfermera, y luego él. Thomas despertó tarde la primera noche, pero desarrolló una fiebre. El Dr. Brewster había llegado y le había examinado.

“Está bien que haya despertado, pero me preocupa la fiebre. Seguid enfriándole con paños fríos. Con suerte dominaremos esta fiebre.”

“Por supuesto, doctor,” dijo Richard.

Su padre se debatía entre la conciencia y la inconsciencia durante los días siguientes, y cada vez que despertaba, ellos lograban hacerle tomar un poco de caldo. Richard sospechaba lo peor. Recordando esas heridas en la cabeza en el campo de batalla, pensó que estaba viendo a su padre morir lentamente.

Cuando no estaba velando por su padre, Richard estaba en su estudio, asegurándose de que la propiedad estaba funcionando de manera eficaz. Revisó los libros de contabilidad y se alegró de ver que su padre era fiscalmente responsable con los ingresos que generaba la propiedad, usando una buena parte de los beneficios en mejorar las técnicas de cosecha y asegurarse de que los inquilinos tenían todo lo que necesitaban para una cosecha próspera. Si había dinero

disponible, ¿por qué no había contratado su padre a más empleados, especialmente un gerente? Richard estaba decidido a hacer que la vida fuese más sencilla para sus padres y se dedicaría a contratar más empleados.

En el octavo día de la vigilia de Richard, se desahogó con su padre. Quería compartir todo lo que había pasado en su vida en estas últimas semanas desde que se fue a Londres. Tomó la mano de su padre. Estaba tan fría.

“Padre, quería decirte que he conocido a una mujer, una mujer hermosa y dulce. Es todo lo que pudiera desear en una esposa.”

Como si su padre le hubiera hecho una pregunta, Richard siguió diciéndole. “No. No le he pedido hacerle la corte todavía. Ha sido un tiempo confuso desde que me concedieron mi título. La conocí cuando solo era el Sr. Ballard, y parecía que encajábamos, pero luego las cosas cambiaron... aunque quizás juzgué mal sus acciones y sus palabras. Intenté decirle mis sentimientos en el último baile al que asistí, pero nos interrumpieron antes de que pudiera decirle las cosas. Ahora no estoy seguro de que haya perdido mi oportunidad con ella.”

Richard miró la cara de su padre, esperando ver una señal, cualquier señal de que le estaba escuchando, pero solo hubo un silencio.

“¿Por qué, preguntas? Te lo diré. La vi, disfrutando de un paseo en carruaje con otro noble; parecía estar totalmente embelesada con Robertson. ¿Cómo pudo transferir sus sentimientos a él tan fácilmente? Confieso que nunca he estado enamorado antes, y todo es muy confuso.”

Algo se soltó en él. Nunca había dicho las palabras de viva voz antes.

Amaba a Helena.

“¿Padre, me has oído? Estoy enamorado.”

Era hora de que dejara de dudar de sus sentimientos por Helena. En cuanto regresara a Londres, buscaría al Vizconde Everett y le pediría permiso para casarse con ella. Solo podía esperar que no se hubiera demorado demasiado en anunciar sus intenciones a la belleza de ojos azules.

Su padre le apretó la mano, y Richard le miró conmovido. “Padre, ¿me has oído? Tu hijo está enamorado.”

Thomas Ballard finalmente abrió los ojos. “He escuchado cada palabra, hijo mío,” dijo en un susurro.

Richard se llevó la mano de su padre a la mejilla. “Bienvenido. Temíamos haberte perdido.”

Thomas sacudió la cabeza. “¿Tu madre?”

Como si la hubieran llamado, Sally entró en el dormitorio. “¿Cómo está hoy?”

Richard se puso en pie, las lágrimas surcando sus mejillas. “Madre, ven. Está despierto.”

Sally se fue a la cama de su marido y abrazó su cuerpo frágil. “¡Thomas, querido mío!”

“Tranquila, querida. ¿Podrías pedir una taza de té? Estoy muy sediento.”

Richard tiró de la campana, y apareció la enfermera. “Lord Evans, ¿necesita algo?”

Sí, mi padre ha despertado y pide té.”

Los ojos de ella se agrandaron al oírle. “Por supuesto, milord. Me ocupo de ello y mandaré buscar al Dr. Brewster de inmediato.”

Media hora más tarde, el Dr. Brewster estaba de pie al lado de la cama de su padre. “Thomas, viejo loco. ¿Por qué no me hiciste caso antes? Ahora lo diré de nuevo, delante de testigos esta vez. Se acabó subir a tejados o trepar en ninguna parte. ¿Ha quedado claro?”

Su padre movió la cabeza con debilidad.

El médico le examinó y le dijo, “Tu pierna está sanando bien, pero vas a tener que recuperar tus fuerzas antes de poder dejar esta cama. No queremos que te caigas y te rompas otra cosa.”

Thomas asintió con la cabeza.

“Claro, Dr. Brewster. Lo que considere mejor,” dijo Sally antes de volverse hacia su marido. “Thomas, querido, Richard va a contratar más personas para ayudarnos. Nada de discusión. ¿Entendido?”

Thomas sonrió. “Sí, querida Sally. Lo que quieras.”

“Padre, iré a acompañar al médico y ahora vuelvo.”

Sally estaba susurrándole con suavidad a su marido, y Richard vio unas pocas lagrimas salir de sus ojos. Con suerte, este terrible accidente sería una lección de que tenía que dejar que gente más joven ayudara a cuidar de la propiedad.

Richard y el Dr. Brewster salieron del dormitorio y bajaron las escaleras.

“Nunca he visto una recuperación tan milagrosa antes,” dijo el Dr. Brewster. “Pensé que esa fiebre sería el desenlace fatal.”

“Es muy poco frecuente, estoy de acuerdo. Aunque mi padre es un luchador. No creo que estuviera dispuesto a dejar este mundo todavía, y especialmente a mi madre.”

“Quizás no, pero no está bien todavía. Tiene que recuperar sus fuerzas para no volver a enfermar. Debes ser vigilante en ayudarlo a recuperarse y no dejarle hacer esfuerzos indebidos.”

Richard extendió la mano. “Me aseguraré de ello. Gracias, Dr. Brewster, por cuidar tan bien de mi padre. Me gustaría recompensarle.”

“No es necesaria ninguna recompensa, se lo aseguro. Thomas ha sido paciente mío desde que yo era joven y recién empezando. Se arriesgó conmigo cuando nadie más lo quiso hacer. Le debo mi carrera.”

“Quizás se avendría a que le abran una cuenta para que pueda comprar los suministros médicos que le hagan falta para atender a las buenas gentes de la propiedad.”

El Dr. Brewster sonrió. “Ahora bien, eso sería muy bienvenido.” El doctor le tomó la mano con firmeza. “Visitaré a su padre otra vez mañana para supervisar su evolución. No deje que salga de la cama todavía.”

Richard asintió con la cabeza y vio al carruaje del doctor alejarse por el camino. Vaya mañana que había sido, y sus emociones estaban tan alteradas, pero por una buena razón esta vez. Creyó que iba a planear el funeral de su padre, y ahora podría disfrutar de su compañía una vez más. Caminó hacia un lado de la casa y entró en el jardín. Los eventos de la última semana se revolvieron en él de repente. Se sentía débil, alegre, y vaciado todo al mismo tiempo. Lágrimas de alegría cayeron por sus ojos. Había estado tan cerca de perder a su padre.

Su padre iba a vivir. Era verdaderamente un milagro. Aunque quería quedarse con su padre mientras se recuperaba, necesitaba irse pronto y regresar a Londres. Tenía una joven a la que cortejar.

Como si los cielos hubieran sentido su estado anímico revuelto, se abrieron las nubes y la lluvia le golpeaba. Se quedó parado allí, los brazos en cruz, gritando su alivio mientras el agua se llevaba toda su preocupación.

Capítulo 11

Helena había asistido a dos bailes más en los cuales Lord Evans no había ido. ¿Dónde estaba? La última comunicación que había tenido de él había sido una nota breve cancelando su paseo en carruaje.

Eso fue hace ocho días.

Lord Evans era un enigma del que ella parecía no tener el código. Por un lado, la besaba apasionadamente, haciendo que los dedos de los pies de ella se enroscaran en sus zapatitos, y, por otro lado, se mostraba reservado y distante. El corazón atolondrado de ella anhelaba verle a él y sus besos que hacían arder su alma. Era solo verle y su cuerpo le ardía. Ningún otro caballero que hubiera conocido esta temporada le hacía sentir nada semejante, especialmente no Lord Robertson.

“Helena, querida, ¿estás casi lista?” Preguntó Julia entrando en su habitación.

Su dama de compañía acababa de terminar de arreglar su cabello encima de su cabeza en una combinación artística de tirabuzones y trenzas y le colocaba un collar de perlas en torno al cuello. “Ya está, milady. Está hermosa,” dijo Hastings.

Helena se miró al espejo. “Gracias, Hastings. Como de costumbre, has hecho un trabajo soberbio. Puedes irte.”

Su doncella hizo una reverencia y la dejó a solas con su madre.

“Helena, pareces preocupada, querida. ¿Qué te sucede?”

Helena suspiró. Su madre no lo iba a entender, y estaba cansada de discutir con ella. Durante la última semana, Helena había estado esperando que Lord Evans asistiría a eventos para apaciguar las objeciones de su madre, pero hasta el momento, había estado ausente incluso de Londres, por lo que ella podía ver. Nadie había mencionado nada de verle en la ciudad. Quizás estaba fuera de Londres. Su madre creía que el lord errante había decidido que ella no estaba destinada a ser marquesa después de todo.

“¿Es esto acerca de Lord Evans otra vez?” Cuando Helena no contestó, su madre siguió con su regañina. “Debes abandonar la tonta noción que tienes de amar a este hombre. Es evidente que Lord Evans ya no te considera una pareja adecuada... si es que lo había pensado alguna vez.”

“No sé, Mamá. Quizás haya pasado algo, y ha tenido que marcharse de la ciudad de manera repentina.”

Julia sacudió la cabeza. “Si hubiera pasado algo, seguramente te habría mandado un recado explicando su ausencia. Eso no ha sucedido. Ahora bien, Lord Robertson es un caballero respetable y está aquí y desea tu compañía.”

“No quiero casarme con él solo porque sea respetable.”

“Helena, si no puedes tener a un marqués, entonces un conde es mejor que nada. Lord Robertson te dará una buena vida. Serás una condesa y no te faltará de nada. Imagina la vida que podrías darle a tus hijos.” Helena jugueteaba con su collar de perlas cuando su madre le dijo algo inesperado. “Marcus no te va a subvencionar en otra Temporada. Quiere verte casada para poder volver al campo. No le gusta Londres.”

“¿Es eso cierto? Marcus nunca me ha dicho nada de eso.”

“¿Por qué te lo iba a decir? Es el cabeza de familia, y es decisión suya permitirte o no una segunda Temporada.”

“Marcus sabe que yo quiero casarme por amor y nunca me obligaría a casarme en contra de mi voluntad.”⁴

“Quizás eso era cierto en el pasado, pero ya no.”

Helena estaba tan aturdida por la noticia que no podía soportar hablar más de ello. Siguió a su madre escaleras abajo, donde Marcus y Abigail esperaban en el vestíbulo.

“Helena, estás preciosa esta noche,” dijo Marcus.

“Ese color te favorece,” agregó Abigail.

“Gracias. Marcus...”

“¿Estamos listos para marchar?”, preguntó Julia.

Helena se preguntaba por qué su madre estaba haciendo que todos salieran tan deprisa y corriendo por la puerta. ¿Tenía algo que ver con lo que le había dicho arriba? ¿Estaba queriendo que Helena no le preguntara a Marcus sobre sus intenciones? ¿Qué estaba sucediendo?

Cuando llegaron al baile de los Ferguson, Helena miró por toda la sala. Con su altura y hombros anchos, Lord Evans destacaba con facilidad entre la gente, pero para gran decepción suya, no estaba en el salón. Sin embargo, sí vio a la Srta. Weston. “¿Marcus, puedo ir a ver a la Srta. Weston?”

“Por supuesto, Helena. Luego regresa cuando hayas saludado a tu amiga.”

Helena asintió con la cabeza y se acercó a la fila de sillas donde estaban sentadas las matronas y las chicas sin pretendientes. Lydia estaba sentada con su tía, la Sra. Kennedy. “Buenas noches, Sra. Kennedy.”

“Buenas noches, Srta. Grandier. Está muy guapa esta noche.”

“Gracias. ¿Puedo llevarme a su sobrina para dar una vuelta por la sala antes de que empiecen los bailes?”

“Por supuesto, querida.”

Lydia y Helena se tomaron del brazo y lentamente pasearon por la habitación. “¿Ha llegado ya?”, susurró Lydia.

Helena no necesitó ninguna aclaración. Sabía exactamente de quién hablaba Lydia. “No. No le veo.”

“Lo siento, Helena. Sé que estás empeñada en que sea Lord Evans. Quizás haya una buena razón por ello, y su ausencia se explique de manera sencilla.”

“Ojalá supiera de qué se trata. Siento como que algo ha ido terriblemente mal.”

“¿Qué puede ser?”

“No tengo ni idea.”

Las damas pasaron por el lado de Lord George Spenser que estaba hablando con su hermano mayor, el Vizconde Ellison. George se inclinó ante las mujeres. “Buenas noches, Srta. Grandier, Srta. Weston. Un placer verlas a las dos esta noche. ¿Les puedo presentar a mi hermano, el Vizconde Ellison? Ellison, esta es la Srta. Grandier y la Srta. Weston.”

El vizconde tenía el mismo cabello oscuro y ojos marrones que Lord Spenser, pero sin el brillo en la mirada que hacía que George fuese el favorito de las damas. “Señoras, buenas noches,” dijo Ellison inclinándose. “Si me disculpan.” Sin mirar atrás, el vizconde salió del salón.

“¿Puedo firmar sus tarjetas de baile?”, preguntó George mientras su hermano se disculpó y salió huyendo a la habitación de las cartas.

Las dos mujeres extendieron sus tarjetas.

“No hagan caso de mi hermano, odia bailar.”

“Me alegro de que a usted no le desagrade, Lord Spenser,” dijo Lydia con una sonrisa

tímida.

“Estoy deseando nuestros bailes, señoritas,” dijo George, su mirada descansando en Lydia un momento más. “Hasta entonces, si me disculpan.”

Mientras Helena y Lydia seguían avanzando por el perímetro de la sala, Lydia le susurró al oído, “le preguntaré a Lord Spenser acerca de Lord Evans durante nuestro vals más tarde. Quizás sepa a dónde se ha ido.”

“Gracias, Lydia. Aprecio tu ayuda.”

Par cuando Helena dejó a Lydia con su tía y regresó a su familia, Lord Robertson estaba allí. “Buenas noches, Srta. Grandier.”

“Lord Robertson,” dijo ella haciendo una reverencia.

“¿Tiene, por casualidad, libre el baile de la cena?”

Helena quería declinar, pero su madre la estaba vigilando. “Sí, lo tengo,” dijo ella, extendiendo su tarjeta.

“Le veo entonces.” Robertson se inclinó despidiéndose, presumiblemente para firmar otras tarjetas de baile.

Su madre tenía una sonrisa ancha en el rostro, y eso hacía que Helena se sintiera peor, sabiendo que Lord Robertson nunca sería el hombre a quien ella amase. Su corazón estaba totalmente dedicado, y ella temía que amaría al diabólicamente apuesto Lord Evans hasta el día de su muerte.

George nunca había disfrutado tanto de una Temporada como de esta. ¿Era acaso debido a la Srta. Lydia Weston? Era bonita, no exactamente bella, con rasgos un poco corrientes y cabello de color marrón claro, pero tenía un brillo en sus ojos de color marrón chocolate, que él encontraba irresistible. Disfrutaba, plenamente hablando, con ella más que con ninguna otra mujer que conociera. Ella tenía conocimientos de una serie de temas que la mayoría de las señoritas desconocían. Especialmente disfrutaba de su sentido del humor y el hecho de que no tenía miedo de contradecirle en algo que pensaba que estaba mal.

Le gustaba eso.

Le gustaba ella.

George disfrutaba conociendo a la joven y se alegró de que Richard le hubiera hecho acompañarle cuando fueron presentados la primera vez. Deseaba los eventos de la alta Sociedad más que nunca antes porque ella estaría presente. Apenas podía esperar a bailar con ella otra vez esta noche. No estaba seguro de que le gustara su nueva popularidad con otros caballeros, pero no estaba en condiciones de objetar, especialmente dado que no tenía planes de pedirle mano él mismo.

Cuando empezaron a oírse las primeras notas del vals, él se acercó a ella. “Srta. Weston, creo que este es mi baile,” dijo George extendiendo el brazo. Ella colocó los dedos en su abrigo, y él la guió a la pista antes de llevársela entre los brazos por la sala. “Es un placer verla de nuevo, Srta. Weston. No la ví en el baile Ferguson la semana pasada. ¿Se encontraba mal?”

“No. Mi tía no se encontraba bien, y mi padre no estaba dispuesto a aguantar el baile, especialmente dado que no había sala de cartas.”

George se archivó esa información. ¿Por qué no iba a querer un padre que su hija asistiera a todos los eventos que quisiera durante la Temporada? ¿No estaba ella buscando la mejor pareja como todas las otras jóvenes? ¿O no? George no tenía idea de si ella quería casarse con alguien en esta Temporada o no.

“Milord, ¿puedo hacerle una pregunta?”, preguntó Lydia.

“Por supuesto. ¿En qué puedo servirla?”

“Normalmente, no soy tan atrevida y por favor discúlpeme por ello, pero, ¿sabe por dónde puede estar Lord Evans estos días? Parece haber estado ausente de la ciudad durante más de unas dos semanas ya.”

George ladeó la cabeza. “Ahora que lo dice, tiene razón. Yo había supuesto que estaba ocupado con su nueva casa, pero no le habría llevado tanto tiempo.”

“La Srta. Grandier está bastante alterada por su ausencia continuada.”

“¿Sí?”

“Debe saber que está perdidamente enamorada de Lord Evans.”

“Yo sabía que parecían ser una pareja, pero no sabía más de los sentimientos de ella.”

“Con Lord Evans ausente, Lord Robertson ha sido visto más y más en presencia de la Srta. Grandier. Ella teme que él esté preparado para pedir su mano y su madre le está apremiando para que acepte.”

“La Srta. Grandier parece disfrutar de la compañía de Lord Robertson por lo que he podido ver en bailes recientes.”

“Créame, milord, ella es muy hábil ocultando sus verdaderos sentimientos. Su corazón pertenece a Lord Evans y a nadie más, pero puede que no tenga otra elección si su familia le hace aceptar la proposición de Lord Robertson.”

“Entiendo. Prometo enterarme dónde está mi amigo. No es típico en el desaparecer de esta manera sin decir palabra.”

“Gracias, Lord Spenser. Su ayuda en este asunto se aprecia mucho.”

“Me alegro de poder serle útil.”

Después de bailar con la Srta. Weston, y devolverla a su tía, George se acercó a la mesa de los refrescos para tomar un vaso de champán. Qué negligente, por su parte, no haberse dado cuenta de la ausencia de Richard estas últimas dos semanas. Aunque había estado ocupado ayudando a su padre con un asunto familiar que tenía que ver con su hermano Arthur, eso no era excusa para perderle la pista a su amigo.

¿A dónde había ido Richard? ¿Había pasado algo?

Estaba agradecido por solo firmar unas pocas tarjetas de baile esta noche, y se marchó del baile nada más terminar de bailar con una joven de cuyo nombre no se podía acordar. Era hora de averiguar qué estaba haciendo Richard. Paró un carruaje y dio instrucciones para que le llevaran a Casa Evans.

Todavía había luz de velas brillando en la ventana, así que George subió los escalones y dejó caer el picaporte. Pasaron varios momentos antes de que se abriera la puerta.

“¿Puedo ayudarle en algo, milord?”, preguntó el mayordomo.

“Soy Lord George Spenser, y he venido para ver a Lord Evans.”

“Me temo que Lord Evans no se encuentra en casa.”

“¿A dónde ha ido?”

“No lo sé, milord. Me informó de que se ausentaría unos días, y no es obligación mía preguntarle más.”

“Bueno, ¿quién sabe a donde ha ido? Es urgente que hable con él.”

“Por favor, pase, milord. Llamaré al ayudante de cámara de milord, el Sr. Dutton. Puede que tenga más información acerca del paradero del señor.”

Mientras George esperaba en el salón a que viniera el ayudante de cámara, miró a su alrededor la casa de Richard, y se alegró de ver que la casa había sido limpiada a fondo. Las cosas parecían algo ajadas, pero con un poco de redecoración, sería una casa elegante y

grandiosa. Su amigo no se merecía nada menos.

Un hombre joven, desgarbado con un parche negro en el ojo, entró en el salón.

“Usted debe ser el Sr. Dutton,” dijo George. “Yo soy Spenser, el amigo de Lord Evans. Hemos luchado en la guerra juntos.”

“Buenas noches, señor. Es un placer conocer a un amigo de Lord Evans. ¿Hay algo en que pueda ayudarle.”

George asintió con la cabeza. “¿Dónde está Lord Evans?”

“¿No se lo ha dicho?”

“No.”

“Se marchó a ver a sus padres en Guildford, aunque se suponía que solo iba a estar unos pocos días. No he recibido correspondencia suya acerca de cuando piensa regresar a Londres.

“Eso no es muy típico de Lord Evans. Me temo que algo no está bien,” dijo George. “Gracias por la información.”

“Un placer, señor,” dijo Dutton inclinándose.

Cuando George se marchó de Casa Evans, se preguntaba por qué sintió Richard la repentina necesidad de visitar a sus padres. Sabía que Richard les había visto antes de que hubiera empezado la temporada, y que todo había estado bien entonces.

¿Les había pasado algo a ellos?”

¿Le había pasado algo a Richard?

No tenía idea, pero pensó en hacer un viaje a la casa solariega mañana para averiguarlo. Richard debía saber qué pasaba con Helena y Robertson. Si su amigo amaga a la dama como George pensaba, Richard tenía que regresar a Londres de inmediato... antes de que Robertson tuviera una oportunidad para pedir la mano de ella.

Capítulo 12

George se levantó temprano el día siguiente, se vistió aprisa para viajar y pidió a la cocina que le preparasen un desayuno ligero, para el camino. Le pidió a uno de los lacayos que el jefe de establos ensillara a su semental, Mars.

Después de una rápida taza de té, se fue a los establos. Guildford estaba a sólo unas horas de Londres, y pensaba regresar en cuanto supiera lo que sucedía con Richard.

“Buenos días, milord. Mars está listo para usted y he empacado unas viandas,” dijo el jefe de establos.

George asintió con la cabeza y acarició el cuello del animal. Se subió al semental grande y se dirigió a las afueras de Londres. Todavía era temprano y las calles no estaban abarrotadas de tráfico todavía, lo cual le hizo poder salir de la ciudad sin mucha demora.

Una vez en el camino principal, le dio rienda suelta a Mars y el caballo galopó con gran velocidad, recorriendo los kilómetros. George se inclinó sobre el cuello del caballo y le dejó galopar hasta que podía escuchar los jadeos del animal.

“Sé que te gusta correr, chico, pero es hora de caminar un poco,” dijo tirando de las riendas. Devoró el pan y queso que le había guardado la cocina, lamentándose por haberse olvidado de pedirles que le incluyeran un poco de cerveza para acompañar su comida. Él no hacía muchos viajes fuera de Londres, y cuando los hacía, normalmente era en el carruaje de su padre con un cesto de comida con todas sus cosas favoritas.

En breve, la Mansión Freedman apareció ante él. Parecía muy tranquilo todo para estas horas del día. Era casi la hora de comer, y le sorprendió no ver actividad en torno a la casa.

Se fue hacia la puerta delantera, se bajó del caballo, subió los escalones, y dejó caer el picaporte. Lo último que se esperaba era que Richard le abriera la puerta en persona.

“¿Richard?”

“¿George, qué haces aquí?”

“Te preguntaría lo mismo. Llevas ausente de Londres más de dos semanas sin palabra. ¿Qué sucede?”

Justo entonces un mozo apareció de un lado de la casa.

“Percy, ocúpate del caballo de Lord Spenser,” dijo Richard.

“Por supuesto, milord,” dijo tomando las riendas.

“Dale un poco de avena, pero no lo desensilles. Me marchó pronto,” dijo George siguiendo a Richard dentro de la casa.

“Estaba a punto de almorzar. ¿Comes conmigo?”

“Sí. Estoy muy hambriento,” dijo George.

Una vez que los hombres estaban sentados en el comedor con los platos llenos de comida, George empezó con las preguntas. “Richard, no es típico de ti desaparecer de esta manera. ¿Qué sucede y por qué no has regresado a Londres o incluso mandado un recado explicando tu ausencia?”

“Es una historia muy larga.”

“Una que necesito oír, claro. ¿Por qué no empiezas por el principio de este relato?”, preguntó George entre bocados de comida.

“Vine aquí a lamerme las heridas y estar enfurruñado, pero entonces mi padre se cayó de un tejado. Se hirió de gravedad con un golpe en la cabeza, y luego tuvo fiebre. He estado

ocupándome de cosas por aquí mientras se recupera.”

“Lamento escuchar que tu padre ha estado enfermo.”

“Gracias. Todos estamos muy agradecidos.”

Richard siguió contando los detalles del comentario de Helena sobre mujeres que solo querían bailar con él porque tenía un título, y luego le contó a George lo de montar en Hyde Park y ver a la Srta. Grandier con Lord Robertson y lo mucho que parecía estar disfrutando de su compañía.

“¿La ha estado acompañando a numerosos lugares en la ciudad?”

“No sabía eso, pero no me extraña. He de confesar que era chocante verla mirarle con tanta adoración.”

“Bueno, ha avanzado en su petición desde que tú te has ido. ¿Por qué estás escondido aquí en lugar de hacerle la corte a la dama tú mismo?”

“Quiero hacerlo, pero circunstancias más allá de mi control me han retenido aquí.”

George descansó su tenedor. “Entiendo. ¿Cómo está tu padre ahora?”

“Está recuperándose, y he estado entrevistando y contratando a más gente para ayudar aquí en la mansión. Mis padres han creído durante mucho tiempo que no necesitan mucha ayuda, pero estos últimos quince días han demostrado que no.”

“Me alegro de que tu padre esté en vías de mejora, pero tengo otras noticias malas que debes saber.”

“¿Oh?”

“Robertson le ha pedido a Helena que baile con él en todos los bailes desde que te ausentaste, y solo puedo suponer que le estará pidiendo a Everett permiso para casarse con Helena. Los Everett van a organizar un baile dentro de dos días, y puede ser para anunciar su desposorio.”

“No, eso no puede ser cierto. Helena es mía. Tengo intención de pedir su mano cuando regrese a Londres.”

“Bueno, pues será mejor que regreses conmigo de inmediato entonces.”

“No puedo irme hoy, las últimas entrevistas son hoy. No puedo dejar a mis padres sin ayuda adecuada.”

“¿Mañana entonces?”

“Sí.”

“La Srta. Weston me dijo en confianza que la Srta. Grandier está locamente enamorada de ti.” George vio la primera sonrisa genuina en la cara de su amigo desde que llegó. “¿La amas tú también?”

Richard asintió con la cabeza. “La quiero. Ella lo es todo para mí y tiene mi corazón y mi alma en sus manos.”

“¿Lo sabía!”

“Sí, sí, por lo visto lo has sabido antes que yo,” dijo Richard riendo.

Después del almuerzo, los dos hombres se fueron al establo para que George pudiera recoger a Mars. “Me disculpo por no quedarme más tiempo, pero he de regresar a Londres. Mi padre está desesperado con Arthur de nuevo.”

“¿Qué ha hecho esta vez?”

George suspiró. “Parece ser que mi hermano se ha hecho demasiado amigo de una de las criadas, muy en contra del deseo de la dama. El mayordomo informó del incidente perturbador a mi padre.”

“No puedo creer eso de Arthur.”

“Desgraciadamente, mi hermano no es el miembro más recto de la sociedad. Se le conocen líos con los criados y juega demasiado a las apuestas, no importa las veces que mi padre le regaña. Me temo que cuando Arthur se convierta en conde, su comportamiento será peor, y no nos quedarán criadas en la casa.”

“Eso es horrible. Esa pobre criada. Espero que esté bien cuidada.”

“Sí, mi padre se ha ocupado de ella.”

“Debe ser muy penoso para tu padre.”

“Lo es, aunque mi hermano Oliver, que es el mejor amigo de Arthur, intenta disimular su conducta en público, no puede estar a su lado cada minuto de cada día. Los dos eran inseparables, creciendo, pero se han distanciado últimamente. Estoy seguro de que el comportamiento de dudosa reputación no ha ayudado mucho. Oliver me ha pedido ayuda, pero no sé lo que puedo hacer. Arthur se niega a cambiar sus maneras de ser, y me temo que no hay nadie que pueda convencerle a actuar de otra manera.”

“Siento tus problemas, amigo. Si hay algo que yo pudiera hacer por ayudar, me lo haces saber.”

George asintió mientras se subía a la silla. “Necesitas arreglar tu propia situación primero. No te demores. Te veré en Londres mañana.”

Richard miró a George alejarse en su caballo antes de regresar al dormitorio de su padre. Su padre estaba sentado en la cama con una montaña de almohadas soportándole. “Padre, ¿cómo te encuentras hoy?”

“Estoy listo para salir de esta cama,” dijo Thomas.

“Mañana, querido,” dijo Sally, que estaba sentada en la silla al lado de la cama. “Un día más de descanso, y entonces el Dr. Brewster dijo que sería seguro para que te levantas.”

Richard acarició la mejilla de su padre. “Mamá tiene razón. Nos diste un terrible susto a todos, y debes dejar que tu cuerpo se cure.”

Su padre se quejó con displacer, pero Richard insistió en seguir las órdenes del médico. No iba a arriesgar la recuperación de su padre para satisfacer su inquietud.

“Terminaré con la última de las entrevistas hoy, un gerente de propiedades con muy buenas recomendaciones. Si todo va bien, puedes conocerle mañana.”

“No necesito un gerente de propiedades,” dijo Thomas.

“Sí que te hace falta. Madre me dijo lo mucho que te tiembla la mano ahora. ¿Es eso lo que te hizo caer?”

La mirada de circunstancias en la cara de su padre le decía a Richard todo lo que necesitaba saber. Su padre no estaba en condiciones de hacer el trabajo físico, de gestionar la propiedad durante más tiempo ya. Se necesitaba un hombre más joven para ver a los inquilinos y supervisar las reparaciones que hicieran falta. Con un buen gerente en casa para ocuparse del trabajo, su padre se podría limitar a pagar las facturas... con la ayuda de Richard cuando hiciera falta.

“También investigaré encontrar a un médico que sepa más sobre tu dolencia cuando regrese a Londres.”

“Richard, no... muy bien,” dijo Thomas reconociendo su dolencia que empeoraba. “Veré a este nuevo médico, pero he de decir que no me alegra mucho.”

“Gracias, querido,” dijo Sally. “Richard me ha quitado un peso de los hombros.”

Richard les sonrió. “Está bien ser un marqués.”

Eso suscitó una risa de sus padres, como él había querido. Él sabía que le querían tuviera o no un título.

“Me marchó mañana. Tengo que regresar a Londres para pedirle mano a la mujer a la que amo.”

“Te la traerás pronto a que la conozcamos, ¿verdad, querido?”, preguntó Sally.

“Por supuesto, Madre. Tú también la querrás como yo.”

Después de contratar a los empleados que faltaban para ayudar a sus padres, Richard se acostó esa noche, sabiendo que vería a su amor de nuevo mañana. Apenas podía esperar a besar a sus deliciosos labios de nuevo, pero necesitaba el permiso de Everett para pedirle mano antes de preguntarle a Helena.

Desgraciadamente, al día siguiente llovía mucho y hacía mucho viento que duró todo el día. Richard daba zancadas por la casa como un león enjaulado, sabiendo que no podía intentar irse hoy y arriesgar que Vertus cayera en un agujero en el camino. Tendría que esperar un día más antes de ir a Londres.

¿Quién iba a saber que en solo seis semanas, había encontrado a la mujer de sus sueños? Su corazón había sabido que ella era la única para él antes de que se lo hubiera admitido a sí mismo. Incluso George había adivinado sus sentimientos por la mujer muy al comienzo. Realmente era un asno por esperar tanto tiempo para declarar su amor por ella.

¿Sería demasiado tarde pedirle mano a Helena?

No tenía ni idea de lo que haría si ella aceptaba la mano de Robertson antes de que él pudiera pedírsela.

El sol brillaba en Londres, pero Helena no sentía nada de su calidez mientras intentaba bordar en el salón. No quería abandonar su sueño de casarse con Lord Evans, pero a medida que iban pasando los días sin que él apareciera en la ciudad, ella empezó a pensar que quizás su madre tenía razón y el marqués ya no la deseaba. Sin embargo, su ausencia no había reducido el ardor que ella sentía por él. Anhelaba el sonido de su voz, su tacto y sus besos ardientes, los que le hacían enroscar los dedos de los pies y debilitar sus rodillas.

Lord Evans, ¿dónde estás? Por favor, vuelve a mí. Te amo desesperadamente.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos, y Daniels anunció: “Lord Robertson para verla, Srta. Grandier.”

Helena asintió con la cabeza. “Por favor, avise a Hastings a que venga antes de darle paso a Lord Robertson.”

“El caballero ha pedido una audiencia a solas con usted, milady.”

“Entiendo. Por favor, que pase,” dijo Helena, aunque él era la última persona que ella quería ver. Sabía por qué estaba aquí, y se aliso la falda con nerviosismo, aunque no había arrugas que lo hicieran necesario.

Lord Robertson entró en la habitación. Estaba guapo en su chaqueta de azul oscuro, chaleco de raso azul y calzones de color beige.

No le hacía sentir ni pizca de emoción a ella. Se levantó y le hizo una reverencia.

“Srta. Grandier, gracias por verme,” dijo él, llevándose la mano de ella a los labios.

“Lord Robertson, no le esperaba hoy,” dijo ella. Estaba demasiado cerca de ella, y no era una sensación agradable.

“¿No? Seguro que sabe lo mucho que la admiro,” dijo él besándole la mano de nuevo.

Helena retiró su mano de la de él. Cuanto más se acercaba a pedirle mano, más se cerraba la garganta de ella con miedo.

Se puso de rodillas. “Srta. Grandier, ¿me haría el honor de ser mi esposa?”

Helena se sintió atrapada. No quería casarse con Lord Robertson. “Milord, me honra con su

petición,” dijo ella, retorciendo las manos.

Lord Robertson frunció el entrecejo y se puso en pie. “Milady, siento sus reparos.”

“He de confesar que no esperaba su petición. ¿Me concedería un día para pensar en su muy generosa oferta?”

“Por supuesto, milady. ¿Puedo esperar su respuesta antes del baile de su familia mañana por la noche? ¿Sería de su agrado?”

“Sí. Gracias por su comprensión, milord.”

“Hasta mañana, entonces,” dijo Lord Robertson inclinándose ante ella antes de dejarla sola de nuevo.

En cuanto escuchó cerrarse la puerta de la casa, Helena rompió a llorar.

¿Qué iba a hacer?

No podía casarse con Lord Robertson, pero, ¿tenía otra opción?

Lydia le había preguntado a Lord Spenser dónde estaba su amigo, pero hasta ahora no había respuestas. Si Lord Evans no aparecía mañana antes de que empezara el baile, ella temía que no le quedaría más remedio que aceptar a Lord Robertson, especialmente si lo que su madre había dicho sobre Marcus no subvencionando más Temporadas para ella era verdad.

Ese pensamiento solo le hizo llorar más todavía y se fue corriendo fuera de las puertas de cristal al jardín antes de que nadie pudiera ver su malestar terrible.

Ella dio pasos por los caminos del jardín hasta que sus lágrimas cesaron. No quería alterar a su madre, Marcus o Abigail. Todos la habían querido y apoyado sin medida, y si Marcus había estado de acuerdo con la petición de Lord Robertson, entonces debía pensar que el conde era el hombre correcto para que ella se casara.

Quizás Marcus tenía razón. Entonces, ¿por qué su corazón le gritaba que no?

Lord Robertson era guapo y la trataba con todo el respeto cada vez que ella le veía. Ahora lo único que tenía que hacer era convencer a su corazón atolondrado de que ella podía enamorarse de más de un hombre.

¿Podía abandonar su amor verdadero y casarse con el respetable Lord Robertson?

Capítulo 13

Más tarde ese día, en la merienda, a Helena no le gustaba la manera en que su madre la examinaba con la mirada.

“¿Helena, has estado llorando?”

Marcus y Abigail se volvieron para mirarla también.

Ella sacudió la cabeza. “No, Mamá. ¿Por qué lo preguntas?”

Su madre ignoró la pregunta y en lugar de eso le preguntó, “¿Era ese el carruaje de Lord Robertson que ví antes?”

Helena sabía que su madre era conocedora de la razón de la visita de Lord Robertson. Cuando pidió verla a solas, podía haber pocas dudas acerca de sus intenciones. Ella deseó que su madre abandonara el tema y se llevó un desengaño al ver que seguía indagando.

“¿Querida, te ha pedido mano Lord Robertson?” preguntó Julia.

“Sí, Mamá.”

“¡Estás desposada!”

Helena alzó la mano para detener la celebración de su madre. “No estamos desposados. Le he pedido a Lord Robertson un poco de tiempo para pensar en su petición.”

La cara de Julia se congestionó. “¿Tiempo? ¿Para qué necesitas tiempo? ¡Chica tonta! Lord Robertson es una pareja excelente. Debes aceptar de inmediato.”

Helena le estaría eternamente agradecida que Marcus hablara en ese momento. “Tía Julia, déjala estar. Es decisión de Helena casarse o no con Robertson.”

“Pero, Marcus, es...”

Marcus alzó la mano. “Basta, Tía Julia. No te permitiré que la presiones. Es su vida, y debe ser decisión de ella si desea casarse con el caballero o no.” Se volvió hacia ella. “Helena, no te sientas en el compromiso de casarte esta Temporada. Si deseas otra, la tendrás.”

Las lágrimas se asomaron a los ojos de Helena. “¿De verdad?”

Él asintió con la cabeza. “Por supuesto, querida. No dudes de mi compromiso para con tu felicidad.”

Cuando miró a su madre, vio que Julia le fulminaba a su sobrino con la mirada. ¿Le había mentido a propósito a Helena, o había cambiado Marcus de parecer sobre subvencionarle otra Temporada? Estaba más confusa que nunca y sabía que su madre no iba a dejar el tema.

Mañana tendría que tomar la decisión más importante de su joven vida. ¿Debía aguantar y esperar a Lord Evans, o debía rendirse a la presión de su madre y estar de acuerdo en casarse con Lord Robertson? Era una incógnita para la que no tenía respuestas.

Helena eligió cenar en su habitación más tarde esa noche. No quería escuchar a su madre o ver el desapruebo en su mirada. Amaba mucho a su madre y valoraba sus consejos, pero, ¿cómo podía comprometerse a casarse con Lord Robertson cuando su corazón sólo latía por Lord Evans?

¡Por favor, vuelve a mí! Te necesito más que nunca, querido.

Al día siguiente, Helena despertó y el día era oscuro y sombrío, con una lluvia intensa, exactamente igual a como ella se sentía. Esta noche se suponía que iba a ser su baile. Marcus y Abigail se habían ofrecido generosamente a tener una fiesta de baile en su honor, y ella se había entretenido durante semanas con el pensamiento de que podría estar celebrando su desposorio

con Lord Evans, esa noche, el día más feliz de su vida.

Ahora ni siquiera quería asistir.

Pasó la mayor parte del día encerrada en el pequeño salón al lado de su dormitorio. Aunque estaba segura de haberle dejado claro a todos que no deseaba hablar con nadie, su madre no respetó sus deseos.

“Helena, querida, tu vestido para el baile ha llegado,” dijo Julia, cargando con una caja grande y dejándola encima de la silla.

Cuando ella no se movió para abrir la caja, Julia la abrió con un gesto de grandilocuencia, sosteniendo un vestido blanco como la nieve con una gasa delicada en la falda. En la falda brillaban cristalitos, incluso en la habitación algo oscura.

“Oh, dios mío, la Sra. DuBois se ha superado a sí misma,” dijo Julia acercando el vestido a Helena.

“Es muy bonito,” dijo ella de acuerdo con su madre.

Julia descansó el vestido en el respaldo de la silla y se sentó al lado de Helena en el sofá. “Querida mía, no debes estar triste. A veces las cosas no salen bien, no importa cuanto lo deseemos. Lord Robertson es un hombre bueno, y nunca ha habido ningún escándalo relacionado con él. Está claro que te admira mucho, especialmente cuando ha podido tener a la debutante que quisiera. Es un hombre bueno y quizás podrías llegar a quererle.”

Quizás su madre tenía razón, y ella debería abandonar su sueño de casarse con Lord Evans. Habían pasado demasiados días desde que había visto su cara apuesta.

Su madre le besó en la mejilla y se puso en pie. “Piensa en lo que te he dicho, querida.”

Más tarde, ese día, Helena bajó a merendar. Los criados se ajetreaban por la casa, preparando las cosas para el baile de esta noche. Ella asomó la cabeza al salón del baile antes de irse a la salita. La habitación estaría hermosa para esta noche. Había grandes ramilletes de flores colocados por la habitación y su olor llenaba el aire, especialmente las lilas. Ella sabía que Abigail había tenido algo que ver con la elección de las flores. La gran araña tenía velas nuevas que iluminarían la habitación toda la noche, mientras que había cortinas blancas enmarcando las puertas de cristal que daban a la terraza pequeña.

Sin querer estorbar, entró en la salita. Marcus y Abigail ya estaban sentados en el sofá, y Marcus tenía la mano puesta en el vientre de ella. ¿El marido de Helena la miraría con tanta adoración? Ella envidiaba su amor, pero quizás un matrimonio de amor no iba a ser para ella.

“Abigail, ¿cómo te sientes?”

Abigail alzó la mirada. “El bebé da patadas.” Acarició la mejilla de Marcus. “Tu hijo es fuerte.”

“No quiero más que una esposa e hijo sano, da igual si es un niño o una niña. No me importa.”

Julie entró en la habitación.

“Tía Julia, el bebé da patadas,” dijo Abigail.

“¡Oh, querida, qué maravilloso! ¿Cómo te encuentras?”

“Muy bien, gracias... aunque un poco cansada. Estoy más grande con este bebé que en mis embarazos previos, incluso con las gemelas.”

“Sólo nos quedaremos un ratito para merendar,” dijo Marcus. “Quiero que Abigail descanse antes de la velada de esta noche.”

“La sala de baile está preciosa,” dijo Helena.

“Espero que esta lluvia cese antes de la noche,” se lamentó Julia.

Como si los cielos le hubieran oído, el sol se asomó por las nubes y la salita se llenó de sol.

“Un buen presagio, seguro”, dijo ella.

Helena no estaba segura de si era un buen presagio o no. Todavía no había decidido qué le iba a decir a Lord Robertson. Era un buen hombre y se merecía su respuesta. Se alegró de que el baile no se había publicitado como su baile de compromiso. Si fuese así, se habría sentido atrapada. De ninguna manera iba a abochornar a Marcus y Abigail de esa manera. Sus primos la habían soportado y se habían mostrado elegantes toda la Temporada.

¿Podía hacerles pasar otra nueva Temporada con cuatro niños en el campo esperándoles? Era el lugar donde eran más felices, y ella no podía negarles esa felicidad, incluso si eso significaba el final de su sueño de un compromiso con alguien por amor.

Capítulo 14

Después de un día y medio de constantes chaparrones que habían convertido a las carreteras en un lodazal, se habían despejado las nubes lo suficiente para que Richard pudiera viajar de vuelta a Londres. George le había traído la mala noticia de que Lord Robertson iba a pedirle permiso a Marcus para pedirle mano a Helena. Tenía que llegar hasta allí antes de que se comunicara ningún desposorio. Helena lo era todo para él, y se habría dado cabezazos contra la pared por no haberle revelado a ella sus verdaderos sentimientos antes. Su mentalidad de batirse en retirada y sopesar las cosas, que le había funcionado tan bien en la guerra, podría haberle costado el amor de su vida. Ese despiste le había dado la oportunidad a Lord Robertson a ganarse el afecto de la dama.

¿Había perdido el amor de Helena?

No podía soportar pensar en un mundo sin Helena a su lado.

Llevaba once días lejos de Londres, y se inclinó sobre el cuello de su semental. “Venga, Vertus. No podemos llegar tarde. Veamos lo deprisa que puedes correr.”

Vertus parecía entender la urgencia de Richard, y el caballo corrió a velocidad de vértigo de vuelta a la Casa Everett. Finalmente llegó a los establos de la casa Everett, y entró por la entrada de los criados, llevándose a un lado a un lacayo. “Por favor, haga que Lord Everett se reúna conmigo en la biblioteca. Dígale que Lord Evans necesita hablar con él con toda urgencia.”

“¿Tiene una invitación?”, preguntó el lacayo, mirando sus ropas manchadas de barro, que no eran la vestimenta para un baile.

“Es una cuestión de vida o muerte. ¡Vaya ahora!”

El lacayo se sorprendió ante la fuerza de la voz de Richard y finalmente asintió. “Ahora mismo, milord.”

Richard no iba a dejar que le impidieran ver a Helena esta noche. Aprovechó la oportunidad para entrar en la casa a escondidas, manteniéndose en las sombras del pasillo hasta encontrar la biblioteca. Entró y cerró la puerta, el aliento jadeante. Tenía que calmarse. Esta era la reunión más importante de su vida, y tenía que hacer las cosas bien.

¿Cuánto tiempo tendría que esperar a Everett? ¿Querría el Vizconde verle siquiera?

Su corazón le martilleaba en el pecho, parcialmente debido a su loca carrera a Londres y en parte porque estaba esperando a ver si la Srta. Grandier le seguía queriendo y aceptaría su petición. La vida de él dependía de su respuesta, pero primero, tenía que hablar con el Vizconde. No quedaba mucho tiempo antes de que llegaran los invitados y la orquesta empezara a ensayar. Se preguntaba si su loca carrera a Londres había tenido éxito. ¿Se había anunciado ya el desposorio antes de que empezara el baile? Esperaba con cada fibra de su ser que no hubiera llegado demasiado tarde para pedirle mano a la mujer que amaba.

Se abrió la puerta de la biblioteca, y entró el Vizconde Everett. “¿Evans, qué significa esto? No me agrada que me hagan venir de esta manera. Explíquese.”

“Everett, me disculpo por haberle hecho llamar de esta manera tan poco ortodoxa, pero necesitaba verle. Con toda urgencia. ¿Ha anunciado ya el desposorio de la Srta. Grandier con Lord Robertson ya?”

Marcus sacudió la cabeza. “No. Sin embargo, no veo que esto sea asunto suyo. Usted le partió el corazón a mi prima con su prolongada ausencia de Londres. ¿Cómo se atreve a aparecer ahora?”

“Entiendo su ira, y créame, fue totalmente involuntaria. No abandoné a su prima, yo amo a la Srta. Grandier con todo mi corazón. Fui a visitar a mis padres en Surrey, y mi padre se puso gravemente enfermo a causa de una caída de un tejado. He estado cuidando de él desde entonces.”

Eso hizo que Marcus se parara, lo cual le daba esperanzas a Richard de que le escucharía en su ruego. “¿Puedo saber cómo está?”, preguntó Marcus.

“Se está recuperando ahora, pero no estábamos seguros de si despertaría nunca de su coma y fiebre. Esos han sido los ocho días más agónicos de mi vida, viendo a mi padre luchando por vivir. Está débil, pero con la ayuda de su nuevo ayudante de cámara y mi madre, el Dr. Brewster cree que se recuperará. Gracias por preguntar.”

“Entiendo. Espero que su padre recupere su fuerza.”

“Créame cuando le digo que nunca abandonaría a la Srta. Grandier. Ella es el amor de mi vida, y quiero pedirle que se case conmigo.”

“Tiene una manera extraña de mostrar su amor.”

“Lo sé, y estoy profundamente arrepentido por el malestar que le he causado. Necesito contarle lo que siento y esperar que me perdone. Es mi pena más grande no haberle dicho antes lo que sentía. Soy un asno total por haber esperado.”

Marcus pareció sopesar su petición durante una eternidad antes de decirle, “Hágalo bien, Evans. Esta es su única oportunidad.”

“Entiendo. Gracias.”

Marcus salió de la habitación al pasillo, y Richard podía escucharle diciéndole a un lacayo que trajera a la Srta. Grandier a la biblioteca antes de regresar y quedarse a su lado. Unos momentos más tarde, la puerta se abrió de nuevo. El corazón de Richard se hinchó de alegría al ver a Helena. Era una visión en un vestido blanco que flotaba en torno a sus piernas. Era como si Dios hubiera mandado a uno de sus ángeles a cumplir con sus designios en la tierra, así de bella estaba ella. Durante un momento se le olvidó respirar.

“Marcus, el lacayo me ha dicho que me necesitabas. ¿Qué quieres que haga aquí? Los invitados van a llegar pronto,” dijo Helena mientras entraba en la biblioteca.

Richard miró mientras ella miraba la escena ante sus ojos. Con Marcus a su lado, esperó que Helena no se daría la media vuelta salir de la habitación.

En lugar de eso, se quedó rígida antes de encontrar su voz. “¿Marcus?”

“Le he concedido a Lord Evans diez minutos contigo, ni uno más,” dijo Marcus, besando la mejilla de Helena y dejándoles a solas. Helena asintió y se acercó a él. “Lord Evans, ¿qué hace aquí?”

Richard podía ver el dolor y la confusión en su rostro hermoso mientras se acercó a ella, con cuidado de no tocarla todavía. Tenía que rogarle, convencerla de su amor, y esperar que ella seguía queriéndole también. “Srta. Grandier, he venido lo más aprisa que he podido.”

“¿Dónde ha estado? Pensé que ya no quería verme,” dijo ella, su labio inferior empezando a temblar.

“Querida mía, nunca me cansaré de ti,” dijo él, estirando una mano para tomar la de ella. “Lo es todo para mí.”

Ella no se retiró, y Richard siguió.

“Fui a Surrey para visitar a mis padres, y mi padre se cayó. Estuvo gravemente enfermo y en un coma y luego sufrió una fiebre durante ocho días antes de que la fiebre remitiese. Me alegra poder decir que está mejorando al fin, pero fue agónico verle sufrir.”

“¿Fue a ver a sus padres?”

“Sí.”

“¿Por qué no me lo dijiste o mandaste un recado?”

“Sí, ciertamente debí haber hecho eso. Eso fue un mal gesto por mi parte. Si hubiera estado pensando claramente, habría explicado mi ausencia antes. Todo lo que puedo decir en mi defensa es que había mucho caos en ese momento. Estoy profundamente arrepentido por ese descuido.”

Helena sacó la mano de entre las suyas. “Podía haberme mandado un mensaje fácilmente mientras estaba allí, informándome de por qué estaba ausente de la ciudad. Me preocupé por usted.”

Richard bajó la cabeza. Esto no iba bien y se le estaba acabando el tiempo, Marcus regresaría en cualquier momento. “Confieso que me marché de Londres de prisa y en un estado mental horrible después de verte con Lord Robertson.”

“¿Lord Robertson? ¿Qué tiene él que ver con nada?”

“Les vi en el parque. Estaba paseando a mi semental nuevo en Hyde Park y pensaba en saludarla hasta que la vi mirando a Robertson con tanto arrobó. Pensé que había perdido mi oportunidad con usted y había elegido al conde en vez de mí.”

“¿Qué oportunidad? No tiene sentido lo que está diciendo.”

“Richard estaba cansado de hablar. Se quitó su abrigo manchado de barro y lo dejó caer antes de estrechar a Helena entre los brazos y besarla con todo el anhelo que había acumulado en su ser durante estos once días pasados.

Por favor, entiende lo mucho que te quiero, querida. Eres todo para mí.

Ella le apartó. “Milord, no puede besarme con tanta pasión, hacer que pierda la cabeza y se me debiliten las rodillas un momento y luego alejarse al siguiente. No puedo pasar por semejante dolor de otra vez.”

“¿Otra vez?”

“¡Los hombres son idiotas!”, exclamó ella. “Debe saber lo que siento por usted. Lo es todo para mí, pero ha estado tan distante últimamente. No entiendo sus acciones para nada.”

“Lo sé, querida mía. Solo puedo decir que soy un idiota por no confesarle mis sentimientos antes y por dudar de sus afectos. Es mi brújula, mi norte verdadero, y siempre regresaré por usted. La quiero hasta el infinito.” Le acarició la mejilla. “Es la única mujer a la que amo, y la querré con mi corazón y mi cuerpo todos los días de nuestras vidas.”

“¿Me quiere?”

“Con cada fibra de mi ser.” Se arrodilló delante de ella y se llevó la mano de ella a los labios para un dulce beso antes de decirle, “¿Me daría el honor más grande de mi vida y consentir ser mi esposa?”

Helena rompió a llorar.

No era la reacción que él esperaba.

No estaba seguro de lo que quería decir eso. ¿Le había hecho tanto daño a la mujer que quería de manera que ella no le aceptaría? Se puso en pie. “Helena, por favor, no llore.”

“Oh, ¡grandísimo tonto!”, dijo ella, golpeándole en el brazo con la mano. “Estas son lágrimas de felicidad. He esperado tanto a escuchar eso. Yo también le quiero. Le he querido desde que era solo el Sr. Ballard. No su título o tu riqueza, solo usted.”

“¿Quiere eso decir que se casaría conmigo?”

“Sí, claro que me casaré con usted.”

“¿De verdad?”

“Sí. Le amo más que el aire que respiro.”

Esta vez, Helena se acercó a él y le besó. Nunca se había sentido tan feliz y profundizó el

beso, disfrutando de la dulzura de la boca de ella. Quería hacer más que besar sus labios. Quería llevársela lejos de todos, desnudarla y besar cada delicioso centímetro de su ser.

Ella era suya, y él quería gritárselo al mundo entero.

Los dos dieron un respingo separándose cuando la puerta se abrió de nuevo y Marcus entró. “Helena, Lord Robertson ha llegado temprano y desea hablar contigo.”

Ella se fue corriendo a los brazos de su primo. “¡Marcus, estamos desposados! Lord Evans me ha pedido mano, y he aceptado. Soy tan feliz.”

Marcus fulminó a Richard con la mirada. Le miró con tanto enojo durante un momento que Richard temía que iba a retirar su aprobación del matrimonio y esperó en vilo a que hablara. “Es hora de que cumpla con las cosas, Evans,” dijo Marcus extendiéndole una mano. “Bienvenido a la familia.”

Richard suspiró con alivio. “Gracias, Everett.”

“Ahora, Helena, haré pasar a Lord Robertson, y debes contarle tu decisión. Sé suave y cortés en tu rechazo, el hombre ha sido honorable en sus tratos contigo, y no permitiré que le humilles.”

“Claro, Marcus,” dijo ella antes de volverse hacia Richard. “¿Lo entiendes, verdad, mi amor?”

Richard asintió con la cabeza. “Por supuesto. Es lo correcto. Me iré de inmediato.”

“Ve a tu casa y cámbiate de ropa y luego únete a nosotros,” dijo Marcus.

“Gracias, Everett. Lo haré de inmediato,” dijo Richard asintiendo con la cabeza. Agarró su abrigo del suelo y se marchó.

¡Lo había logrado!

Pedirle mano a la mujer que amaba.

Era el momento más glorioso de su vida cuando ella aceptó su petición.

Después de que Marcus saliera de la biblioteca para hablar con Lord Robertson, Helena dio pasos en la biblioteca, esperando que apareciera el conde. Ella nunca se había sentido más feliz, se casaba con el hombre de sus sueños, y esperaba que la tarea que le esperaba con Lord Robertson no fuese demasiado desagradable.

¿Reaccionaría mal? ¿La acusaría de jugar con sus sentimientos?

Ella no había hecho eso de manera intencionada. Sin embargo, Marcus tenía razón. Lord Robertson era un caballero honorable que no se merecía ser humillado. Incluso su madre había perdido la fe en Lord Evans y la había empujado hacia Lord Robertson.

Ella necesitaba decirle en privado su desposorio con Lord Evans de manera que él pudiera tomar la decisión de quedarse o no en el baile.

“¿Srta. Grandier? ¿Deseaba hablar conmigo?”, preguntó Lord Robertson entrando en la biblioteca y cerrando la puerta a su paso. “¿Es lo que he deseado? ¿Ha tomado su decisión?”

“Sí, milord, lo he hecho,” dijo Helena, retorciéndose las manos. Nunca se había sentido tan nerviosa en toda su vida. ¿Cómo hacer esto de manera suave?

“¿Sucede algo? Ha estado llorando.”

“Le aseguro que estoy bastante bien, Lord Robertson. Gracias por preguntar.”

Él estiró una mano para tomársela, pero ella dio un paso hacia atrás, evitándole. Sería más difícil decírselo si estaba demasiado cerca. “Lord Robertson, ha sido tan caballeroso, y he disfrutado del tiempo que pasamos juntos estas últimas semanas. Sin embargo...”

Robertson alzó la mano. “Srta. Grandier, no hace falta que diga nada más. Entiendo. ¿Es Lord Evans el dueño de su corazón?”

“¿Lo sabía?”

“Creo que casi todo el mundo sabía que tenía sentimientos por Lord Evans. Estaba esperando poder ganármela, pero veo que he fracasado en eso. ¿Se ha decidido ya y pedido su mano?”

Helena asintió. “Lo ha hecho.”

Robertson pareció desinflado, sus hombros cayendo un poco antes de enderezarse y decirle, “Entonces le deseo felicidad, Srta. Grandier. He disfrutado de nuestro tiempo juntos también y le deseo todo lo mejor.”

“¿Qué? ¿Y alejarme como un perro herido? Querida, me hiere en el amor propio. No le daré a la gente la satisfacción de verme marchar temprano esta noche. Me quedaré a disfrutar.”

“Oh, Lord Robertson, lo último que quisiera sería invitar el escándalo en su buen nombre. El desposorio no se anunciará esta noche si eso le consuela algo. Gracias por su comprensión y sus buenos deseos.”

Él rio. “Srta. Grandier, será un honor quedarme. No se preocupe más por mi bienestar.”

Helena se puso de puntillas y le besó en la mejilla. “Gracias, Lord Robertson. Espero que algún día encuentre el amor de su vida y sea tan feliz como lo estoy yo.”

“Yo también, querida dama,” dijo él. Si me disculpa ahora, regresaré a la sala de baile ahora y firmaré algunas tarjetas. Quién sabe qué dama me gustará.”

Después de que Lord Robertson se marchó de la biblioteca, Helena quería dar un gritito de alegría. Estaba prometida al hombre que le había robado el corazón esas semanas pasadas. Esperó que él no quisiera un noviazgo largo. Estaba cansada de esperar a estar con él.

Cuando la puerta se volvió a abrir, Marcus estaba allí para acompañarla a la sala de baile. “Oh, Marcus, soy tan feliz. Le dije a Lord Robertson que no se anunciaría ningún desposorio esta noche y él se ha avenido a quedarse.”

“Eso está bien. Estoy de acuerdo en que anunciarlo no sería lo mejor en este momento, aunque soy muy feliz por ti, querida. Vayamos a recibir a nuestros invitados. Están empezando a llegar.

Helena no pudo borrar la sonrisa de su cara mientras saludaba a sus invitados.

No mucho más tarde, Lord Evans estaba en la puerta de la sala de baile vestido elegantemente de negro, robándole el aliento a ella. Era tan devastadoramente guapo. Parecía un pecado concederle tanta belleza a un hombre, pero ese hombre hermoso, generoso y maravilloso era suyo y solo suyo.

Se acercó a ella inclinándose por encima de la mano de ella. “Buenas noches, Srta. Grandier.”

Helena hizo una reverencia. “Buenas noches, Lord Evans. Es un placer verle esta noche.”

Ella sabía que las cabezas se habían girado cuando Lord Evans había aparecido esta noche, de manera que se aseguró de saludarle con formalidad, aunque quería correr a sus brazos y besarle.

“Srta. Grandier, ¿le gustaría dar una vuelta por la sala?”, preguntó él, extendiéndole un brazo.

Caminaron por el borde del salón saludando a invitados a su paso. Cuando llegaron a las puertas de cristal que daban al balcón, él les guió hacia fuera.

Una vez que llegaron a un rincón recóndito, ella se abalanzó a sus brazos y le besó.

Cuando finalmente se separaron, los dos estaban sin aliento. “Creo que es hora, ya que me llames Richard, ¿no te parece?”

Helena sonrió. “Te llamaré lo que quieras mientras que sea marido.” Richard la besó de

nuevo, y cuando ella gimió, él profundizó el beso, haciendo que el cuerpo de ella ardiera. “Por favor, no me digas que quieres un noviazgo largo,” dijo ella entre besos.

“No, no quiero. No puedo esperar a llamarte esposa. Conseguiré una dispensa especial y podemos hablar de qué día casarnos.”

“Me encantaría eso.”

Richard le ofreció el brazo. “Aunque me gustaría quedarme aquí afuera, me encantaría, mi querida dulce Helena, lucir a mi desposada. ¿Cuándo podemos anunciarlo?”

“¿Y si lo anunciamos la semana que viene?”

“Perfecto.”

Capítulo 15

Cuando Richard y Helena entraron en el salón de baile cogidos del brazo, la gente estiraba el cuello para verles pasar. Richard asintió con la cabeza y sonrió a una serie de personas, pero no se detuvo para charlar con nadie y llevó a Helena directamente a Marcus. Abigail y Julia estaban a su lado y la madre de Helena no parecía estar muy contenta de verles juntos.

“Lord Evans, veo que está de vuelta en la ciudad,” dijo Julia. “¿Han pasado casi dos semanas desde que supimos de usted?”

Richard se inclinó. “Lady Everett, me disculpo por mi ausencia. Una emergencia familiar me mantuvo lejos de Londres.”

Esa explicación apaciguó un tanto a la madre de Helena. Aquí en el baile no era el momento ni el lugar para abundar en detalles, especialmente con todo el mundo en la sala escuchando cada palabra que se decía. Richard estaba decidido a no dejar que la dolencia de su padre fuese la comidilla de todos. Lady Everett iba a tener que esperar para recibir una explicación más detallada a un momento privado.

Abigail le sonrió a Helena. “Querida, ¿eres feliz?”

Helena asintió con la cabeza. “Soy tan feliz.”

Marcus indicó a la orquesta que dejara de afinar sus instrumentos mientras los lacayos iban recorriendo la sala con bandejas de champán. “Buenas noches a todos. Gracias por venir esta noche. Espero que disfruten de la velada. Ahora, que empiece el baile.”

La gente se quedó callada. Algunas personas miraban a Helena, Lord Evans y Lord Robertson, que estaba a un lado, lejos de la familia, claramente pensando que el anuncio sería sobre el desposorio entre Robertson y Helena.

El momento de silencio parecía durar una eternidad antes de que Lord Robertson alzara su vaso diciendo, “¡Que empiece el baile!”

Luego, las personas formaron parejas para el primer baile. Las expectativas de los invitados para el anuncio de un desposorio se había pasado, pero seguían los susurros sobre la razón por la cual no se había hecho ningún anuncio.

Julia le susurró a su oído. “Mi querida Helena, espero que hayas elegido bien. Las personas están murmurando.”

“Mamá, no hay ningún escándalo. No te preocupes por eso. Richard es el hombre perfecto para mí. Le quiero con todo mi corazón y él me ama a mí.”

Julia la besó en la mejilla. “En ese caso, me alegro mucho por ti. El amor es una cosa maravillosa, y no hay muchos matrimonios en sociedad que sean de amor.” Soltó a Helena y se volvió hacia Richard. “Lord Evans, espero que cuide de mi hija.”

Richard asintió. “Lady Everett, será un honor para mí. A su hija no le faltará nada, incluso todo el amor que pueda darle el resto de mi vida.”

Lord Spenser y la Srta. Weston fueron de los primeros invitados en acercarse a ellos. Lydia apretó la mano de Helena. “¿Estás desposada?”, le preguntó en un susurro.

Helena asintió con la cabeza. “Estoy tan contenta, pero no se va a anunciar hasta la semana que viene. Gracias por ser mi amiga.”

“Siempre.”

Richard y George se desplazaron a un rincón más discreto antes de que George le diera una palmada en la espalda a Richard. “No pensé que llegarías esta noche. Casi no pudo ser,

¿verdad?”

Richard rio. “La lluvia casi me lo impidió. Solo fue porque iba a lomos de Vertus que pude llegar aquí a tiempo. Ese semental vale su peso en oro. Debí haberte hecho caso y declarado mis intenciones hace semanas. Juro hacerte caso de ahora en adelante.”

“Como deberías, amigo mío,” dijo George riendo.

La orquesta empezó a tocar el primer vals de la noche, y Richard se acercó a Helena. “Milady, creo que este baile es mío.” Dijo Richard, extendiendo una mano.

“Todos mis bailes son tuyos,” dijo ella sonriéndole.

Él la estrechó entre sus brazos y la guió de manera experta por la pista de baile. “Estoy tan contento, querida; una vida sin ti no sería vida para nada,” susurró. Helena le miró con tanto amor en los ojos que él casi tropezó. Se estaba casando con la chica más hermosa que había visto, y quería besarla delante de todos. En lugar de hacer eso, le susurró al oído. “No puedo esperar a verte desnuda ante mí. Voy a besar cada centímetro de tu deliciosa piel y venerar tu exquisito cuerpo hasta que grites mi nombre.”

Helena se equivocó en un paso, y el rubor en su cara le decía a él que ella también había estado pensando en su noche de bodas. “Lord Evans, no puedes decirme semejantes cosas en público.”

Él miró a su alrededor y vio que George y la Srta. Weston se habían unido al baile. “Nadie me está escuchando, querida mía. Lord Spenser y la Srta. Weston hacen buena pareja. Parece que me he perdido bastante mientras estuve ausente.”

“No estoy segura si ellos han creado un vínculo, pero me he dado cuenta de que Lord Spenser le ha pedido un baile a mi amiga en todos los bailes a los que han asistido juntos desde que fueron presentados.”

“Hm... eso es interesante. Lord Spenser me ha dicho en numerosas ocasiones que no tiene intención de casarse pronto.”

Helena rio. “Querido, ¿no es eso lo que tú decías al comienzo de la Temporada?”

Richard la hizo girar en la pista de baile. “Sí. Qué idiota era.”

“Entonces serás mi idiota, hombre bello y querido.”

Después del vals, Richard y Helena se reunieron con la familia de ella. Lord Robertson se acercó a ellos. “Evans, aprecio que no anunciara el desposorio esta noche,” dijo él.

Richard asintió. “Nunca haría nada para dejarle en evidencia. Tenemos intención de anunciar nuestro desposorio la semana que viene.”

Robertson se volvió hacia Helena. “Bueno, Srta. Grandier, ¿me concedería un baile esta noche? ¿Hacemos que sigan adivinando todos?”

Richard rio. “Me gusta cómo piensa, Robertson.”

Helena miró a Richard, que movió la cabeza con aprobación. “Me encantaría, milord,” dijo ella con una sonrisa preciosa.

Richard no tuvo problema en conceder la petición de Robertson. El hombre tenía una idea muy buena lidiando con la falta de anuncio de desposorio esta noche, y esta era la manera perfecta para demostrar a toda la sociedad que Helena no había elegido todavía. No habría escándalo para el nombre de ninguno de ellos cuando se anunciara al fin el desposorio.

El baile fue un gran éxito a tenor de lo tarde que se quedaron los invitados. Cuando todo terminó al fin, y todos los invitados se habían marchado, Richard estaba en el salón con Helena, su madre, Marcus y Abigail.

Marcus repartió copitas de coñac a todos y alzó su vaso. “Bueno, esto ha sido una velada un tanto poco ortodoxa, pero todo lo que importa es que Helena y Evans son felices juntos.”

Richard estaba sentado en el sofá con Helena, y se volvió hacia ella. “Querida mía, me has hecho ser el más feliz de los hombres. Te quiero con todo mi corazón.”

“Y yo te amo a tí,” dijo ella, bebiendo un sorbo de coñac. “Marcus, nos gustaría anunciar nuestro desposorio la semana que viene.”

Julia dejó su vaso encima del aparador. “Yo quisiera una explicación, Lord Evans, antes de que se anuncie nada. Aunque mi hija parece haber perdonado su ausencia estos últimos quince días, yo no. Le ha causado un malestar indebido, y no me gustó verlo.”

“Lady Everett, me disculpo por eso,” dijo Richard. Luego le contó al grupo todos los detalles sobre la caída de su padre y fiebre y coma subsiguientes. Explicó que le llevó más tiempo del que había creído para contratar a los empleados para ayudar a sus padres con la propiedad, y luego cómo la lluvia demoró su regreso otro día y medio más. “Créanme cuando digo que habría venido andando en la lluvia el barro para estar con Helena. Solo fue debido a los ruegos de mi madre diciéndome que no era seguro viajar, que yo esperé hasta hoy para regresar. Aun así, los caminos enfangados casi me sobrepasaron.”

“Entiendo,” dijo Julia. “Espero que su padre se recupere por completo, y he de decir, que me gusta mucho cómo cuida de sus padres. Dice mucho de usted.”

Richard la miró con una sonrisa traviesa. “¿Quiere decir eso que me ha perdonado también, Lady Everett?”

Julia intentó, sin lograrlo, ocultar su sonrisa. “Sí, supongo que sí, aunque no habría hecho daño, mandar un recado explicando la situación. Aunque aborrezco haber visto a mi hija tan alterada estas semanas pasadas, entiendo la emergencia que le retuvo. Cómo vamos a ser familia pronto, por favor, llámame Julia.”

“Sí, eso fue muy negligente por mi parte, y me disculpo sinceramente por ese descuido. Me honrará ser parte de la familia,” dijo él.

“Evans, espero verte mañana para hablar de los acuerdos matrimoniales,” dijo Marcus.

“Por supuesto. ¿Estará bien después de comer?”

Marcus asintió y se puso en pie, tendiéndole la mano a Abigail. “Y ahora, he de acostar a mi querida esposa. Ha sido una noche larga.”

Richard sabía que le estaban despidiendo y se puso en pie también. “Te veré mañana, mi amor,” le dijo a Helena, besándole la mano. “Buenas noches a todos.”

Cuando se despidió de todos, Richard salió de la casa Everett sintiéndose el hombre más afortunado del mundo. Iba a casarse con la chica de sus sueños. Tenía que mandarle una nota a toda prisa al Sr. Poole para que se reuniera con él en la Casa Everett para redactar los acuerdos matrimoniales. Tenía intención de ser muy generoso con Helena y crear una cuenta para ella para su uso particular, además de una pensión de viudedad generosa por si fallecía antes que ella. No quería que a ella o cualquier hijo que tuvieran les faltara de nada, especialmente si no tenían un varón que pudiera heredar el título.

También tenía que consultar con George acerca del procedimiento para conseguir una licencia especial porque nunca había pensado en ello antes. Estaba dispuesto a caminar por encima de ascuas ardiendo para conseguir la licencia para poder casarse con la chica de sus sueños, preferiblemente antes que después.

Después de que Marcus acompañara a Abigail al piso de arriba, Helena se quedó a solas con su madre. Julia se unió a ella en el sofá y la tomó de las manos. “Querida mía, puedo ver la felicidad brillando en tus ojos, y siento haberte empujado hacia Lord Robertson.”

“Mamá, lo sé. Sin embargo, amo a Richard. Le he amado desde que era sólo el Sr. Ballard.”

Julia movió la cabeza. “Sospeché eso. Yo solo intentaba ayudarte a conseguir la mejor pareja. Comprendes eso, ¿verdad?”

“Lo sé, pero no me importa un gran título. Richard siempre ha sido el hombre para mí.”

“Tengo que contactar con el vicario y ver si la Iglesia de St. George está disponible. Será la boda más grandiosa de la Temporada. Oh, y tenemos que ir a ver a la Sra. DuBois lo antes posible. Vas a necesitar un vestido nuevo para tu boda.

Helena apretó las manos de su madre. “Mamá, para por favor. Richard y yo queremos casarnos lo antes posible. El anuncio saldrá la semana que viene y los dos creemos que hemos esperado lo suficiente para estar juntos. Ninguno de los dos queremos una gran boda de Sociedad.

“¿Estás segura? ¿Qué pensará la gente de una ceremonia rápida? Van a pensar que te has visto comprometida.”

“Que piensen lo que quieran, como hacen siempre. No me importa nada su cotilleo. Quiero casarme con Richard lo antes posible.”

Su madre suspiró. “Veo que ya te has decidido. ¿Quizás otra semana después del anuncio de desposorio estaría bien?”, preguntó.

“Por supuesto, Mamá, eso sería muy aceptable.”

“¿Y el vestido?”

“Llevaré el vestido de seda azul con la capa de encaje por encima. Richard no ha visto ese vestido.”

Julia asintió. “Siempre estás muy hermosa vistiendo de azul. Es la elección perfecta.”

Helena besó la mejilla de su madre. “Buenas noches, Mamá. Estoy muy cansada. Podemos hablar más por la mañana.”

“Buenas noches, querida mía. Descansa.”

Capítulo 16

Después de solo unas pocas horas de sueño, Richard estaba vestido y trabajando en su estudio, esperando a que llegara su abogado. Intentó leer algunos informes de sus bienes, pero su mente se distraía con la felicidad de su querida en el desposorio.

Casi había perdido el tesoro de su vida a causa de sus dudas y temores. George se había dado cuenta de que quería a Helena muy al principio, y aunque Richard lo había negado en su día, su corazón sabía que era Helena la destinada a ser su pareja del alma. Tenía que haber escuchado a su amigo y no perder tanto tiempo negándose tiempo en compañía con Helena.

Se quedó entristecido al saber que sus padres no iban a poder venir a su boda en Londres. La salud de su padre era todavía demasiado precaria, y sería un viaje demasiado extenuante. Tomó un pedazo de pergamino y les escribió un largo mensaje, contándoles su desposorio y boda inminente, prometiéndoles llevar a Helena verles pronto. Secó la nota antes de doblarla y sellarla con lacre y su blasón antes de pedirle a Wright que lo enviase hoy.

Dentro de una hora, el Sr. Poole estaba sentado en su despacho. “Milord, ¿tiene algo que necesite hoy específicamente?”

“Sí. Estoy desposado con la Srta. Helena Grandier y deseo hablar de lo que normalmente incluyen los acuerdos matrimoniales.”

“Por supuesto, milord,” dijo el Sr. Poole, explicando las cosas básicas que tenían que ver con los acuerdos.

“Creo que haré caso a Lord Everett en estos temas.”

“¿Desearía algo estipulado en la dote de la Srta. Grandier?”

“No necesito su dote, Sr. Poole,” dijo Richard.

“¿Le puedo sugerir que ofrezca colocar el dinero en un fondo para cualquier hija que pueda tener? De esa manera, siempre Habrá dinero disponible para ellas.”

“Una idea excelente. ¿Es eso todo?”

“No me viene a la mente más cosas de momento. Veremos lo que Lord Everett quiera incluir también, y luego redactaré el acuerdo final.”

Richard se puso en pie y le extendió una mano. “Gracias, Sr. Poole. Le veré en Casa Everett a la una hoy.”

El Sr. Poole le dio la mano. “Muy bien, milord. Asistiré.”

Después de que se marchara el Sr. Poole, Richard se fue en busca de la Sra. Campbell. El ama de llaves había hecho una gran tarea, asegurándose de que la casa había sido limpiada a fondo antes de que él se mudara a ella, pero quería que las habitaciones de la marquesa estuvieran impecables. Dejaría que Helena se encargara de la decoración para que ella pudiera elegir el color y las telas de su lugar de recogimiento privado.

No pensó que la cama en su suite sería usada mucho, ya que deseó que ella quisiera pasar las noches entre sus brazos, pero cedería en los deseos de ella.

Tantas decisiones, qué tomar.

Pero felices

“Ah, Sra. Campbell, aquí está,” dijo él.

“Lord Evans, ¿necesita algo?”, dijo su ama de llaves.

“Sí. Quería asegurarme que los aposentos de la marquesa estén listos para la llegada de mi prometida.”

El ama de llaves asintió con la cabeza. “Por supuesto, milord. Haré que las criadas limpien y ventilen a fondo las habitaciones.”

Richard movió la cabeza. “Gracias,” dijo él yendo al comedor. De repente se sentía hambriento y deseoso de una de las suntuosas comidas de la Sra. Henderson.

Después de almorzar, Richard se fue a la Casa Everett. Cuando llegó, el Sr. Poole le esperaba afuera.

Richard hizo un gesto, y los hombres subieron los escalones juntos.

Daniels abrió la puerta antes de que ellos llamaran. “Caballeros, se les espera,” dijo, desplazándose a un lado para dejarles entrar antes de guiarles al estudio del vizconde. “Lord Evans y su abogado,” anunció el mayordomo.

Marcus estaba sentado ante su escritorio, y cuando entraron los hombres, se puso en pie. “Caballeros, por favor, tomen asiento,” dijo señalando las sillas delante de su escritorio. Había otro hombre sentado cerca del escritorio. “Este es el Sr. Nelson, mi abogado.”

Richard presentó al Sr. Poole, y todos se sentaron. “¿Dónde está Helena?” preguntó él.

“¿Helena?”, preguntó Marcus, claramente confuso ante la pregunta de Richard,

“Ella debería estar aquí. Estamos hablando de su futuro después de todo.”

“Lord Evans, eso es muy poco corriente,” dijo el Sr. Nelson.

Richard fulminó con la mirada al abogado. “Poco corriente o no, yo quiero a mi prometida aquí.”

Marcus asintió y tiró de la campanilla. Daniels apareció casi de inmediato.

“Milord, ¿necesita algo?”

“Sí. Por favor, haga que la Srta. Grandier se reúna con nosotros.”

“Ahora mismo, milord.”

Cinco minutos más tarde, Helena entró en la habitación viendo a todos. “Lord Everett, ¿Has llamado para que venga? ¿Hay algo mal?”

Richard se puso en pie y se llevó la mano de ella a sus labios para un dulce beso. “Para nada, querida. Estamos hablando de nuestro futuro y quiero que seas parte de la discusión.”

“¿Sí?”

“Por supuesto, ¿somos socios en vida, no?” preguntó Richard.

Helena sonrió, la sonrisa especial que se guardaba solo para él. “Siempre, amado mío.”

Richard la guió hacia una silla, y luego repasó algunas de las sugerencias del Sr. Poole.

“Evans, me agradan tus sugerencias. Esos son términos generosos. Me gustaría sugerir unas cuantas más,” dijo Marcus.

“Lo que mi querida desee será suyo,” contestó Richard. Se volvió hacia Helena. “¿Hay algo más que te gustaría añadir, querida?”

Las lágrimas le anegaron los ojos a Helena. “Mi amor, has pensado en todo. Es una bendición casarme con un hombre tan generoso.”

“Tu dote se guardará en un fondo para nuestras hijas.”

“¿Sí? Pensé que querías que se añadiera a tu cuenta.”

Richard sacudió la cabeza. “No la necesito. Se debe guardar para nuestros hijos venideros.”

Marcus cambió unos pocos detalles antes de que se marcharan los dos abogados para redactar los documentos. Los documentos finales del acuerdo llegarían en unos pocos días. “Helena querida mía, deberás ser bien provista.

“Everett, ¿puedo pedir un favor?”, preguntó Richard.

“Claro. ¿Qué necesitas?”

“Necesito conseguir una licencia especial, pero no sé el procedimiento. Le iba a preguntar a

George, pero esperaba que tú lo supieras.”

“Me alegraré acompañarte a Doctors Common para conseguirla. El Arzobispo de Canterbury tendrá que aprobar la licencia. ¿Está bien mañana por la mañana?”

“Sí. Gracias,” dijo Richard.

“Una vez que se aprueba la licencia especial, puedes casarte donde quieras. ¿Has decidido la fecha de la boda?”

Richard sacudió la cabeza. “No he tenido una oportunidad para hablar con mi preciosa prometida acerca de ello todavía, pero ninguno de los dos queremos un noviazgo largo.”

Helena descansó una mano en su brazo, “¿Estaría bien dos semanas, querido?”

Richard quería gemir. Otras dos semanas sin Helena en su cama le iban a volver loco, pero asintió. “Claro. Lo que desees.”

“Marcus, ¿Nos podemos casar en el jardín?”

Era el turno de Marcus para quedarse sorprendido. “¿Quieres casarte aquí y no en St. George’s?”

“No es necesaria una gran boda,” dijo Helena, girándose para mirar a Richard. “Quiero casarme con este hombre en cuanto podamos, y este jardín es muy especial para nosotros.”

“Entiendo. Por supuesto, os podéis casar en el jardín,” dijo Marcus.

“Me alegro de que todo se haya decidido, aunque he de reconocer que las dos próximas semanas me van a parecer una eternidad,” dijo Richard.

“Irán más deprisa de lo que piensas,” dijo Helena con una sonrisa radiante.

“Querida, ¿te gustaría una visita a Casa Evans? He de advertirte que hará falta bastante redecoración para dejarla a tu gusto.”

“Me encantaría. Déjame ir a por mi bonete y mis guantes.”

Era un precioso día de junio, el sol brillaba y había una leve brisa refrescando el aire. Cuando Helena llegó al vestíbulo, Richard le preguntó. “¿Te gustaría ir andando? No está lejos.”

Helena asintió. “Me encantaría,” dijo ella, tomándole del brazo mientras los dos salían por la puerta, encaminándose a Casa Evans.

Richard miró la cara de Helena a medida que la Casa Evans se veía.

“Oh, Richard. Es bastante bonita.”

“Reconozco que está mejor ahora que he contratado a un jardinero. Los terrenos estaban bastante mal la primera vez que vi la propiedad,” dijo él, guiándola por los escalones.

Wright abrió la puerta antes de que él llamara.

“Buenos días, Wright. Esta es la Srta. Grandier, mi desposada.”

“Encantado de conocerla, milady,” dijo Wright inclinándose ante ella.

“Wright, haz que la Sra. Campbell se reúna con nosotros en el salón,” dijo Richard.

“Ahora mismo, milord.”

Richard guió a Helena al salón. “Está un poco desusado, pero quédate tranquila, lo que gustes hacer en la habitación estará bien por mí; no solo esta habitación sino que supongo que toda la casa necesita ser redecorada.”

“¿Me dejarás redecorarlo todo?”

Richard depositó un dulce beso en sus labios. “Sí. No tengo cabeza para estas cosas. Haz como gustes.”

La Sra. Campbell entró en la habitación. Era una mujer sensata y eficiente, y a él le gustaba su pericia en gestionar la casa. Él solo deseó que ella y Helena se llevaran bien. Odiaría tener que buscar otra ama de llaves.

“Lord Evans, ¿deseaba verme?”, preguntó ella.

“Srta. Grandier, esta es el ama de llaves, la Sra. Campbell. Sra. Campbell, su nueva ama.”

“Sra. Campbell, es un placer conocerla. Espero poder avalarme de su pericia al ir renovando la casa,” dijo Helena con una sonrisa.

La Sra. Campbell hizo una reverencia. “Por supuesto, milady. Será un placer para mí ayudar como sea preciso.”

Richard no tenía que haberse preocupado, el estilo suave de Helena había conquistado a su ama de llaves con unas pocas frases. Mientras recorrían la casa, Helena le daba instrucciones a la Sra. Campbell sobre la pintura y los textiles que quería para cada habitación. La Sra. Campbell hizo unas cuantas sugerencias que Helena aprobó.

“Contactaré con los comerciantes lo antes posible, milady,” dijo la Sra. Campbell después de que recorrieran los dormitorios.

“Que empiecen con las habitaciones de la marquesa,” dijo Richard. “Quiero que mi querida esposa esté cómoda en su nuevo hogar.”

La Sra. Campbell asintió, tomando unas últimas notas. “Sí, Lord Evans,” dijo ella, dejando a Richard y Helena a solas en el dormitorio de él.

“Querida, tendrás tu propia habitación, pero espero que quieras pasar tus noches entre mis brazos.”

Helena sonrió. “No hay nada que me gustaría más, mi amor,” dijo ella, besándole.

Richard profundizó en el beso antes de dar un paso atrás. “Querida, si no nos paramos ahora, vamos a anticipar nuestros votos de matrimonio. Quizás sea mejor que te devuelva a la casa Everett.”

“Querido, con todo lo que me agradaría quedarme aquí contigo, he invitado a la Srta. Weston a casa para merendar. ¿Te gustaría unirse a nosotras y quizás traer a Lord Spenser contigo?”

“Hmm... una idea excelente. Iré a verle en cuanto te haya acompañado a casa.”

Más tarde ese día en la merienda, Helena estaba sentada con su madre, Marcus, Abigail y Lydia. Había mucho qué hablar sobre los preparativos de la boda, pero ella quería esperar a que Richard y posiblemente Lord Spenser, aparecieran.

No tuvo que esperar mucho a que anunciaran a su diabólicamente guapo marido y a Lord Spenser.

Ellos fueron seguidos por una criada que entró con una bandeja de té y Helena sirvió las tazas. “Lord Spenser, me alegro de que haya podido unirse a nosotros hoy.”

George asintió. “Gracias por la invitación, milady.”

“Evans, querido, ahora que estamos todos aquí, se me ha ocurrido que podríamos hablar de los arreglos para la boda.”

“Por supuesto. Lo que quieras.”

“Mi marido me dice que desean casarse aquí en la Casa Everett,” dijo Abigail.

Tener la boda en la casa sería mucho más sencillo, especialmente ya que Marcus se preocupaba por la salud de Abigail. Él no había ocultado que quería llevarse a Abigail de vuelta al campo lo antes posible. El aire de Londres no era saludable para ella y el bebé.

Helena estiró una mano para tomar la de Richard. “Sí, el jardín será perfecto para una boda de familia. No deseamos una gran boda de sociedad.”

Miró a su amiga y luego a Lord Spenser. “Estamos esperanzados de que la Srta. Weston y Lord Spenser sean nuestros testigos.”

Lydia dio palmadas. “Oh, Srta. Grandier, me encantaría.”

George asintió. “Sin duda. Sería un honor.”

“Me alegro tanto. Gracias a los dos. ¿Les vendría bien el jueves de dentro de dos semanas?”

Lydia y George asintieron con la cabeza.

Durante la siguiente media hora, se comentaron los planes de la boda, y todos estaban contentos con los arreglos para cuando terminó la merienda.

En dos semanas ella se casaría con el hombre al que adoraba. Iba a ser las dos semanas más largas de su vida. Richard tenía razón en eso. Después de que sus invitados se fuesen y su madre acompañó a Lydia al piso de arriba para descansar antes de la cena, Marcus la cogió de la mano.

“Gracias por hacer que esta boda sea pequeña,” dijo él. “Abigail no diría nada nunca, pero estoy más preocupado que nunca por su salud. Está mucho más grande que con nuestro hijo y puede que tenga gemelos otra vez. Se cansa mucho más fácilmente que antes estos días.”

“¿Gemelos? ¿Sabe Abigail lo que piensas?”

“No lo hemos hablado, pero conozco a mi mujer, ella nunca admitiría sentirse mal.”

“Entiendo. ¿Por qué no hago que Mamá envíe nuestras disculpas a las invitaciones que hemos aceptado durante las próximas dos semanas para que Abigail pueda estar totalmente descansada para la boda?”

Marcus la besó en la frente. “Gracias, querida. Aprecio tanto tu generosidad.”

“Marcus, yo haría lo que fuera por tí y Abigail y ciertamente no deseo agravar tu malestar o poner en peligro la salud de Abigail.”

“Gracias, Helena. Iré a ver cómo está Abigail ahora. Te veré en la cena,” dijo su primo, dejándola a solas en el salón.

Mientras ella había estado revolviéndose en su propia miseria durante estas dos semanas pasadas, no se había dado cuenta del malestar de Abigail y se sentía abochornada por su despiste. Abigail había sido una confidente maravillosa para ella y, numerosas veces, le había aconsejado tener fe en Richard. Había estado correcta ella sola, y Helena juró que sería más consciente de otras personas en adelante.

Quería que todos estuvieran tan embriagadoramente felices como lo estaba ella.

Capítulo 17

Aunque la boda iba a ser pequeña y celebrarse en Casa Everett, había muchas cosas que hacer. Se necesitaba pedir flores, enviar invitaciones, decidir la comida del desayuno de bodas. Su madre y Abigail la ayudaron con las decisiones, y ella agradecía su ayuda.

“Helena, querida, ¿estás lista para ir de compras?”, preguntó Julia entrando en la habitación de Helena dos días después del baile.

“Sí, Mamá. Estaré lista en cuanto recoja mis guantes y mi bonete.”

Las damas bajaron las escaleras y salieron por la puerta. El lacayo las ayudó a subir antes de subirse él a la parte de atrás.

El conductor sacudió las riendas y se fueron.

“Necesitamos parar en la tienda de la Sra. DuBois,” dijo Julia.

“Mamá, te dije que iba a vestir el vestido azul de seda para la boda.”

Julia le dio palmaditas en la mano. “Querida mía, sé de tus preferencias, pero esto es para tu noche de bodas.”

Helena se ruborizó ante la mención de esa noche. Había estado pensando en ello aunque no sabía qué tenía que esperar. “Mamá, estoy nerviosa.”

“No hay necesidad de estar nerviosa. Confía en tu marido, él sabrá guiarte. Lord Evans te quiere, y él hará que tu noche sea muy agradable.”

“¿Y si le desagrado?”

“Querida mía, con la manera en que te mira Lord Evans, no hay nada que puedas hacer para desagradarle.”

“¿Estás segura?”

“Sí. Aunque hay un poco de dolor al comienzo, tu cuerpo sabrá responder. Relájate y disfruta de sus atenciones. No hay nada más maravilloso que estar con el hombre al que amas.”

“¿Era así para ti y Papá?”

Helena se inclinó y besó a su madre en la mejilla. “Gracias, Mamá. Eso me alivia la mente en gran medida.”

“Vas a tener una vida maravillosa con Lord Evans. El hombre está perdidamente enamorado de ti. Me sorprende que la habitación no arda en llamas cada vez que te mira.”

El carruaje se detuvo ante la tienda de la modista, y el lacayo abrió la puerta antes de ayudarlas a descender.

“Buenos días, Lady Everett, Srta. Grandier,” dijo la modista cuando entraron.

“Buenos días, Sra. DuBois,” dijo Julia. “El anuncio saldrá pronto. Tenemos felices noticias que compartir: Helena se casa con el Marqués de Evans.”

La Sra. DuBois dio palmadas. “¡Qué maravilloso! Le deseo mucha felicidad, Srta. Grandier. ¿Cuándo es la boda? Voy a necesitar tiempo para crear un vestido espectacular para su día especial.”

“Para la boda, pienso llevar el vestido de seda azul con encaje que me hizo para esta Temporada,” dijo Helena. “Es uno de mis favoritos, y todavía no me lo he puesto.”

“Sra. DuBois, lo que necesitamos es un camisón para su noche de bodas,” dijo Julia.

“Por supuesto. Si me disculpan, tengo la prenda perfecta, dijo la Sra. DuBois con una sonrisa de complicidad, desapareciendo en la habitación del fondo.

“Mamá, ¿crees que la Sra. DuBois está decepcionada porque no me va a hacer un vestido

nuevo para la boda?”

Julia sacudió la cabeza. “Para nada, especialmente ya que supone que vendrás a ella para cualquier cosa que te haga falta en tu vestuario después de tu boda. Tener a una marquesa como clienta debe ayudar mucho a su negocio.”

“Claro. Me encanta sus creaciones.”

La Sra. DuBois salió de la habitación trasera con el camisón más hermoso que Helena había visto nunca. El lino delicado era casi transparente, y ella se ruborizó cuando lo vió. “¿Qué le parece, Srta. Grandier? Hay un batín que hace juego.”

Helena estiró las manos para tomar la prenda que era suave como la seda entre sus manos. “Es absolutamente perfecto. Este encaje en el corpiño es precioso.”

Julia asintió. “Lo es. Gracias, Sra. DuBois. Nos llevaremos el batín además de unos cuantos camisones más.”

La modista asintió. “Eso no será un problema. Puedo mandárselos el martes que viene.”

“Eso es perfecto,” dijo Helena. “Muchísimas gracias, Sra. DuBois.”

“Por supuesto, milady. Será un placer para mí vestir a la Marquesa de Evans.”

Las mujeres salieron de la tienda y se fueron a Bond Street para comprar guantes, bonetes y unos botines nuevos, llegando a casa a la hora de la merienda.

“Habéis venido ya,” dijo Abigail cuando ellas entraron en la salita.

“Oh, Abigail, hemos comprado el camisón más hermoso de la Sra. DuBois.”

Helena vio que Marcus y Abigail compartían una mirada. Ella no sabía lo que significaba, pero le encantó la manera en que ellos compartían una comunicación secreta que solo ellos entendían. Ella esperó tener esa cercanía con Richard.

“¿Qué vestido piensas llevar en el baile Campbell mañana por la noche?” preguntó Abigail mientras servía el té.

“Le he pedido a Mamá que mande nuestras disculpas por invitaciones en las siguientes semanas antes de la boda. Estoy bastante cansada, ya que esta Temporada ha sido un revuelo, y quiero disfrutar de todos los preparativos para mi boda.”

Abigail miró a Marcus, su displacer evidente.

Él alzó las manos como rindiéndose. “Querida, no he tenido nada que ver con la decisión de Helena. Ella me contó sus deseos cuando vinieron Lord Spenser y la Srta. Weston para hablar de los detalles de la boda.”

“¿Es eso cierto, Helena, o es que Marcus te pidió cancelar las actividades por mi bien?”

“Para nada, Abigail. Marcus no ha tenido nada que ver. La decisión fue mía y solo mía. Francamente, he tenido suficientes eventos de alta sociedad. Nuestro baile fue la cima de la Temporada, y estoy bastante contenta con relajarme y disfrutar de los preparativos de la boda. Además, tengo mucho qué hacer con toda la redecoración de Casa Evans.”

Esa explicación pareció calmar a Abigail, y Helena se alegró. Su cuñada parecía cansada estos días. Además, Helena sí que iba a estar ocupada con las renovaciones de su nuevo hogar, de manera que no le había mentido a Abigail.

“¿Os gustaría un recorrido de la Casa Evans?” Preguntó Helena, mirando entre Julia y Abigail

Las dos mujeres asintieron, y el pique que Abigail había sentido por las actividades canceladas parecía disiparse con la anticipación de ver la casa nueva.

Durante las dos semanas siguientes, Helena pasó tiempo en Casa Evans, supervisando las renovaciones y también con Lydia. Estaba tan agradecida a Mercy por presentársela al comienzo

de la Temporada. Lydia se había convertido en una querida amiga, y Helena no sabía cómo habría podido pasar la Temporada sin su amor y apoyo.

Era su última merienda juntas antes de la boda. “¿Cómo van las cosas con Lord Spenser?” le preguntó Helena. “Espero que puedas entender por qué tuvimos que cancelar nuestras invitaciones estas últimas dos semanas.

“Por supuesto. Lord Spenser es el mismo hombre encantador de siempre,” dijo Lydia con un suspiro.

“¿Estás desarrollando sentimientos por él?”

“Sí, pero no estoy segura de que quiera estar con él más, especialmente si él no siente lo mismo que yo.”

“Algunos caballeros tardan más en reconocer sus sentimientos que otros. Fíjate en mi querido Evans, por ejemplo.”

Lydia rio. “Sí. Eso es cierto, aunque espero que si me desposo algún día, no haya ninguna carrera del último momento para asegurar mi mano.”

Helena rio. “El tiempo dirá.” Las dos mujeres hablaron un rato más antes de que Lydia se levantara del sofá.

“He de irme. Mi padre me ha pedido ayuda con algo.”

“Claro. Te veré mañana,” dijo Helena dándole un beso en la mejilla a su amiga.

“Estoy deseando estar en la boda. Que descanses bien,” dijo Lydia antes de salir de la habitación.

A la mañana siguiente, Helena despertó para ver el sol filtrándose por las ventanas de su dormitorio. Estiró sus piernas largas y esbeltas, enarcando la espalda como un gato.

¡Hoy era el día de su boda! Esta última quincena había pasado como un rayo, y ella se alegró de que hubieran decidido esperarse para casarse. Había tantas cosas que hacer para prepararse para su día especial.

Nunca había sido tan gloriosamente feliz. Su única pena era que su padre no pudiera acompañarla al altar. Ella llevaría las perlas que él le había dado, de manera que algo suyo podría estar con ella en el día de su boda.

Su dormitorio se abrió y Hastings entró con una bandeja con tostadas y té. “Buenos días, milady,” dijo ella, colocando la bandeja por encima de las piernas de Helena.

“Buenos días, Hastings. ¿No es un día muy maravilloso hoy?”

“Lo es, desde luego, milady. Le prepararé su baño mientras desayuna.”

Helena asintió con la cabeza y sorbió su té. Esta sería la última mañana en Casa Everett. Ella había estado viviendo aquí con su madre desde que tenía seis años y Marcus había decidido que prefería la casa en el campo a la de Londres. Ella le estaba tan agradecida por todo su apoyo durante estos años. Ellas tenían suerte en ese sentido. Ella sabía que no todos los nuevos nobles cuidaban de la viuda y los hijos de la persona que había ostentado el título antes.

Mientras bebía su té, se dio cuenta que ya no vería a su madre todos los días. Su madre había sido su roca firme mientras ella había crecido, siempre allí con una palabra amable y su guía amorosa. Estaba agradecida porque su nuevo hogar no estaba muy lejos de Casa Everett. Podría ver a su madre a menudo cuando estaban en la ciudad, aunque estaba deseando ver las otras propiedades de Richard, especialmente la casa en Bath.

Cuando terminó su té, se salió de la cama yendo a su vestidor, donde había una bañera de agua humeante esperándola.

“Estaba a punto de notificarla,” dijo Hastings.

Helena se quitó el camisón y se metió en la bañera. “Esto es maravilloso, Hastings.”

Hastings agregó unas gotas de lavanda al agua antes de lavar el cabello de Helena.

“Me gustaría remojar me unos minutos más, Hastings,” dijo Helena.

“Por supuesto, milady. Volveré en un poco.”

¡Helena quería dar un grito de alegría! ¿Cómo era que tenía tanta suerte en casarse con el hombre de sus sueños? Richard lo era todo para ella, y juró ser la mejor esposa y marquesa que pudiera ser. Con los acuerdos matrimoniales generosos, ella podría ser patrona de la beneficencia que quisiera. Había tanta necesidad, especialmente para los niños huérfanos en las calles de Londres. Ella había pensado en investigar orfelinatos cuando ellos regresaran a Londres y hacer lo que pudiera por ayudar a esos niños necesitados y las personas que cuidaban de ellos.

Finalmente, Hastings regresó al vestidor. El agua del baño se había enfriado, y su criada le ofreció una toalla.

“Gracias, Hastings.”

“¿Por qué no se sienta al lado del fuego? Eso ayudará a secar su cabello más pronto. ¿Ha decidido cómo le gustaría llevar el pelo hoy?”

“Me gustaría en el estilo de trenzas y rizos que hiciste para el último baile.”

“Por supuesto,” dijo Hastings, cepillando sus largos cabellos.

“Hastings, ¿considerarías venir conmigo a Casa Evans?”

La doncella dejó de cepillarle el pelo. “¿Está segura, milady?”

“Estoy muy segura. ¿Qué haría yo sin ti?”

“Sería un honor, milady. ¿Ha informado ya a su madre?”

“¿Informarme de qué?”, preguntó Julia entrando en la habitación.

“Mamá, le he pedido a Hastings que venga conmigo a Casa Evans,” explicó Helena.

“Claro, querida. Había supuesto eso.”

“Gracias, Mamá.”

Julia le ofreció una cajita. “Esto es para ti. Tu padre quería que lo tuvieras el día de tu boda.”

“¿Sí?”

Julia asintió. “Habría estado tan orgulloso de la mujer hermosa en que te has convertido.”

Helena abrió la caja, revelando un collar delicado de zafiros y pendientes a juego. “Oh, Mamá, son preciosos.”

“Lo son, y él se debió dar cuenta desde muy al comienzo que tu color favorito es el azul.”

“¿Me los has guardado todos estos años?”, preguntó Helena, con las lágrimas a punto de caer.

“Lo hice. Sabía que un día te casarías y querrías un trocito de tu padre contigo. Ahora, nada de lágrimas en tu día especial. Te veré luego,” dijo Julia besándola en la mejilla.

Helena miró los zafiros. Eran exquisitos. “Gracias, Papá. Te querré siempre.”

Capítulo 18

“Manténgase quieto, milord,” dijo Dutton a Richard que no dejaba de moverse.

“Lo siento, Dutton. Supongo que estoy un poco ansioso.”

“Se casa con la mujer de sus sueños. ¿De qué hay que sentirse ansioso?”

Richard rio. “Dutton, está en lo correcto.”

“¿Quiere decir eso que se quedará quieto mientras termino con este nudo?”

“Mis disculpas. Prometo no mover ni un músculo,” dijo Richard con una sonrisa.

Hoy era el día de su boda, y tal como había dicho su ayudante de cámara, se casaba con la mujer de sus sueños. Pronto la podría tener entre sus brazos y besarla todo lo que quisiera, además de algunas otras cosas. El anhelo que había sentido por Helena se acabaría pronto y podría hacerla suya para siempre. Era una perspectiva que anticipaba con gusto.

“Ya está, milord. ¿Qué alfiler le gusta hoy? ¿Diamante o zafiro? Yo personalmente prefiero el zafiro.

Richard no sabía de qué color sería el vestido de Helena, pero su instinto le hacía preferir la sugerencia de Dutton. “Ese,” dijo, señalando la mano derecha de Dutton.

“Una elección excelente. Este zafiro es muy hermoso.”

Richard miró una última vez al espejo antes de encaminarse escaleras abajo para esperar a George en el salón. Su amigo se había ofrecido para ir en carruaje a Casa Everett con él. Había querido caminar, pero como le había explicado George, después de un largo día de celebración, su nueva esposa seguramente agradecería un carruaje para regresar a su nueva casa.

George llegó pronto y se reunió con él en el salón. “¿Estás listo para ser dejar tu soltería, amigo mío?”

“Cuanto antes, mejor,” dijo Richard con una sonrisa de oreja a oreja.

“Parece que le dije esas mismas palabras a Wolf no hace mucho.”

“Quizás eso significa que deberías pensártelo para ti mismo, ¿no te parece?”, preguntó Richard.

George sacudió la cabeza. “No estoy listo para eso todavía.”

“¿Ni siquiera con la encantadora Srta. Weston?”

Él titubeó. “Hmm... no sé.”

Richard le dio una palmada en la espalda a su amigo. “Así es como empieza, amigo.”

“Vamos a casarte a ti y no preocuparnos por mí, ¿de acuerdo?”

El jefe de cuerdas había hecho enjaretar a sus dos zainos nuevos al carruaje y esperaba delante de Casa Evans.

“Después de ti, George,” dijo Richard antes de unirse a su amigo dentro del carruaje.

“Ha llegado el momento, Richard. ¿Quieres cambiar de parecer?”

“Ni en un millón de años.”

El trayecto a casa de Helena era breve, y Richard y George llegaron pronto a Casa Everett, donde fueron guiados al salón y saludados por Marcus. “¿Caballeros, desean una copita de coñac antes de la ceremonia?”

“Por supuesto,” dijo Richard.

“Yo nunca rechazo una buena copa de coñac,” agregó George.

Mientras los hombres bebían su coñac, los pocos invitados escogidos empezaron a llegar, Lady Dalling, Lady Collin, Lady Harriet y los padres de George, Lord y Lady Hutchinson. La

Srta. Weston y la Sra. Kennedy llegaron momentos más tarde.

“Es una pena que Wolf y Mercy no hayan podido estar aquí,” le susurró George a Richard.

“Estoy seguro de que están disfrutando de su tiempo juntos,” dijo Richard con una risa. “Tal como estaré yo muy pronto.”

El vicario había entrado en el salón y saludó primero a Marcus y luego se aproximó a Richard. “Lord Evans, es un placer conocerle.”

“El placer es mío, Vicario. Gracias por hacernos un hueco hoy.”

Abigail y Julia entraron en el salón y se fueron directamente hacia Marcus. “Helena está lista y bajará en cinco minutos,” dijo Abigail en voz baja.

Marcus asintió. “Mi amada esposa me ha informado de que la novia está lista. Salgamos al jardín y aguardemos su llegada.”

Richard y George guiaron a los invitados fuera de las puertas de cristal hacia el jardín lateral. Richard se quedó estupefacto ante la transformación. Tantas flores, parecía un jardín de cuento de hadas. Perfecto para casarse con Helena.

Se colocaron sillas a cada lado de un pasillo improvisado, y los invitados se sentaron mientras Richard y George se quedaron en pie delante de los rosales con el vicario.

Marcus y Lydia se habían esperado en el salón para acompañar a Helena por el pasillo.

En cuestión de momentos, ella apareció en el salón.

Marcus se acercó a ella. “Estás absolutamente preciosa, querida.”

Lydia abrazó a Helena luego. “¿Estás lista?”

“Sí. No puedo esperar a casarme con Richard.”

Marcus extendió un brazo y la acompañó al jardín, con Lydia detrás.

Cuando Richard vio a Helena en sus galas de boda, casi se le olvidó respirar. Nunca la había visto tan hermosa. El vestido azul de seda que ella llevaba era uno que él nunca había visto, y eso le hizo preguntarse si Dutton de alguna manera había sabido qué color llevaría ella. Los criados tenían una manera de saber las cosas que le tenía asombrado.

Marcus y Helena bajaron por el pasillo y se quedaron en pie al lado de él, con la Srta. Weston de pie al lado de Marcus.

“Estás preciosa, querida,” le susurró Richard a Helena.

Ella le miró y le dio las gracias moviendo los labios sin decir nada.

Richard asintió con la cabeza y el vicario empezó la ceremonia. “Queridos amados, nos hemos reunido aquí ante Dios para unir a este hombre y esta mujer en sagrado matrimonio que es un estado honorable instituido por Dios.”

Miró a Richard. “¿Richard Thomas Ballard, tendrás a esta mujer como tu esposa, para vivir juntos según las leyes de Dios en el sagrado estado de matrimonio? ¿La querrás, consolarás, honrarás y mantendrás en la enfermedad y la salud, a ella sola, guardándola solo para ti, mientras viváis los dos?”

“Lo haré.”

El vicario siguió. “¿Quién entrega esta mujer a ser casada con este hombre?”

“Yo,” dijo Marcus, colocando la mano derecha de Helena en la de Richard.

El vicario miró a Richard. “Repite conmigo: Yo, Richard, te tomo a ti, Helena, para ser mi esposa en matrimonio, para tener y cuidar de este día en adelante, para bien o para peor, en la riqueza, en la pobreza, en la enfermedad y la salud, para amar y cuidar; hasta que la muerte nos separe, según lo ordenado por Dios, y, por lo tanto, te ofrezco mi mano.”

Richard repitió sus votos.

“¿Tiene un anillo, milord” preguntó el vicario.

George metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó la cajita. Dentro había un anillo de zafiros y diamantes. Le entregó el anillo a Richard.

Richard le quitó el guante a Helena y le colocó el anillo en el dedo. “Con este anillo yo te caso, te venero, y con todos mis bienes terrenales, te concedo. En el nombre del Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

Helena repitió sus votos, prometiéndole su amor.

“Recemos,” dijo el vicario. “Dios Eterno, Creador y Conservador de la humanidad, Dador de

toda gracia espiritual, Autor de la vida eterna, envía Tu bendición a este hombre y esta mujer, a quienes bendecimos en tu Nombre. Quienes Dios haya unido, que ningún hombre separe.”

Richard no podía dejar de sonreírle a Helena y se inclinó para besarla. El vicario carraspeó, indicando que todavía no había terminado. Richard se enderezó.

“Como Richard y Helena se han consentido en sagrado matrimonio, y han sido testigos de ello ante Dios y esta compañía, y han jurado su amor, yo pronuncio que serán Hombre y Mujer juntos. En el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.”

“¿Ahora, Vicario?”, preguntó Richard con una sonrisa traviesa.

El vicario asintió con la cabeza, y Richard estrechó a la mujer que amaba entre los brazos, besándola con todo el amor que poseía.

Todos aplaudieron a la feliz pareja y entraron en la casa para disfrutar del desayuno de bodas. Antes de entrar a desayunar, George y Lydia firmaron el registro como testigos después de que firmaran Richard y Helena. Richard le pidió al vicario que se quedara para disfrutar del desayuno de bodas, pero el hombre se negó, mencionando otra cita.

“¿Estás contenta, querida mía?”, preguntó Richard mientras entraban.

“Tan feliz,” dijo Helena.

“¿Cuánto tiempo hemos de quedarnos?”

Helena rio. “Durante un rato, querido. Mi madre y Abigail se han tomado muchas molestias en planear semejante banquete para nosotros.”

“Entonces disfrutaré de manera inmensa siempre que estés a mi lado.”

“Siempre, querido.”

Cuando todos estaban disfrutando del suntuoso banquete que había preparado la cocinera, Marian dijo, “Lady Collin y Lady Harriet se unirán conmigo cuando viajemos a Bath en unas semanas. Estará bien salir de la ciudad y disfrutar del aire fresco del océano una vez más.”

Helena susurró al oído de Richard, y él asintió. “Qué bien. Visitaremos a mis padres y luego nos iremos a mi casa de campo cerca de Bath también.”

“Eso es maravilloso,” dijo Marian. “Estaremos deseosas de veros.”

George estaba sentado con sus padres, y su padre tenía su mueca de disgusto habitual y le susurraba con furia a su esposa. Marian se debió de dar cuenta porque le habló directamente a George.

“Lord Spenser, si no tiene otros planes, ¿consideraría acompañarnos a Bath y quedarse para el verano? El aire del océano es un encanto.”

Richard había invitado a George a visitarle en Bath, pero George se había negado cuando se quedó prometido y Richard estaba contento de que su amigo tenía una razón por la cual ir a Bath y no tener que aguantar el desagrado de su padre todo el verano.

“Lady Dalling, ¿cómo podría rechazar semejante oferta? ¿La compañía de tres preciosas damas todo el verano? ¿Estaré encantado de ir a Bath con ustedes,” dijo George.

Richard vio a Lord Hutchinson abrir la boca para hablar, pero luego cerrarla. Se preguntó en qué lío se había metido Arthur esta vez, pero se alegró de que su amigo no tendría que lidiar con ello, y pudiera disfrutar del verano.

El desayuno de bodas duró horas, con todo el mundo disfrutando de los múltiples platos de delicioso banquete y la conversación animada. Richard y George contaron al grupo historias sobre sus experiencias en la guerra con Wolf y Jon, no las luchas en sí, pero más bien la camaradería entre los hombres.

“Tenemos intención de ir a ver a Lord Hartley una vez que Lord Spenser y yo estemos los dos en Bath. Entiendo que lleva una vida de ermitaño estos días,” dijo Richard. Estaba contento de tener la oportunidad de ver cómo estaba Jon.

“¿Por qué es eso?”, preguntó Harriet. “Creí que era un conde.”

Richard hizo una pausa antes de contestar, intentando encontrar una manera delicada para

explicar la situación de Jon a Harriet que tenía diecisiete años.

“La lesión de Hartley de la guerra es más prominente que la de la mayoría.” No quería hablar del estado mental de su amigo, especialmente no con una mujer joven imPREsionable. “Le ha dejado prefiriendo no estar con otras personas.”

Eleanor entendió el significado de las palabras de Richard y dijo, “Querida, basta de hablar sobre la guerra y las heridas. Esta es una ocasión feliz.”

Harriet asintió, pero Richard podía ver que no estaba satisfecha con su respuesta. Que Jon tuviera suerte si alguna vez tuviera la ocasión de cruzarse con Lady Harriet. Ella era de armas tomar, y no estaba seguro de que su amigo podría vencerla.

A Richard le pareció una eternidad antes de que pudieran marcharse, pero al fin, después de todos los abrazos y despedidas, se subieron al carruaje para ir a Casa Evans. “Querida mía, bienvenida a tu nuevo hogar. Espero que seas feliz aquí,” dijo él cuando llegaron a su destino

“Richard, seré feliz dondequiera que estés tú,” dijo ella, besándole antes de que él la ayudara a descender del carruaje.

Los empleados estaban en fila en el pasillo para saludar oficialmente a su nueva ama, aunque todos ellos la habían visto en numerosas ocasiones cuando ella había venido para hablar de las renovaciones. Wright presentó oficialmente a los lacayos, mientras que la Sra. Campbell presentó a las criadas.

“Su doncella ha desempaquetado sus cosas, milady,” dijo la Sra. Campbell.

“Gracias, Sra. Campbell.” Helena miró la fila de sirvientes. “Me alegro de conocerles a todos formalmente y les prometo que me aprenderé sus nombres pronto.”

Richard despidió a los criados y guio a su novia escaleras arriba a su suite de habitaciones. “Te veré pronto, querida mía,” dijo él, besándola.

“Te veré pronto, mi amor,” dijo Helena.

Richard caminó a su dormitorio, al lado del de Helena. Esto era un territorio nuevo para él. ¿Debía desnudarse? ¿Sería demasiado chocante para Helena verle vestido solo con un batín? Ella era una joven inocente y necesitaba sentirse cómoda con él ahora que estaban casados. Se lo tomaría con calma. Se sintió muy agradecido de que Dutton había dejado una botella de champán con dos vasos encima de la mesa al lado de los sillones. Hizo saltar el corcho de la botella pero no sirvió el líquido dorado, ya que no tenía idea de cuánto tardaría Helena en estar lista para él.

Mientras esperaba, se quitó el abrigo, la corbata y el chaleco. Quería que esta noche fuese mágica para su novia.

Hastings asomó la cabeza por el vestidor de Helena. “¿Está lista para desvestirse, milady?”

Helena asintió, intentando ahogar su nerviosismo. Aunque amaba a Richard más de lo que pudiera decir nunca, seguía nerviosa en la noche de bodas. Su madre le había dicho que confiara en Richard, y lo hacía plenamente, pero eso no le impidió sentir mariposas en el vientre.

Helena estaba sentada ante su tocador, y Hastings le retiraba horquillas del pelo antes de ayudarle a quitarse sus galas de boda. Tomó el camión escandalosamente transparente y se lo puso por encima de la cabeza a Helena.

“Esto es precioso, milady.”

“¿Crees que le gustará a mi marido?”

“Milady, la mirada en los ojos de su marido cuando la mira me dice que le amaría con lo que se pusiera. A decir verdad, si puedo atreverme a tanto, los hombres gustan de sus mujeres sin vestimentas, de manera que no dudo que esto no se lo quedará puesto mucho tiempo.”

El calor subió por el cuello de Helena tiñéndole las mejillas de rosa. Estaba segura de que su criada tenía razón, pero de todas formas le chocó escuchar ese sentimiento dicho en voz alta.

Hastings extendió el batín, y Helena metió los brazos por las mangas. “Esperaré que me llame por la mañana, mi lady,” dijo ella guiñando un ojo antes de salir de la habitación.

Helena se quedó de pie en medio del dormitorio, retorciéndose las manos. Su atención estaba fija en la puerta lateral que conectaba los dormitorios de los dos. ¿Tenía que llamar a la puerta de Richard o esperar que él viniera a ella? Cuanto más esperaba, más aumentaba su nerviosismo.

¿Y si a Richard no le gustara lo que veía?”

¿Le iba a satisfacer en la cama de matrimonio?

Antes de que ella pudiera conjurar más razones por las que estar nerviosa, Richard abrió la puerta y entró en el dormitorio de ella. Cuando la vio, se quedó quieto y la miró fijamente.

Las prendas de ella dejaban poco que imaginar, pero la cara de él era una máscara impenetrable. ¿Le había desagradado ya?

Como si se rompiera un encantamiento, él se acercó corriendo a ella, arrastrándola a sus brazos mientras su boca chocaba contra la de ella.

Entre besos, le dijo, “Cielo santo, nunca he visto nada más bello en toda mi vida. Eres una visión, mi amor.”

“¿Te agrado, milord?”

“Haces más que agradarme, mi querida y dulce Helena; deseo devorar cada centímetro de ti.”

Richard la besó de nuevo, y a ella se le olvidó todo su nerviosismo. Cuando la tomó entre los brazos y se la llevó a su dormitorio, ella estaba más que lista para convertirse de verdad en su mujer.

“¿Te gustaría algo de champán, querida?”, preguntó Richard. “Quiero que disfrutes de nuestra primera vez juntos.”

Helena asintió, y él la descansó en uno de los sillones ante la chimenea antes de servir un vaso para cada uno.

Richard bebió un trago grande, mientras que Helena bebió unos sorbitos del líquido burbujeante.

“No deseo apremiarte, querida, pero creo que podría explotar si no te tengo entre mis brazos.”

Helena se puso en pie y descansó su vaso encima de la mesa y Richard hizo lo mismo. “Richard, esposo querido, por favor, llévame a la cama y hazme tuya,” dijo ella, bajándose el camisón por los hombros.

Él acarició la mejilla de ella. “Te quiero tanto.”

“Hasta la luna y las estrellas y de vuelta,” dijo Helena, sacándose el camisón por encima de la cabeza y quedándose desnuda ante su marido.

Richard no necesitó más razones y la alzó entre los brazos antes de colocarla con suavidad encima de la cama. “Eres exquisita, querida mía. Una diosa a ser venerada.”

Horas más tarde, después de la experiencia más emocionante de su vida, Helena descansaba en brazos de su marido. Fue la noche más increíble que había pasado en toda su vida. Richard era una pareja amorosa y generosa, y ella era ya su mujer verdaderamente.

“¿Te encuentras bien, querida?”, preguntó él. La cabeza de Helena descansaba en su pecho, mientras que él le acariciaba la espalda con caricias amorosas y tiernas.

“Nunca mejor, amor. Estoy casada con el hombre de mis sueños y no podría pedir nada más.”

“No puedo estar más de acuerdo contigo,” dijo Richard alzando su barbilla y besándola hasta que la pasión de ellos ardía de nuevo.

Ninguno de los dos durmió mucho aquella noche.

Epílogo

El día después de la boda, Marcus, Abigail y Julia se marcharon de Londres rumbo al campo. Abigail insistió en que estaba bien y quería quedarse un poco más, pero Marcus no quería quedarse ni un día más. Insistió en que no había razón por la cual quedarse en Londres más tiempo ahora que Helena se había mudado a Casa Evans.

“No me gusta este aire sucio de Londres, querida. “No es bueno para ti o para el bebé”, dijo Marcus.

“Veo que no habrá manera en hacerte cambiar de parecer, mi amor,” dijo Abigail. “Nos marcharemos en cuanto terminemos de comer. ¿Te agrada eso?”

Marcus asintió. “Por supuesto.”

Richard y Helena se fueron a Casa Everett para una última comida juntos y despedirles.

“Gracias por venir a Londres,” dijo Helena, besando a sus primos mientras salían al carruaje que aguardaba.

“De nada, querida, pero ahora insisto en que debemos irnos,” dijo Marcus.

Abigail abrazó a Helena una última vez antes de volverse a Marcus. “Muy bien, amado. “Tienes razón, y me someto a tu voluntad,” dijo ella con una sonrisa traviesa.

“¿Desde cuándo te has sometido a mi voluntad?”, preguntó Marcus riendo.

“Siempre hay una primera vez, mi amor. Además, estoy muy deseosa de llegar a casa y ver a las niñas. Las he echado terriblemente de menos.”

“Yo también, querida,” dijo Marcus, ayudando a su esposa a subirse al carruaje.

Tanto Helena como Richard rieron ante el intercambio juguetón de la pareja.

“Espero verte pronto, querida,” dijo Julia, besándole la mejilla a su hija.

“Adiós, Mamá,” dijo Helena antes de que Marcus ayudara a su madre a subir al carruaje.

Con una última despedida con el brazo, Marcus se unió a las mujeres y el conductor sacudió las riendas para hacer que los caballos empezaran a andar.

Helena esperó que Abigail no sufriera ninguna molestia en el viaje de vuelta a su casa solariega. Su madre había estado tan contenta cuando Marcus le pidió que se fuera con ellos para ayudar a cuidar de las gemelas mientras Abigail descansaba. Su primo estaba más convencido que nunca de que Abigail tendría otra pareja de gemelos. Helena esperó, por el bien de Abigail, que uno de los bebés fuese niño. Ella sabía que Marcus no le permitiría quedarse embarazada de nuevo, incluso si eso significaba que tenían que dormir en habitaciones separadas. Su vientre hinchado pareció haber crecido de un día para otro y era más pronunciado que nunca. ¿Quería decir eso que el niño llegaría antes de lo esperado?

Helena pasó la semana siguiente reuniéndose con comerciantes para hablar de las renovaciones necesarias en Casa Evans. Cuando ella le preguntaba a Richard qué prefería él, se negaba a elegir y decía que lo que ella quisiera le parecía bien. La única habitación en la que tenía opinión era su estudio, donde prefería colores más oscuros. Helena encontró una serie de opciones para que él eligiera. Después de todo, su estudio sería su santuario y ella quería que estuviera cómodo en ese lugar. La Sra. Campbell era de gran ayuda para ella, y Helena apreciaba la ayuda de la mujer más mayor, especialmente dado que su madre se había ido de Londres con sus primos.

Después de darle instrucciones a los pintores para el trabajo en las habitaciones públicas, se fue al estudio de Richard y llamó a la puerta.

“Adelante.”

“Cariño, estás trabajando demasiado duro. ¿Te apetece merendar conmigo?” dijo ella entrando en la habitación.

Él alzó la mirada de la pila de papeles que tenía delante y sonrió. “Sí. Me gustaría y me vendría bien un descanso. No tenía idea de que hubiera tantas cosas que hacer para ser marqués.” Se puso en pie y le ofreció un brazo y los dos se fueron juntos al salón.

La criada trajo el carrito de la merienda. “Gracias, Diana,” dijo Helena.

“¿Desea que le sirva, milady?”

“No. Yo me ocupo de ello.”

Diana hizo una reverencia y salió de la habitación.

Helena les sirvió té a los dos y le entregó una taza a Richard. “Querido, ¿cuándo te gustaría que nos fuéramos a visitar a tus padres?”

“¿Te parece agradable que fuese mañana por la tarde? Quiero asegurarme de que mi padre sigue las órdenes del Dr. Brewster y también hablar con el gerente de la propiedad.”

Helena movió la cabeza. “Sí, yo podré consultar con los pintores una última vez, y luego la Sra. Campbell les supervisará.”

“Eso me parece bien. Estoy deseoso de ver a mis padres de nuevo.”

Helena esperó que sus nuevos suegros la quisieran, y se mordisqueaba el labio inferior cuando Richard estiró un brazo y le acarició la mejilla.

“Querida, te vuelves a preocupar.”

“Me conoces demasiado bien, mi amor.”

Él se llevó la mano de ella a sus labios. “Mis padres te querrán como te quiero yo.”

“¿Y si no me quieren?”

“Lo harán. Ya verás mañana.”

La mañana siguiente, después de una última reunión con los pintores, estaban listos para partir.

Al final, Richard estaba en lo correcto, sus padres la recibieron con los brazos abiertos cuando ellos llegaron a la Mansión Freedman, por la tarde.

“Querida, estamos tan felices de conocer a la mujer que hace que mi hijo sonría,” dijo Thomas cuando se sentaron para un delicioso almuerzo.

“Gracias, milord.”

Él hizo un gesto con la mano. “Nada de eso, querida Helena. Somos familia ahora y estamos encantados de que hayas venido a visitarnos. Por favor, llámame Thomas.”

“Padre, he de decir que tu aspecto es mucho mejor que el de la última vez que te vi. Me alegro de ver que incluso has ganado un poco de peso,” dijo Richard.

“Es todo este descanso, hijo mío. No estoy acostumbrado a semejante ocio.”

“¿Cómo va el nuevo gerente?”

“He de reconocer, estaba en contra de la idea al comienzo, pero mi caída me ha hecho ver que un poco de ayuda es muy bienvenida,” dijo Thomas.

“Voy a verle después de comer para ver si necesita algo.”

“Gracias, Richard. Es un buen hombre y muy atento con los inquilinos.”

“Es bueno saberlo. A mí me gustó desde el momento en que le conocí.”

Helena disfrutó mucho de conocer a sus suegros. Ella vio de cerca el amor que compartían los padres de él, incluso después de casi tres décadas de matrimonio.

Se quedaron con los padres de Richard durante dos semanas antes de irse a su casa de campo en las afueras de Bath.

No habían sentido la necesidad de un ayudante de cámara o doncella en casa de los padres de Richard, y ella se alegró de que Hastings y Dutton habían llegado unos días antes y habían desempacado las cosas de ellos.

“Aquí estamos, querida. Bienvenida la Mansión Bigalow. ¿Qué te parece?” preguntó Richard cuando el carruaje se detuvo ante la entrada de la mansión.

“Es una propiedad hermosa. Estoy deseosa de no solo ver la casa, sino explorar sus terrenos.”

“Entonces podemos explorarlos juntos, ya que yo tampoco he estado aquí antes.”

Helena entró en la gran casa cogida del brazo de Richard.

“Lord y Lady Evans, bienvenidos,” dijo el mayordomo. “Yo soy Haversham, y esta es mi preciosa esposa y ama de llaves, la Sra. Haversham.” Dijo él señalando a la mujer elegante de mediana edad a su lado.

“Es agradable tener alguien en la casa de nuevo,” dijo la Sra. Haversham con una reverencia. “Deben estar cansados de su viaje. ¿Les muestro sus aposentos?”

Richard asintió con la cabeza, y los dos siguieron a la ama de llaves escaleras arriba.

“Subiré agua para que puedan asearse en unos momentos.”

“Gracias,” dijo Helena. “Sra. Haversham, me temo que va a necesitar más empleados ahora que estamos aquí. ¿Tiene alguna recomendación para criadas o lacayos?”

El ama de llaves sonrió. “Sí, Lady Evans. Hay una serie de muchachos y jovencitas locales que encontrarían muy agradable trabajar aquí.”

“Bien,” dijo Helena. “¿Quizás podría organizar unas entrevistas?”

“Por supuesto, milady. Será un placer.”

La Mansión Bigalow estaba en un estado mucho mejor de lo que había estado la Casa Evans, de manera que Helena pensó que no sería necesaria ninguna redecoración de momento. Después de todas las decisiones de redecoración que ella había tomado en Casa Evans, sería agradable solo disfrutar de la propiedad unas semanas antes de embarcarse en más renovaciones.

Una semana más tarde, Richard y Helena estaban disfrutando de una limonada en el jardín cuando él escuchó un carruaje aproximándose a la entrada. “¿Esperas a alguien, querida?”, preguntó Richard.

Helena sacudió la cabeza. “No. ¿Vamos a ver quién ha llegado?”

Para cuando ellos hubieran llegado a la parte delantera de la casa, George ayudaba a Lady Dalling, Lady Collin y a Harriet a bajarse del carruaje.

“Buenos días, damas,” dijo Richard. “Qué placer verlas a todas. Bienvenidas a la Mansión Bigalow.”

Las damas hicieron una reverencia, y George extendió una mano,

Richard la tomó con firmeza. “¿Qué tal el viaje desde Londres?”

“Nunca me ha gustado estar encerrado en un carruaje, pero ¿cómo quejarme con damas tan maravillosas haciéndome compañía?”, dijo George, guiñándole un ojo a Lady Dalling. “Me encanta pasar el verano aquí en Bath.”

Los labios de ella se curvaron en una sonrisa. “Siempre encantador, Lord Spenser.”

Él se inclinó ante ella. “Mi deseo es agradecerle, milady.”

“Pasad,” dijo Helena, haciéndoles pasar a todos al salón y tirando de la campanilla.

Bethany contestó. “¿Sí, milady?”

“Por favor, haz que se prepare una bandeja de merienda.”

“Ahora mismo, milady,” dijo Bethany saliendo aprisa de la habitación.

Después de que todo el mundo se hubiera sentado, Helena preguntó, “¿Cómo les va en Bath?”

“Estoy disfrutando del océano,” dijo Harriet. “Estaba nerviosa al principio, pero el agua es tan refrescante.”

“Mi parte favorita también,” dijo George de acuerdo con ella. “Nada como unas brazadas en el

océano para despertar los sentidos.”

“Lord Evans, ¿cómo están tus padres?” preguntó Marian.

“Mi padre mejora con cada día que pasa, Lady Dalling. Con la ayuda del gerente que contraté, no voy a tener que preocuparme de que se caiga de más tejados.”

Bethany regresó al salón empujando un carrito con las cosas de la merienda. “Gracias, Bethany. Eso será todo,” dijo Helena, sirviendo el té para todos.

“¿Nos acompañaríais a un baile social el viernes?”, preguntó Eleanor.

Richard miró a Helena, que asintió con la cabeza. “Sí. Nos encantaría.”

“Nunca he ido a un baile público,” dijo Harriet. “Estoy muy deseosa de ir.”

“Creo que los jóvenes de Bath deberían ser alertados de que hay una pequeña tigresa suelta,” dijo Richard con una risa.

“Sigues siendo el gracioso, ya veo,” dijo Harriet, riendo a su vez.

Todos pasaron una tarde agradable, poniéndose al día desde la boda de Helena y Richard de un mes antes.

“¿Os puedo seducir para que os quedéis para cenar?”, preguntó Helena.

“Esta noche no, querida. He aceptado una invitación para cenar de una querida amiga esta noche. ¿Quizás la semana que viene?”, preguntó Marian.

“Por supuesto. Manda un recado cuando te quedes libre,” dijo Helena.

“Ha sido encantador verles otra vez, pero tenemos que irnos,” dijo Marian. “Lady Collins, querida, ¿estás lista para irnos?”

Eleanor asintió con la cabeza. “Por supuesto, Lady Dalling. Vamos a tener tiempo justo para cambiarnos para la cena.”

Todos se despidieron, y George acompañó a las damas al carruaje. “Nos vemos pronto,” le dijo a Richard mientras se subía tras las mujeres.

Los siguientes días pasaron pronto. Helena había disfrutado de estar aquí, pero sí que quería unas cuantas renovaciones en la casa. Habló con Richard, que estaba de acuerdo con lo que ella quisiera, y ella se dedicó a hablar con el Sr. y Sra. Haversham acerca de contratar a obreros lo antes posible, sólo habían pensado en quedarse en la Mansión Bigalow durante el verano, pero podía ser que regresaran antes de la siguiente Temporada.

El viernes, Helena y Richard entraron en la Sala de Asamblea de Bath. “¿Les ves?”, preguntó Helena.

Richard recorrió la sala con la mirada. “No. Pero la Srta. Weston y la Sra. Kennedy están sentadas al lado de la mesa de los refrescos.”

“¿La Srta. Weston está aquí? No tenía ni idea de que ella iba a venir a Bath. Discúlpame, querido. Tengo que ir a saludarla,” dijo Helena encaminándose a la otra punta de la habitación para saludar a su amiga.

“¡Lady Evans, no sabía que estarías aquí!”, dijo Lydia poniéndose en pie, corriendo cuando Helena casi había llegado a su silla.

Helena abrazó a su amiga. “Ni yo sabía que estarías tú. Estoy tan contenta de que estés. Sra. Kennedy, un placer verla de nuevo.”

“Buenas noches, Lady Evans.”

“Discúlpame, Tía. Regreso en breve,” dijo Lydia.

Helena y Lydia se cogieron de los brazos y caminaron por el perímetro de la sala.

“¿Estás bien?”, preguntó Helena.

“Estoy contenta de estar fuera de Londres para el verano. Mi padre estaba bastante disgustado conmigo por no haber encontrado pareja durante la Temporada y me ha mandado aquí para estar

fuera de su vista durante unos meses.”

“Oh, Lydia,” susurró Helena. “Siento que tu padre sea tan duro contigo.”

“Estoy bien. No debes preocuparte. Su ira se enfriará, y todo estará bien de nuevo,” dijo Lydia. “El verano en Londres es bastante terrible en el mejor de los casos, de manera que estoy encantada de pasar el verano en Bath.”

“¿Has visto ya a Lord Spenser?”

“¿Lord Spenser está aquí?” preguntó Lydia, mirando a su alrededor en la sala.

Helena asintió, y cuando se acercaron a las puertas, vieron a George acompañando a Lady Dalling, Lady Collins y a Lady Harriet dentro.

Helena vio los ojos de George agrandarse cuando vio a Lydia.

“Srta. Weston, qué bien verla de nuevo,” dijo Eleanor cuando se aproximaron a la joven.

Lydia hizo una reverencia. “Buenas noches, Lady Collin, Lady Dalling, Lady Harriet.”

George se inclinó por encima de la mano de ella. “Srta. Weston, ¿puedo esperar que tenga un baile libre esta noche?”

Lydia sonrió. “Por supuesto, milord. Sería un honor ser su pareja.”

Richard se unió a ellos y saludó a todos antes de que se fueron a una mesa.

“Srta. Weston, debes unirme a nosotros,” dijo Helena.

“Gracias. Me encantaría. Por favor, discúlpennos mientras voy en busca de mi tía.”

Cuando empezaron a sonar los primeros acordes de un vals, Richard le ofreció una mano a Helena. “¿Querida, puedo tener este baile?”

Helena le sonrió a su marido. “Siempre, querido mío.” Mientras Richard la llevaba por la sala en el baile, ella dijo, “Mira, Lord Spenser y la Srta. Weston parecen seguir su amistad aquí, si sus sonrisas son indicativas de algo.”

“No seas celestina, querida. Lord Spenser no ha cambiado de parecer con respecto al matrimonio,” dijo Richard.

Helena se limitó a mover la cabeza. Los hombres normalmente eran los últimos en reconocer que sentían cosas por una joven, algo que ella sabía de primera mano.

Una semana más tarde, Richard aguardaba mientras George subía por el camino de entrada a la Mansión Bigalow. Hoy iban a cabalgar hasta la casa de Jonathan que se encontraba justo en las afueras de Bath. Los dos hombres estaban decididos a que era hora de que él les permitiera entrar en la Casa Hartley. Su tiempo de ser un ermitaño se iba a acabar habían decidido ellos.

“¿Estás listo para ser rechazado?”, preguntó George.

“Quizás, aunque no estoy dispuesto a aceptar que me diga que no, incluso si eso significa que tenemos que romper la puerta.”

George rio. “Me gusta cómo piensas.”

En menos de una hora, los hombres llegaron a la Casa Hartley y se sorprendieron al ver que los terrenos estaban muy abandonados. Se bajaron y ataron a sus caballos a un arbusto cercano, ya que no apareció ningún mozo para llevarlos a los establos.

“¿Lo hacemos?”, preguntó Richard subiendo por los escalones.

George asintió con la cabeza, y Richard dejó caer el picaporte.

Un hombre mayor abrió la puerta. “¿Les puedo servir en algo, caballeros?”

“Soy Evans, y estamos aquí para ver al conde,” dijo Richard.

El hombre miró a George y dijo, “Milord, tal como le informé la última vez que visitó, el conde no está recibiendo visitas en este momento.”

Richard se abrió paso a empujones. “Le veremos, quiera o no.”

“Milord, esto es muy poco ortodoxo. ¡He de pedirle que se marche!”, exclamó el mayordomo

sorprendido.

“No hasta que vea a Hartley. ¿Dónde está?”

“No está aquí.”

“Bueno, pues tendré que patearme cada habitación de esta casa hasta que le encuentre entonces,” dijo Richard, cerniéndose por encima del hombre mayor.

El mayordomo suspiró. “Veo que no se le detendrá, milord. Su estudio es la última puerta a la derecha.”

Richard y George avanzaron por el pasillo y no se molestaron en llamar a la puerta antes de irrumpir en el estudio de Jon.

“Greenfield, le dije que no quiero que me interrumpas,” dijo una voz ebria.

“¡Teniente Lyle!” gritó Richard, sabiendo que la única cosa que le importaba a Jon era su servicio militar.

Una silueta desaliñada levantó la cabeza de detrás del escritorio, la sorpresa dibujada en su rostro.

“¿Richard?”

“Marqués de Evans para ti. Parece que te supero en rango ahora, igual que en nuestros días en el ejército,” dijo Richard dejando de mirar la cara destrozada de Jon. Su amigo era más que una cara llena de cicatrices y era hora de que Jon se diera cuenta de eso.

“¿Marqués?”

Richard se volvió hacia Greenfield, que les había seguido hasta el estudio de Jon. “Una jarra de café,” ordenó.

“Ahora mismo, milord.”

“No necesito vuestra lástima,” gruñó Jon, mirando entre Richard y George. “Os podéis marchar ahora, los dos.”

“Ni lo pienses,” dijo Richard.

Jon llevaba días sin afeitarse y estaba necesitado de un baño y un corte de pelo. Su cabello dorado caía encima de sus hombros.

“Pareces una mierda,” dijo George.

Jon le fulminó con una mirada. “¿Qué me importa? ¿Has visto mi cara? Nadie está visitando a la Bestia de Bath estos días.”

Greenfield regresó con una jarra de café y una bandeja de sandwiches. “¿Necesita algo más, milord?”

Richard asintió. “Sí, prepare un baño para el conde.”

“¿Cómo te atreves a darle órdenes a mis criados?”, exigió saber Jon después de que el mayordomo se marchara.

“Parece que alguien tiene que hacerlo,” dijo Richard agarrando a Jon del brazo y arrastrándole al sofá. “Ahora bebe el café y espabila, o te lo vierto por la garganta yo mismo.”

Jon se bebió el café con desgana y se comió unos sandwiches pero se negó a subir arriba a bañarse.

Richard y George le agarraron cada uno de un brazo y le arrastraron escaleras arriba y metieron a Jon en la bañera, vestido.

“Ahora, ¿estás listo para darte un baño?”, preguntó Richard.

Jon le fulminó con la mirada, pero se puso en pie, quitándose la camisa y los calzones antes de sentarse dentro de la bañera.

“¿Dónde está tu ayudante de cámara?” preguntó Richard.

“Le he despedido,” gruñó Jon.

“Todos los días, pero aquí estoy,” dijo Seaford, entrando en la habitación corriendo. “Señores, ¿puedo ayudarles?”

“No hoy, Seaford.”

“Está bien verles de nuevo, señores. Si me disculpan, voy a buscar las ropas del conde,” dijo el ayudante de cámara saliendo del vestidor.

Richard hizo un gesto con la cabeza, agarró una jarra de agua caliente y se la echó por encima de la cabeza de Jon. “Lávate el pelo, apestas.”

Después de que Jon se bañara y vistiera, fue George quien le afeitó la barba, cuidadosamente rodeando su cicatriz.

“Un asco, ¿verdad?” dijo Jon.

George sacudió la cabeza, sin ganas de debatir la cicatriz con Jon.

Richard intentó razonar con su amigo. “Jon, eres mucho más que una cara marcada. Es hora de que dejes de rumiar.”

“¿Rumiar? ¿Qué sabrás tu de ello? Tú, Capitán Ballard, oh, perdón, el Marqués de Evans, con tu rostro perfecto y hazañas heroicas. No tienes ni idea de cómo han sido las cosas para mí desde que regresé a Inglaterra.”

“No lo sabemos, pero nada ha sido fácil para ninguno de nosotros, Jon,” dijo George. “Aunque no sufrimos de heridas físicas como tú, volver a casa de la guerra no ha sido tan perfecto para nosotros como te puedes creer. La guerra es brutal y nos ha dejado con cicatrices duraderas a todos.”

Richard y George se quedaron lo justo para asegurarse de que Jon comiera antes de marcharse. “Te veremos pronto,” dijo Richard.

“No os molestéis,” gruñó Jon. “Habéis hecho vuestra obra de caridad por este año. ¡Ahora, fuera de aquí!”

Mientras Richard y George se alejaron, George dijo. “Te lo intenté advertir.”

“Lo sé, pero al menos entramos y le lavamos. Eso está bien por hoy.”

“Cierto. Es más de lo que yo logré la primera vez que le visité,” dijo George. “No logré pasar por el umbral de la puerta.”

Casi dos meses después de que llegaran a Bath, Helena y Richard estaban disfrutando de una limonada en la terraza cuando Haversham entró y les extendió una bandeja de plata.

“Lady Evans, ha llegado esta carta para usted.”

“Gracias, Haversham,” dijo Helena tomando la carta y rompiendo el sello, leyó aprisa la nota y se llevó una mano rápidamente a la boca. “¡Oh, cielos!”

“Querida, ¿qué te sucede?” preguntó Richard estirando una mano para tomar la de ella.

Helena miró a su marido con lágrimas en los ojos. “No sucede nada malo. Abigail ha tenido dos niños sanos.”

Richard sonrió. “¿Dos niños?”

Helena asintió. “Estoy tan contenta por ellos. Sabía que Abigail rezaba porque fuera otro niño. Ahora tiene dos más.”

“Eso es una noticia maravillosa.”

“Nos han invitado para pasar la Navidad con ellos. ¿Le iremos a visitar?”

“Lo que quieras, cariño. Me alegro de aceptar su generosa oferta.”

Helena estiró una mano y agarró a su marido por la mano. “No puedo aguantar a verles y disfrutar de las fiestas con los niños. Gracias, querido.”

“Hmm... ¿cuánto estás de agradecida?”, dijo Richard enarcando una ceja.

“Te sorprendería,” dijo Helena con una risa coqueta.

Richard se puso en pie, la tomó entre los brazos y entró en la casa y subió las escaleras a su dormitorio.

“Querido, puedo caminar.”

“¿Qué? ¿Y privarme de la deliciosa sensación de tenerte entre mis brazos? Ni hablar. Te quiero, cariño.”

“Hasta la luna y de vuelta, mi amor,” dijo Helena, descansando la cabeza contra el pecho ancho de su marido. Cuando entraron en su dormitorio, ella sabía que Richard la llevaría a nuevas alturas con otra ronda de hacer el amor electrificante.

Después de estar saciados y abrazados, Helena dijo. “Querido, espero que no te moleste el ruido de niños llorando.”

“No tengo ni idea. No tenía hermanos cuando crecí. ¿Lloran mucho?”

Ella alzó la cabeza y tomó la mano de su marido antes de colocársela en el vientre. “A veces.” Vio como los ojos de él se agrandaron al darse cuenta de lo que ella quería decirle.

“¿Estás embarazada?”

“Lo estoy, querido mío.”

Él la besó con ternura en los labios y dijo, “pensé que nuestro día de bodas era el día más feliz de mi vida, pero acabas de darme tal regalo. Gracias, mi querida esposa.”

“Digamos que ¿fue un placer para mí?”, preguntó ella con una sonrisa pícara.

Richard la besó de nuevo y prendió la pasión que nunca estaba muy lejos entre ellos dos.

Helena sabía que tendría la vida más maravillosa con el hombre al que adoraba y un niño al que querer. La vida era absolutamente perfecta y ella no podía desear más.

###

Biografía de la Autora:

Debra escribe romances dulces tanto contemporáneos como históricos. Disfruta contando historias y ha estado vertiendo su pasión por romances desde su adolescencia. Cuando no está escribiendo, disfruta trabajando en su jardín, haciendo viajes en moto por Nueva Inglaterra con su marido, y por supuesto, jugando con su querida nieta.

Puedes encontrar una lista completa de los libros de Debra aquí: <https://www.amazon.com/stores/Debra-Elizabeth/author/B005XYN2YE>

Ella disfruta sabiendo de sus fans, y puedes contactar con ella en: dlmartin6@yahoo.com. También es la autora del blog, Two Ends of the Pen. El blog es sobre libros, entrevistas con autores, nuevas publicaciones, posts de invitados y críticas. Sé la primera persona en enterarte de nuevas publicaciones y concursos, y apúntate para recibir su newsletter en <https://twoendsofthepen.blogspot.com>

Social Media:

Sitio Web:

<https://twoendsofthepen.blogspot.com>

FB: <https://www.facebook.com/DebraElizabethRomance>

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/5288725.Debra_Elizabeth

Bookbub: <https://www.bookbub.com/authors/debra-elizabeth>